

REVISTA DE LA Universidad de México

NUEVA ÉPOCA | NÚM. 103 | SEPTIEMBRE 2012 | UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO | \$40.00 | ISSN 0185-1330



Cuentos y crónicas

Rowena Bali
Federico Campbell
Julio Derbez
Silvia Molina
Margarita Peña
Luis Rafael Sánchez
Patricia Suárez

José Narro Robles
Inicio del curso escolar

Enrique Florescano
Pilares de la historiografía

Vicente Quirarte
Sobre Eusebio Ruvalcaba

Eusebio Ruvalcaba
La partitura sagrada

José Franco
La ciencia en México

Enrique Semo
De Marsella a Veracruz

Felipe Garrido
La lectura al alcance de todos

Ignacio Carrillo Prieto
Cádiz constituyente

Carlos Martínez Assad
Literatura musulmana de hoy

Armando Fuentes “Catón”
Sonetos

José Gordon
Conversación con
Gerald Edelman

Mario Espinosa
Cincuenta años del CUT

Reportaje gráfico
Museo Tlatelolco

EDITORIAL	3
BIENVENIDA A LA UNAM. LA AVENTURA DEL CONOCIMIENTO José Narro Robles	5
PILARES DE LA HISTORIOGRAFÍA Enrique Florescano	9
SINGULARIDAD DE UNA CONSTITUCIÓN. 200 AÑOS DE LAS CORTES DE CÁDIZ Ignacio Carrillo Prieto	17
DE MARSELLA A VERACRUZ Enrique Semo	29
LA REFORMA INAPLAZABLE Felipe Garrido	34
EUSEBIO RUVALCABA. RETRATO Y AUTORRETRATO Vicente Quirarte	43
LA PARTITURA SAGRADA Eusebio Ruvalcaba	45
LA CIENCIA EN MÉXICO. UNA REALIDAD Y UNA PROMESA José Franco	47
LA MUERTE EN LA PAZ Y EN LA GUERRA Carlos Martínez Assad	51
CINCUENTA AÑOS DEL CUT Elena Méndez	55
GERALD EDELMAN. NOVELA DEL CEREBRO José Gordon	58
ESPACIO INNOVADOR	63
REPORTAJE GRÁFICO Museo Tlatelolco	65
SONETOS Armando Fuentes “Catón”	74
GRETA Margarita Peña	77
TIENE LA NOCHE UNA RAÍZ Luis Rafael Sánchez	79
RENACER Julio Derbez	81
MESÍAS Patricia Suárez	83
EL ALIENTO Rowena Bali	85
EL CANARIO Y LA MINA Federico Campbell	87
NAHUI OLIN, SIN PRINCIPIO NI FIN. DEVORADA POR SÍ MISMA Silvia Molina	89
RESEÑAS Y NOTAS	93
CHEEVER, CONDENADO INVENCIBLE Edgar Esquivel	94
POESÍA. PRURITO DEL SINSABER Jorge Contreras Herrera	95
LA ARITMÉTICA DE GONZÁLEZ URIBE Vicente Leñero	97
SÚBITO ELOGIO DEL ABURRIMIENTO Hugo Hiriart	98
PATRIA DE LA MEMORIA Adolfo Castañón	99
EL CUERVO Y EL CISNE David Huerta	100
LA CRISIS DE LOS MISILES EN CUBA Mauricio Molina	102
¿EL DEPÓSITO DE LO ETERNO? Christopher Domínguez Michael	103
EDUARDO MATA SOBRE EL PODIO Pablo Espinosa	105
LAMB ENSAYA LA VIDA José de la Colina	108
VERDADES A MEDIAS Claudia Guillén	109
MUÑECAS FUERA DE CASA Guillermo Vega Zaragoza	110

La Coordinación de Difusión Cultural
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
se complace en invitarle al curso

Encuentros cercanos con el mundo árabe



que impartirá el
**Dr. Carlos
Martínez Assad**
dentro del ciclo
Grandes Maestros.UNAM

Fecha y lugar:
15, 22 y 29 de octubre,
5 y 12 de noviembre, de 17 a 19 horas

Sala Carlos Chávez
Centro Cultural Universitario

Informes e inscripciones:
Secretaría de Extensión / CDC, 10 a 18 horas
Tel.: 5622 7070 y 5622 6605
cursosmagistralesunam@gmail.com
Cuota de recuperación: \$600*

CUPO LIMITADO

Se otorgará constancia de participación con 100% de asistencia.
*Descuento especial para estudiantes y académicos de cualquier
institución educativa, ex alumnos y trabajadores de la UNAM
y jubilados con credencial vigente, hasta el cierre de las inscripciones.

www.grandesmaestros.unam.mx

www.descargacultura.unam.mx



COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL / UNAM

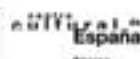
POESÍA EN VOZ ALTA.12 *Poesía escénica / Poesía multimedia*

**Alemania
Austria
Brasil
Chad
España
Estados Unidos
Holanda
México**



19 a 30 de septiembre de 2012
Casa del Lago Juan José Arreola
Museo Universitario del Chopo
Museo Experimental El Eco
Museo Universitario Arte Contemporáneo

www.casadellago.unam.mx
www.chopo.unam.mx
www.eleco.unam.mx
www.muac.unam.mx



ADO



**radio
UNAM**

860 AM

96.1 FM

La apertura de un nuevo ciclo escolar es siempre un logro

y una esperanza para muchos universitarios que ingresan a nuestra máxima Casa de Estudios. Por ello, publicamos el discurso de bienvenida del rector José Narro Robles, quien pone el acento en la importancia de la educación media y superior como un reservorio de urgente necesidad y fortalecimiento para nuestro país.

Para comprender el presente siempre es necesario acudir a la memoria, a la historia. Desde tres perspectivas distintas, Enrique Florescano, Enrique Semo e Ignacio Carrillo Prieto analizan diversas formas de mirar la historia. Enrique Florescano se sumerge en el universo siempre complejo de la historiografía, donde los documentos son fundamentales para la comprensión de los hechos del pasado. Enrique Semo, por su parte, rememora, desde un punto de vista autobiográfico, un momento clave del siglo anterior: la invasión nazi a Francia y la escapatoria de los judíos rumbo a tierras americanas. Finalmente, Ignacio Carrillo Prieto reconstruye las fases que precedieron a la Constitución de Cádiz hace 200 años y cuya impronta es evidente en toda Hispanoamérica.

La música, hermana mayor del lenguaje, es una de las obsesiones del escritor mexicano Eusebio Ruvalcaba. Vicente Quirarte comenta la melomanía del autor de *Un hilito de sangre* expresada en su libro *El silencio me despertó*, a la vez que reproducimos un fragmento de Ruvalcaba donde aparece la figura siempre tutelar de Chopin. En este mismo sentido, Pablo Espinosa realiza una semblanza del gran director de orquesta Eduardo Mata.

Felipe Garrido aborda el tema de la lectura y hace un balance de la enseñanza de la lengua durante los últimos sexenios y convoca a una reforma inaplazable para la formación de lectores: alumnos y maestros que sepan comprender los diversos niveles y sutilezas de significado que tiene un texto.

Carlos Martínez Assad, nombrado recientemente Investigador Emérito de la UNAM, comenta las obras de los escritores Tahar Ben Jelloun, de origen marroquí, y Atiq Rahimi, nacido en Afganistán, ambos ganadores del prestigioso premio Goncourt.

En el ámbito de la ciencia, José Gordon entrevista a Gerald Edelman sobre la arquitectura del cerebro, cuyas redes neuronales alcanzan proporciones cósmicas, y la capacidad de la mente para comprender y adentrarse en los fenómenos físicos. Por su parte, el doctor José Franco en su discurso de toma de posesión como Presidente de la Academia Mexicana de la Ciencia, analiza el papel fundamental de la ciencia para el desarrollo de nuestro país.

A cincuenta años de su creación, el Centro Universitario de Teatro ha formado a un sinnúmero de actores, directores y dramaturgos. Elena Méndez conversa con su actual director, Mario Espinosa, para realizar un balance de sus logros, a la vez que comenta los festejos que se realizan para celebrar a la noble institución universitaria.

Federico Campbell nos advierte acerca de los riesgos del sobrecalentamiento planetario, Mauricio Molina recuerda aquel momento álgido de la crisis de los misiles en Cuba, cuando la humanidad estuvo a punto de caer presa de una guerra nuclear de proporciones apocalípticas.

En el ámbito de la poesía, la crónica y la ficción publicamos una miscelánea de textos de Margarita Peña, Silvia Molina, Rowena Bali, Armando Fuentes “Catón”, Luis Rafael Sánchez, Patricia Suárez y Julio Derbez.

Dedicamos nuestro reportaje a los espacios museográficos del Centro Cultural Universitario Tlatelolco con una muestra de lo más relevante de su Museo Tlatelolco.

La Cátedra Ingmar Bergman en su VII sesión: Paisajes sonoros y el Museo del Chopo presentan

Khalid K en la UNAM

Conferencia

Miércoles 5 de septiembre, 2012 / 17:00 horas

Modera: José Luis Paredes Pachó



Concierto

La vuelta al mundo en 80 voces

Miércoles 5 de septiembre, 2012 / 19:00 horas

ENTRADA LIBRE
www.chopo.unam.mx
Dr. Enrique González Martínez 10, Santa María la Ribera / México D.F. / T (5546-8490)

CONACULTA y artes plásticas

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

MNEMOGRAFÍAS ENTRE LA SUPERFICIE Y LA MEMORIA

GEORGINA BRINGAS
TANIA CANDIANI
MINERVA CUEVAS
ALE DE LA PUENTE
CLAUDIA FERNÁNDEZ
BELA GOLD

TAMARA IBARRA
LORENA MAL
AMOR MUÑOZ
MELANIE SMITH
PATRICIA SORIANO
SOFÍA TABOÁS
DIANA VEGA

19 DE JULIO - 28 DE OCTUBRE, 2012

MUSEO NACIONAL DE LA ESTAMPA

Av. Hidalgo núm. 39, Plaza de la Santa Veracruz

Colonia Centro, Deleg. Cuauhtémoc, C. P. 06050

Ciudad de México, D. F. Tels. 5521 2244 / 5510 4905



Bellas Artes INBA Oficial @bellasartesinba

INBA 01 800 904 4000 - 5282 1964

Fomentando la cultura construimos los cimientos de un México próspero para ti y tu familia



Vivir Mejor



www.bellasartes.gob.mx

Este programa es público, open a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

GOBIERNO FEDERAL



CONACULTA

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.



Leonora Carrington, Bird People, 1959, 60.5 x 81 cm (oil on masonite). © Estate of Leonora Carrington. Private collection.

VOICES of Mexico

Issue 93 Spring • Summer 2012

Suscripción anual:

México: \$140 pesos

EU: U.S. \$30 dls.

Canadá: Can \$40 dls.

Otros países: U.S. \$55 dls.

Informes y suscripciones:

Tels. (011 5255) 5623 0308
5623 0281

voicesmx@unam.mx

www.cisan.unam.mx/voices.php

Bienvenida a la UNAM

La aventura del conocimiento

José Narro Robles

En su discurso de bienvenida a los nuevos estudiantes de nuestra máxima Casa de Estudios, el rector José Narro Robles hace un recuento de los logros recientes de la UNAM, al tiempo que llama a la ampliación, difusión y protección de la educación superior como una necesidad prioritaria del México del siglo XXI.

Jóvenes estudiantes, sean ustedes muy bienvenidos a la Universidad Nacional Autónoma de México. Para quienes están por primera vez en ella, en adelante ésta será su casa, aquí pasarán muchas de las horas memorables de sus vidas. Aquí se formarán como profesionales capaces, útiles a la sociedad, pero también como personas con valores, como ciudadanos comprometidos con su sociedad.

Han llegado ustedes a una gran institución. Tienen el privilegio de formar parte de una gran comunidad, unida por un indeclinable compromiso con el conocimiento en todas sus áreas, con todas las expresiones de la cultura que enriquece el espíritu y, sobre todo, con la sociedad mexicana y sus problemas, con sus valores y su identidad, con sus posibilidades y anhelos.

Este, su nuevo hogar, es la universidad más antigua del país y la que cuenta con el mayor prestigio internacional. Aquí se enseña y se aprende, se investiga y se generan nuevos conocimientos en prácticamente todas las áreas del saber. Aquí se cultivan, se preservan y se difunden todas las expresiones de la cultura nacional y universal.

Han llegado a una Universidad con historia, con tradiciones, comprometida con la sociedad que generosamente la sostiene. La UNAM, nuestra UNAM, es grande por su tamaño y tiene grandeza en razón de su historia,

de sus logros y de los servicios prestados a México y a otras naciones de la región y el mundo. Tiene como antecedente más remoto a la Real Universidad de México, establecida el siglo XVI hace más de 460 años, y transformada radicalmente a principios del siglo XX y en especial en el acto de su reapertura como Universidad Nacional de México.

A lo largo de los últimos cien años, en su carácter de Universidad Nacional, ha acompañado, participado e impulsado el desarrollo de la nación. Lo ha hecho formando profesionales que han intervenido en todos los ámbitos del quehacer y el saber humanos. Desde el diseño de instituciones, hasta la construcción de la infraestructura nacional; de la prestación de servicios profesionales, a la generación de conocimiento universal. Los egresados universitarios han influido en el progreso del país, en la calidad de vida de los mexicanos, en la administración de instituciones y empresas públicas y privadas. Ellos trabajan en todos los rincones del país.

La Universidad Nacional ha contribuido al conocimiento de nuestra realidad a partir de las ciencias sociales y las humanidades, que han permitido conocer cada vez con mayor profundidad nuestro pasado y las aportaciones de nuestros pueblos originarios. Las investigaciones de los universitarios han esclarecido nuestras raíces y han



Ceremonia de apertura del ciclo escolar 2012-2013 en el CCU Tlatelolco el pasado 13 de agosto

puesto en contexto nuestro presente, elementos indispensables para construir el futuro que queremos.

La investigación científica que hoy se realiza en el país en gran medida se originó y todavía se realiza en buena parte en las instalaciones de esta institución y por nuestros académicos. Quienes hacen investigación básica y aplicada, en ciencias químicas y de la salud, en ciencias exactas y en ingeniería han sido de suma importancia para el desarrollo del conocimiento en nuestro país, para el desarrollo de tecnologías, y hoy son aún más importantes.

Cómo dejar de hablar de la gran labor de difusión cultural que realiza la UNAM. Desde su inicio, la Universidad Nacional ha sido lugar de creación artística, de enseñanza de las artes, de conservación de bienes de la Nación. La UNAM es casa de creación y difusión de la cultura. A través de sus museos de arte y de ciencias, de sus centros culturales, de sus salas de cine, teatro, danza y música, de sus edificios históricos, la Universidad cumple su función de extender los beneficios de las culturas mexicana, iberoamericana y mundial. Ustedes tendrán acceso a todo esto.

Por otra parte, nuestra Universidad tiene a su cargo algunos servicios nacionales que muy pocas instituciones académicas del mundo tienen. Bajo nuestra responsabilidad están la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales, el Observatorio Astronómico Nacional, los servicios Sismológico y Mareográfico nacionales, así como numerosas colecciones que salvaguardan la representación más completa de distintos grupos de la flora y la fauna nativas, al igual que de nuestra riqueza geológica.

Como es fácil de apreciar, la UNAM es una gran institución. Su dimensión extraordinaria no le ha impedi-

do seguir creciendo, incluso en uno de los aspectos más importantes y urgentes para el país: el número de estudiantes atendidos. Como se ha reiterado incansablemente, nuestro país tiene un gran rezago en materia de educación superior.

De cada diez jóvenes en edad de estudiar, siete no pueden hacerlo por falta de opciones y oportunidades educativas. Esto no es justo para nuestros jóvenes. Si no queremos rezagarnos todavía más en el concierto internacional, tenemos que convertir la educación superior en prioridad nacional. Sin más opciones educativas para nuestros jóvenes, se hipoteca el futuro de la nación. Urgen políticas con visión de Estado para asegurar que la educación superior y la investigación sean los ejes del desarrollo del país.

La UNAM ha realizado en los últimos años grandes esfuerzos para responder favorablemente al mayor número de jóvenes que desean cursar estudios en nuestra institución. Sin embargo, ni la nuestra ni ninguna otra de su naturaleza pueden resolver por sí solas asuntos que competen al Estado y a la sociedad en su conjunto. La UNAM ha efectuado en los últimos doce años las acciones necesarias para incrementar su matrícula, para crear nuevas escuelas profesionales y para diversificar su oferta educativa.

Para ilustrar lo anterior baste decir que mientras en el año 1999 la UNAM contaba con 269 mil alumnos en todos los niveles de estudio y en todas las modalidades educativas, este año tenemos más de 324 mil. Un incremento en la matrícula de 55 mil estudiantes. Para entender mejor lo que este aumento significa, sólo diré a ustedes que es equivalente a la matrícula total actual de las dos universidades públicas organizadas en las últimas cuatro décadas en la zona metropolitana de la Ciudad de

México. Este esfuerzo de la UNAM es mayor que la matrícula total de educación superior y tecnológica de cada uno de 19 estados de la república.

No puedo dejar de señalar también que la Universidad Nacional, además, ha incrementado las opciones de formación con nuevas carreras en la licenciatura y nuevos programas en el posgrado. Nos sentimos orgullosos por el hecho de que pronto alcanzaremos la cifra de 100 licenciaturas, hoy tenemos ya 99. Quiero compartir con ustedes mi satisfacción porque varias de esas carreras se ofrecen por primera vez en las dos nuevas Escuelas Nacionales de Estudios Superiores, la que se estableció en León, Guanajuato el año pasado y la que inicia este ciclo en Morelia, Michoacán.

Debo decir también que las carreras que se imparten en esas dos nuevas entidades académicas, en su mayoría son licenciaturas novedosas que se anticipan a las necesidades de nuestro tiempo. El impacto y la demanda de estas carreras han hecho que se ofrezcan también en Ciudad Universitaria.

Como ustedes podrán haber apreciado en mi intervención, resulta imposible ocultar el orgullo de pertenecer a esta centenaria institución. A una que se compromete con su país y en especial con sus jóvenes. Constituimos una institución crítica, pero propositiva. Somos una comunidad autónoma que concreta cotidianamente su compromiso social. Por su calidad y generosidad, quienes formamos parte de la UNAM la respetamos, la cuidamos y la defendemos.

Permítanme decir que el mayor orgullo para nuestra casa de estudios lo constituyen sus académicos, los

profesores, los investigadores y los técnicos de gran calidad con que contamos. Ellos son sin duda fuente del prestigio de esta institución. Algunos de ellos se encuentran aquí entre nosotros, como integrantes de la Junta de Gobierno y del Patronato Universitario, como parte del cuerpo directivo o como eméritos.

La Universidad es un espacio privilegiado de la sociedad para el cultivo del saber, pero también para la convivencia entre generaciones. Es un espacio de interacción en el que se cultivan principios y valores. Un espacio en el que se estudia y se vive intensamente, en el que se conjugan conocimientos e ideas con sentimientos y afectos. Un espacio plural en el que los alumnos deben aprender a ser responsables, honestos y generosos, a convivir con respeto y tolerancia a las diferencias, a las preferencias, a las condiciones de género y a las capacidades físicas, culturales y sociales.

Esto es parte de lo que distingue el ser de la Universidad Nacional. Pero hoy también quiero hablar de lo que pasa fuera de ella, ya que, como señaló nuestro fundador, el maestro Justo Sierra, “no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice”. Todos conocemos e incluso experimentamos los múltiples problemas que vive y sufre nuestra sociedad. Por ello esta comunidad de aprendizaje, de enseñanza, de investigación, de difusión de la cultura, debe, colectiva e individualmente, estar atenta a lo que sucede en nuestra nación y en el mundo entero.

El panorama de nuestro país hoy en día no es el que queremos para él. Se han conjuntado problemas secu-



© DGCS/UNAM

lares, que no hemos podido resolver del todo, con nuevas y penosas condiciones. Entre los problemas que enfrenta México nos debe ocupar en este caso el rezago educativo. No podremos ser una nación moderna y competitiva mientras no mejoremos nuestros niveles educativos. No debemos conformarnos frente al hecho de que cuatro de cada diez mexicanos de 15 años y más estén afectados por esta condición.

¿Cómo pasar por alto que tenemos 5.4 millones de personas analfabetas, incluidos más de medio millón de jóvenes de entre 15 y 29 años? ¿Cómo no inconformarnos ante el hecho de que diez millones de mexicanos no cuenten con estudios completos de educación primaria y otros 16 y medio millones no hayan terminado los de secundaria?¹ Se trata de cifras enormes que nos avergüenzan. Algo tenemos que hacer, y pronto.

Otro problema que nos atañe de manera especial es la limitada cobertura en educación media superior, que ya es parte de la enseñanza obligatoria. Algo semejante sucede con la que se registra en el nivel superior. En la próxima década, por mandato constitucional, México deberá alcanzar la universalización de la educación media superior. Pero además, podríamos y deberíamos al menos duplicar la cobertura del nivel superior. Lograr estas metas servirá para reducir el número de jóvenes de entre 12 y 29 años que no estudia ni trabaja y cuya cifra hoy asciende a cerca de 8 millones. Hay que darles opciones a esos jóvenes.

¹ Instituto Nacional de Educación de los Adultos (INEA), “Rezago de la Población de 15 años y más en Educación Básica”, Información del Censo de Población y Vivienda 2010.

Jóvenes universitarios: Pertenecer a la Universidad Nacional representa un compromiso. Un compromiso con ustedes mismos, con su familia y con su sociedad. Ustedes deben prepararse para trabajar en favor de su país. Ustedes son parte de los talentos y recursos que México tiene para superar sus problemas.

Por eso los invito a mantener una actitud positiva. Positiva en el sentido de no ignorar los problemas de la sociedad, en particular los de los más desfavorecidos. Positiva en el sentido de no entender el éxito sólo como la acumulación de dinero y posesiones. Positiva en el sentido de saber que con la preparación que van a adquirir en esta Universidad, ustedes serán capaces de aportar, individual y colectivamente, a que nuestra sociedad sea cada vez menos desigual, más justa, menos violenta, con mayor desarrollo, con igualdad de oportunidades.

Los exhorto a esforzarse cada vez más por alcanzar, en la teoría y en la práctica, los conocimientos, las habilidades y los valores necesarios para que se formen como personas, como profesionales, como ciudadanos.

Hoy inician ustedes una aventura intelectual y ética extraordinaria. Hoy da principio una etapa fundamental en sus vidas y en las de sus familias. Han llegado a una de las instituciones mayores de México y de Iberoamérica. Esta es su Universidad, aprovechen todo lo que les brinda. ¡Gócenla, cuídenla, quíeranla, defiéndanla! ¡Bienvenidos a la Universidad Nacional Autónoma de México! ¡Bienvenidos a su nueva casa! ¡Bienvenidos a su Universidad! **U**

Mensaje del rector José Narro Robles en la Ceremonia de apertura del ciclo escolar 2012-2013 en la UNAM, el 13 de agosto de 2012.



© DGCS / UNAM

Pilares de la historiografía

Enrique Florescano

Los historiadores enfrentan múltiples aristas para estudiar los sucesos del pasado. El doctor Enrique Florescano ilumina el camino de la historiografía actual echando mano de diversas estrategias narrativas. Este texto forma parte del libro La función social de la historia, de próxima aparición en el Fondo de Cultura Económica.

A lo largo de los siglos los historiadores se han empeñado en precisar los objetivos y las metas de su disciplina. A esa compulsión debemos el que cada época del desarrollo humano haya elaborado su propia concepción de la historia. La que hoy aceptan la mayoría de los historiadores reposa en esa larga experiencia y se apoya en tres pilares: 1) la *fase documental*, que va desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de los archivos, y cuyo fin último es el establecimiento de la prueba documental, la presentación propiamente dicha de los hechos. 2) Sigue la *fase explicativa-comprensiva*, donde el historiador recurre no a un modo privilegiado de explicación, sino al “abanico de modos de explicación capaces de hacer inteligibles las acciones humanas [...] La mayoría de los trabajos históricos —dice Ricœur— se despliegan en una región media en la que se alternan y se combinan, a veces de manera aleatoria, modos heteróclitos de explicación”.¹ 3) Por último, encontramos la fase que Ricœur llama *representación historiadora*, o sea, “la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia”.²

La *fase documental* comienza con la declaración que hace el testigo de su experiencia, que es una declaración oral y personal, referida a un hecho vivido en un lugar y un tiempo precisos. Pero para adquirir la categoría de testimonio esa declaración es sometida a distintas pruebas de veracidad hasta llegar a ser considerada un testimonio fiable, garantizado.³ Cuando advino la escritura, el testimonio oral se convirtió en texto. Más tarde los papeles dieron paso a la formación de archivos, bibliotecas, museos y demás instituciones avocadas a conservar, ordenar y resguardar las huellas del pasado: los textos, pero también los monumentos, los restos arqueológicos, las pinturas, etcétera, son las fuentes a las que acude el historiador para establecer los hechos. “Por lo tanto, en la historia como en la ciencia, la imaginación debe estar limitada y disciplinada por las fuentes, y esto es precisamente lo que la diferencia de las artes y todos los métodos de representación de la realidad”.⁴

Ricœur ha escrito que la presencia del archivo como fuente principal del historiador terminó con “el rumor del testimonio oral” y dio inicio a la etapa moderna de la crítica histórica, pues “sólo la comprobación de los testimonios escritos [y de los vestigios a los que

¹ Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003, p. 244. El título “operación historiográfica” y sus tres componentes provienen de Michel de Certeau, “L’opération historique” en Jacques Le Goff y Pierre Nora (editores), *Faire de l’histoire. Nouvelles approches*, tres volúmenes, Gallimard, París, 1975.

² *La memoria, la historia, el olvido*, p. 179.

³ *Ibidem*, pp. 210-217. En estas páginas Ricœur describe con precisión las distintas fases por las que pasa la declaración ocular u oral para convertirse en testimonio fidedigno.

⁴ Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Anagrama, Barcelona, 2004, p. 68.

se refiere Carlo Ginzburg] dieron lugar a la crítica, en el sentido de este nombre”.⁵ Estos vestigios son la huella de lo que existió en el pasado. “Se les puede llamar evidencias (porque son signos visibles que dan testimonio de algo ocurrido en el pasado), o fuentes (porque brindan información del pasado como las aguas fluyen de su nacimiento), o testimonios primarios (porque se advierten antes que la literatura escrita por los historiadores), o datos (porque se trata de hechos dados diferentes a las teorías que construimos sobre ellos)”.⁶ La historia, dice Lucien Febvre, se hace “con documentos escritos”. Pero también puede y debe hacerse con otros testimonios cuando faltan los escritos:

Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por lo tanto, con palabras, con signos, con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo

⁵ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 211 y 224-225.

⁶ Constantin Fasolt, *The Limits of History*, The University of Chicago Press, Chicago, 2004, p. 5.

del hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre.⁷

Distinguir lo cierto de lo falso es la función de la crítica y la primera tarea del historiador. Marc Bloch escribió que “el verdadero progreso llegó el día en que la duda se volvió ‘examinadora’ como decía Volney”, cuando “las reglas [objetivas] fueron elaboradas paulatinamente y permitieron seleccionar entre la verdad y la mentira”. A esta venerable y prolongada tarea contribuyeron numerosos autores. Entre los primeros, Lorenzo Valla, quien apoyándose en la crítica documental descubrió la falsedad del *Decreto* o *Donación de Constantino*. A esta obra siguieron la publicación del *De re diplomatica* de Mabillon, la exégesis de la *Biblia* de Richard Simon, el *Tratado teológico-político* de Spinoza, “obra maestra de crítica filológica e histórica”, y los trabajos de otros eruditos eminentes.⁸ Porque la historia reconstruye el pasado mediante huellas, rastros e indicios, por ello mismo le otorga a la crítica de esos testimonios un lugar privilegiado. En el discurso de los historiadores “los hechos son el núcleo duro, aquello que resiste a la contestación”, y por eso su primera tarea es probar la autenticidad de los hechos que narra, aportar las pruebas que confirman su veracidad.⁹

En su *Apología para la historia*, Marc Bloch describió las reglas básicas del método crítico. La primera norma del historiador, señaló, es “indicar lo más brevemente posible la fuente del documento que está utilizando, es decir, la manera de encontrarlo, [pues esto] equivale sin más a someterse a una regla universal de probidad”.¹⁰ Luego desarrolla las diversas formas de la crítica externa, que atiende a las características materiales del documento (el papel, la tinta, la escritura), y se concentra en la crítica que analiza la coherencia interna del texto. Como observa Prost, todos los métodos críticos tienen por objeto responder a cuestiones simples:

⁷ Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1947, pp. 232-233. Como dice Constantin Fasolt (*The Limits of History*, pp. 5-6): “Pero una cosa debe subrayarse: las fuentes no necesariamente deben ser escritas. Cualquier cosa —edificios en ruinas, esculturas, música, flores, praderas abiertas, muebles pintados, zapatos desabrochados, hatos de madera, piedra suavemente tallada— cualquier cosa puede servir como evidencia siempre y cuando se cumplan dos condiciones: debe estar presente, para que pueda ser examinada, y debe contener información acerca del pasado, para que pueda funcionar como fuente”.

⁸ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición anotada por Étienne Bloch, FCE, México, 1996, pp. 187-189. Sobre Lorenzo Valla, véase el prefacio de Carlo Ginzburg en Lorenzo Valla, *La Donación de Constantino (Sur la “Donation de Constantin”, à lui fausement attribuée et mensongère)*, Les Belles Lettres, París, 1993. Según Ricœur (*La memoria, la historia, el olvido*, p. 225), “sólo la comprobación de los testimonios escritos, unida a la de estas otras huellas, como los vestigios, dieron lugar a la crítica, en el sentido digno de este nombre”.

⁹ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Cátedra-Universitat de València (Frónesis), 2001, p. 68.

¹⁰ *Apología para la historia*, pp. 192-193.



Marc Bloch

“¿De dónde procede el documento? ¿Cómo se ha conservado y transmitido? ¿Quién es su autor [...] ¿Dícele la verdad?”.¹¹ Para Constantin Fasolt, la peor ofensa que el historiador puede hacerle al pasado es caer en el anacronismo.

Todos los otros pecados pueden ser perdonados, pero no éste. Anacronismo es el signo que contradice el espíritu sagrado de la historia. Muestra que el historiador inconscientemente ha infectado la interpretación del pasado con una partícula del presente, es decir, que no sólo ha fracasado en su tarea, sino que ha fracasado vergonzosamente.¹²

Así pues,

cualesquiera que sean los documentos utilizados o las cuestiones planteadas, lo que está en juego en la fase del establecimiento de los hechos es la fiabilidad del texto que el historiador dará a sus lectores. De eso depende el valor de la historia como “conocimiento”. La historia se basa en los hechos, y al historiador se le aprecia en la medida en que los produzca en apoyo de sus afirmaciones. La solidez de un texto histórico, la cualidad de ser científicamente admisible, depende del cuidado que se presta a la construcción de los hechos.¹³

El segundo paso de la tarea historiadora, la *explicación-comprensión*, va precedida por el reconocimiento de que en el análisis histórico “no hay un modo privilegiado de explicación”.¹⁴

En realidad, como dice Ricoeur, la interpretación está presente “en los tres niveles del discurso histórico, en el documental, en el de la explicación-comprensión y en el de la interpretación literaria del pasado”.¹⁵ Marc Bloch, Edward H. Carr y Henry-Irénée Marrou, entre otros, delinearon con perspicacia los preceptos que debe seguir el historiador para abordar los innumerables temas que atraen y desafían su oficio.¹⁶ Sin embargo, desde la aparición de esos libros a los días que corren, los métodos que pone en juego el historiador para analizar el pasado no han cesado de renovarse, al punto que ha hecho suyos buena parte de los métodos desarrollados por las ciencias sociales. Otros, más audaces, se han acercado a los que manejan los expertos de las ciencias duras. Mi generación, por ejemplo, fue radicalmente



Lucien Febvre

afectada por los métodos demográficos introducidos por la escuela de Berkeley en el análisis de las catástrofes que diezmaron la población indígena de la Nueva España en los siglos XVI y XVII.¹⁷ Más profundas y revolucionarias fueron las transformaciones metodológicas promovidas por la llamada Escuela de los Annales. A las obras hoy legendarias de March Bloch, Lucien Febvre, Ernest Labrousse, Fernand Braudel y Georges Duby, inmediatamente seguidas por las de Pierre Vilar, Pierre Goubert, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Chaunu, Jacques Le Goff, François Furet, Nathan Wachtel, Pierre Vidal-Naquet, Jacques Revel y Michel de Certeau, para citar algunos de los autores más representativos, debemos el trascendental vuelco de la historiografía del siglo XX, un viraje que cambió los paradigmas cognitivos, temáticos y metodológicos de la disciplina.¹⁸

Paralelamente, en el mundo anglosajón y en Alemania se registraron también cambios significativos en diversos ámbitos del saber historiográfico, y de manera destacada en la historiografía política y en el marco conceptual. Las revistas *The American Historical Review* y

¹⁷ Véase, como ejemplo, Sherburne F. Cook y Lesley Byrd Simpson, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of California Press, Berkeley, 1948; Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Essays on Population History*, 3 volúmenes, University of California Press, Berkeley, 1971-1979.

¹⁸ Sobre los cambios introducidos por la École des Annales hay una bibliografía dilatada. Véase, por ejemplo, Jacques Le Goff y Pierre Nora (editores), *Faire de l'histoire. Nouvelles approches*; Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales (1929-1989)*, Gedisa, Barcelona, 1993; Rosan Rauzduel, “Sociologie historique des Annales”, *Lettres du Monde*, Paris, 1998; George G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century*, Wesleyan University Press, Middletown, 1968, capítulo 5; y el libro de Phillippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992; e Hira de Gortari y Jorge Zermeno (editores), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, CEMCA, México, 1996.

¹¹ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 73.

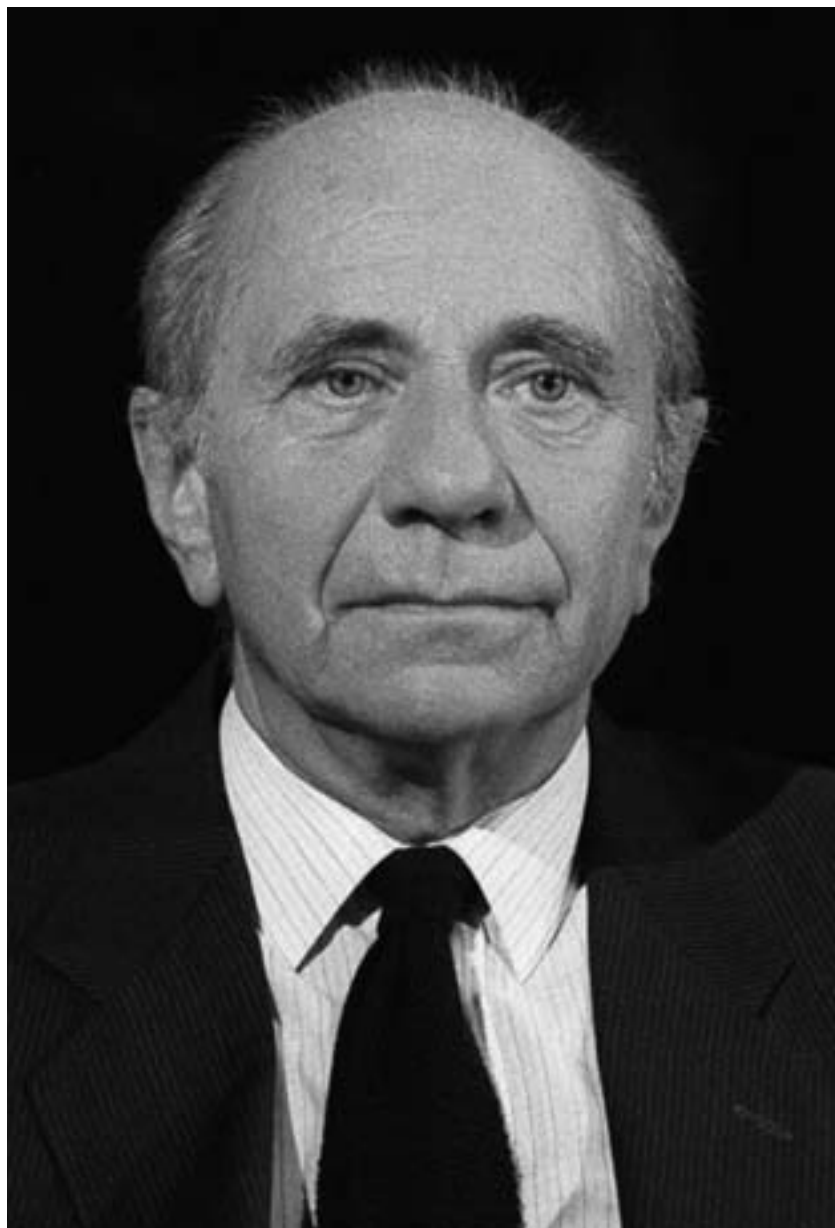
¹² Fasolt, *The Limits of History*, p. 6.

¹³ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 89.

¹⁴ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 244.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 244-245 y 448.

¹⁶ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*; Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, Labor, Barcelona, 1968; Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1970.



Georges Duby

Theory and History, entre otras, dieron a conocer periódicamente los cambios teóricos, metodológicos, temáticos y escriturales de la historiografía anglosajona e internacional. Como en ninguna época anterior, el historiador tiene hoy a su disposición un inventario de las diversas formas de hacer historia que han cobrado vida en el ámbito internacional.

En sus acercamientos al pasado el historiador se sirve de conceptos. Reinhart Koselleck, quien se ha concentrado en su estudio, propone esta definición: “Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto”.¹⁹ Generalmente los historiadores utilizan dos tipos de con-

ceptos: los establecidos por la gente en su propio tiempo para designar realidades en las que estaban inmersos (feudo, vasallaje, religión). Por otro lado es común que el historiador recurra a conceptos creados en el tiempo en que escribe y, por lo tanto, extraños a la época que trata: clases, capitalismo, inflación, etcétera. En el primer caso, considera Koselleck,

los conceptos tradicionales sirven como acceso heurístico para concebir la realidad pasada. En el segundo caso, la *Histoire* se vale *ex post* de categorías formadas y definidas que se emplean sin poder demostrar su presencia en las fuentes. Así, por ejemplo, se formulan premisas teórico-económicas para investigar los inicios del capitalismo con categorías que en aquel momento eran desconocidas.²⁰

En todo caso, como se puede observar, los conceptos son “herramientas con las cuales los contemporáneos, pero también los historiadores, se esfuerzan en hacer una ordenación de lo real y de hacer decir al pasado su especificidad y su significado”.²¹ Sin embargo, a pesar del rigor que los acompaña, los conceptos no logran imponer a la realidad un orden estrictamente riguroso. Por eso dice Antoine Prost que

antes de conceptos ya constituidos, mejor sería hablar de conceptualización —como planteamiento y como investigación—, de conceptualizar la historia. Esta operación implica ordenar la realidad histórica, aunque se trataría de una ordenación relativa y parcial, pues la realidad jamás se puede reducir a la racionalidad: tiene siempre una parte de contingencia, y las particularidades concretas perturban generalmente el bello orden de los conceptos.²²

En su constante enfrentamiento con los enigmas del pasado, los historiadores no han dudado en acudir a los métodos y conceptos más rigurosos de las ciencias

¹⁹ Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 117. En otro libro, *L'expérience de l'histoire*, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil, París, 1997, pp. 101-119, Koselleck dedica un capítulo a la historia de los conceptos.

²⁰ Citado por Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, pp. 134-135. Estos dos tipos de conceptos los define así Paul Veyne (*Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 152): “El objeto último del esfuerzo de conceptualización es facilitar a través del discurso, al lector profano, todos los datos que le permitan reconstruir el acontecimiento en su totalidad, incluidos su ‘tono’ y su ‘atmósfera’”. En efecto, inicialmente, cualquier hecho que ocurre en una civilización que nos es ajena consta [...] de dos partes: una se puede leer explícitamente en los documentos [...], en tanto que la otra es un *aura* de la que el especialista se impregna en contacto con los otros documentos, pero que no es capaz de traducir en palabras...”.

²¹ *Doce lecciones...*, p. 151. Mary Fullbrook (*Historical Theory*, Routledge, Londres, 2007, capítulo 5, p. 74), observa que explícitamente o no, la mayoría de los historiadores operan con categorías o conceptos que les sirven para modelar o definir los modos con los que investigan y representan el pasado.

²² *Doce lecciones...*, p. 145.

sociales y aun de las ciencias duras. De ambas han tomado herramientas como las antes citadas, y sobre todo, métodos. La cercanía de la historiografía contemporánea con la sociología, la economía, la psicología o la antropología, se asienta en esos préstamos; es decir, como dice Antoine Prost, buena parte de “su tiempo [lo ha dedicado el historiador] a incubar huevos que no ha puesto”.²³

Finalmente, el proceso de comprensión y explicación puede resumirse en el objetivo de interpretar adecuadamente los hechos examinados, una ambición que Paul Ricoeur define en el párrafo siguiente. La interpretación, dice, es un proceso complejo en el cual

se pueden distinguir varios componentes: en primer lugar, el deseo de clarificar, de explicitar, de desplegar un conjunto de significaciones consideradas oscuras para una mejor comprensión por parte del interlocutor; después, el reconocimiento del hecho de que siempre es posible interpretar de otro modo el mismo complejo, y, por lo tanto, la admisión de un mínimo inevitable de controversia, de conflicto entre interpretaciones rivales; después, la pretensión de dotar a la interpretación asumida de argumentos plausibles, posiblemente probables, sometidos a la parte adversa; finalmente, el reconocimiento de que detrás de la interpretación subsiste siempre un fondo impenetrable, opaco, inagotable, de motivaciones personales y culturales, que el sujeto nunca ha terminado de explicar.²⁴

El proceso de conceptualización es un proceso lento. Una página extensa de Paul Veyne define su paulatina formación y la complejidad que lo constituye.

La historia comienza siendo una visión ingenua de las cosas, la del hombre corriente o la de los hombres del *Libro de los Reyes* o de las *Grandes crónicas de Francia*. Poco a poco, a lo largo de un proceso análogo a los que experimentaron la ciencia o la [... filosofía], y tan lento e irregular como ellos, se desarrolla la conceptualización de la experiencia. Ese proceso es menos perceptible que el experimentado por la ciencia o por la filosofía: no se traduce en teoremas, tesis o teorías que se puedan formular, contraponer y discutir, y para darse cuenta de él es necesario comparar una página de [Max] Weber o de [Henri] Pirenne con otra de un cronista del año mil. Esa evolución, tan escasamente discursiva como cualquier aprendizaje, no sólo constituye la razón de ser de las disciplinas histórico-filológicas y la justificación de su autonomía, sino que forma también parte integrante del descubrimiento de la complejidad del mundo. Cabría decir que la humanidad adquiere una conciencia cada vez más exacta de sí mis-



Jacques Le Goff

ma, si no fuera porque se trata de un fenómeno mucho más modesto, del conocimiento cada vez más riguroso de la historia que adquieren los historiadores y sus lectores. Estamos ante la única evolución que permite que hablemos de ingenuidad griega o de infancia del mundo: en el ámbito de la ciencia o de la filosofía la madurez no está en función de la dimensión del *corpus* de conocimientos adquiridos, sino de cómo se han sentado sus bases. Los griegos son niños geniales que carecieron de experiencia; en cambio, descubrieron los *Elementos* de Euclides... De la misma forma, una historia de la historiografía que pretendiera llegar al núcleo de la cuestión debería atender menos al fácil estudio de las ideas de cada historiador y dedicar mayor interés al repertorio de su paleta: no basta elogiar la agudeza narrativa de determinado historiador, o decir que otro apenas se ocupa de los factores sociales del periodo que estudia. En tal caso, la escala de valores podría experimentar variaciones: se pondría de manifiesto que el viejo abate Fleury, en sus *Costumbres de los judíos y de los primeros cristianos*, resulta, cuando menos,

²³ *Ibidem*, p. 146.

²⁴ Ricoeur, *La memoria, la historia...*, pp. 446-447.



Pierre Goubert

tan rico como Voltaire, y nos sorprenderían la riqueza de Marc Bloch y la pobreza de Michelet. Muy a menudo, esa historia de la historia no es obra de los historiadores, sino de novelistas, viajeros o sociólogos.²⁵

Recuerda John Lewis Gaddis que en una ocasión una importante revista académica le rechazó un artículo con el argumento de que “había incurrido en pluralismo de paradigmas”. Luego de meditar sobre esa respuesta llegó a la conclusión de que ésta era una interpretación miope, pues las lecturas de otras obras le mostraron que “una pluralidad de paradigmas puede convergir para darnos una adaptación más estrecha entre representación y realidad”.²⁶

Esta convergencia de enfoques en la explicación de un acontecimiento es posible y está presente en la historia.

Los historiadores están abiertos —o deberían de estarlo— a las diversas maneras de organizar el conocimiento: nuestra mayor dependencia de la micro que de la macroorganización nos abre a un amplio abanico de enfoques metodológicos. En una misma narración podemos ser rankianos, marxistas, freudianos, weberianos o inclu-

so posmodernos, en la medida en que estos modos de representación nos aproximan a las realidades que tratamos de explicar. Quizás —agrega Gaddis— esto pueda interpretarse como una mezcla pragmática e incoherente, pero concluye que es buena ciencia, pues lo que podemos conocer debiera primar siempre sobre la pureza de los métodos para conocerlo.²⁷

Sabemos, por la mera experiencia de ser lectores, “que con métodos diferentes se pueden escribir grandes libros de historia, obras plenas de sentido, que nos iluminen y nos satisfagan enteramente desde el momento que aceptamos su tema”.²⁸

Así, cuando los historiadores entran en la discusión de las diversas formas y métodos de interpretar el pasado podría decirse que “lo liberan de una única explicación válida posible de lo sucedido [...] tenemos que consolarnos con el pensamiento de que, al debatir enfoques alternativos del pasado, permitimos que éste respire mejor”.²⁹

El tramo final de la operación historiadora es la *representación del pasado*. La historia, insiste Ricœur, “es totalmente escritura”,³⁰ se manifiesta en el texto o en el relato, que a su vez quieren ser una representación de la realidad. Pero no trata de la realidad misma, sino de una aproximación a ella, de un intento siempre inalcanzable de reproducirla o replicarla.³¹ En *La memoria, la historia, el olvido*, la representación de la realidad figura en tres contextos diferentes: en la memoria, en la teoría de la historia y en la obra escrita. Aquí nos interesa esta última, “cuando el trabajo del historiador, iniciado en los archivos, desemboca en la publicación de un libro o artículo entregados para leer. La escritura de la historia se ha convertido en escritura literaria”.³² Ricœur le da el nombre de *representación* a esta fase, pues observa que “en ese momento, la expresión literaria, el discurso historiador declara su ambición, su reivindicación, su pretensión, la de representar *de verdad* al pasado”.³³ Sin embargo, afirma que sólo la unión de las tres fases de la operación historiadora (la *prueba documental*, la *explicación-comprensión* y la *escritura*) “son capaces de

²⁷ *Ibidem*, pp. 145-146.

²⁸ Prost, *Doce lecciones...*, pp. 236-237.

²⁹ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 183.

³⁰ Ricœur, *La memoria, la historia...*, p. 315.

³¹ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 177. Gaddis dice que en cualquier caso “es una lastimosa aproximación a una realidad que, aun con la máxima habilidad de parte del historiador, parecería muy extraña a cualquiera que hubiera vivido realmente en ella”.

³² Ricœur, *La memoria, la historia...*, p. 250. En el caso de la escritura literaria, dice Ricœur en la misma obra (p. 360), “la narratividad añade sus modos de inteligibilidad a los de la explicación/compreensión; a su vez, se ha comprobado que las figuras de estilo son figuras de pensamiento capaces de añadir una dimensión propia de exhibición a la legibilidad propia del relato”.

³³ *Ibidem*, p. 303.

²⁵ Veyne, *Cómo se escribe la historia...*, pp. 141-142.

²⁶ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 145.

acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico”.³⁴ Mediante la escritura el pasado, la cosa ausente se vuelve presente, se rescata el hecho desaparecido cuyas frágiles huellas el historiador persigue, reconstruye y examina una y otra vez, hasta que el análisis riguroso lo lleva a la conclusión de que esas huellas son testigos confiables del acontecimiento que se ha propuesto explicar. Es decir, la narración, la forma de representación propia de los historiadores, es una simulación de lo “que ha sucedido en el pasado. Son reconstrucciones, montadas en laboratorios mentales virtuales, de los procesos que han producido cualquier estructura que tratamos de explicar”.³⁵

Pero la representación del pasado que hace el historiador, además de apoyarse en testimonios fidedignos e ir acompañada de formas de explicación certeras, razonadas y convincentes, exige la condición de la buena escritura. Puesto que la historia se escribe, es obligado que esté bien escrita, un requisito que ha acompañado a las obras que llamamos clásicas, desde *Los nueve libros de la historia* de Heródoto, pasando por la *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga, *La cultura popular de la Edad Media y el Renacimiento* de Mijail Bajtin, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* de Fernand Braudel, *Montaillou, village occitan* de Emmanuel Le Roy Ladurie, *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Zenon Davis o los grandes panoramas históricos de Eric Hobsbawm.

Hace tiempo que novelistas, historiadores y críticos de la literatura y de la historia advirtieron las sutiles y a veces contradictorias relaciones entre la historiografía académica y la literatura. Antes de que el relato histórico se vistiera con las virtudes y prestigios de las letras, el historiador lo fortaleció con un despliegue de testimonios sólidos, con los recursos de la comprensión y la explicación rigurosas y con la fuerza de una interpretación coherente y persuasiva. A este basamento el historiador le sumó el atractivo de un estilo que atrajo la atención de un público más amplio y perdurable. Tal es el caso de las obras históricas antes citadas y de la mayoría de los clásicos de la historiografía mexicana o latinoamericana. De las obras dedicadas a la historia mexicana bastaría recordar la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, el *Hernán Cortés* de José

Luis Martínez, el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Alexander von Humboldt, la *Historia de México* de Lucas Alamán, *Orbe indiano* (o *The First America*, su título original en inglés) de David Brading, *La invención de América*, de Edmundo O’Gorman, *La formación de los grandes latifundios en México* de François Chevalier, *Zapata* de John Womack, *Pancho Villa* de Friedrich Katz, u obras más recientes como *Monte sagrado. Templo Mayor* de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, o *Tierra adentro, mar en fuera* de Antonio García de León.

Como se ha visto antes, al mencionar los grandes desafíos que las obras de Stendhal, Balzac, Flaubert y Tolstoi arrojaron a la cara de los historiadores, éstos no sólo reaccionaron con una mejoría en la composición y el estilo de sus obras, sino con un replanteamiento radical de la presentación de los actores, los temas, los escenarios y contextos que integran el relato histórico. Desde entonces los historiadores no sólo exploraron nuevos temas, métodos y arquitecturas para relatar el pasado, sino que vieron en las creaciones literarias textos im-



Fernand Braudel

³⁴ *Ibidem*, p. 371. En otra parte, p. 372, dice: “no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio” para “acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico”.

³⁵ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 141.



Carlo Ginzburg

pregnados de historia, pues aun cuando entendieron que los escritores no se propusieron relatar acontecimientos reales, aceptaron que sus textos proporcionaban una “imagen fiel” de “aquello que se suponía que había sucedido, sobre la base de costumbres análogas en uso, o bien de documentos en los cuales consta que costumbres análogas habían tenido vigencia en el pasado”.³⁶ Así, basándose en el romance medieval de *Lancelot du Lac*, Jean Chapelain, quien escribía entre 1646 y 1647, concluyó que ese texto literario brindaba “una representación genuina [...], una historia cierta y exacta de las costumbres que imperaban en las cortes de ese entonces”. Éste es un ejemplo, arguye Ginzburg, de cómo un texto ficticio nos permite “construir la verdad sobre esas ficciones (*fables*), la historia verdadera sobre la ficticia”.³⁷

Los romances, las novelas y los textos literarios no sólo reconstruyen ambientes, acontecimientos y personajes históricos con procedimientos ignorados por los historiadores, sino que con frecuencia brindan la impresión, como es el caso del cine, de que estamos viendo esos acontecimientos y comprendiendo la magnitud y el sentido de las reacciones experimentadas por sus personajes. Carlo Ginzburg recuerda cómo la aguda lectura de Erich Auerbach de *En busca del tiempo perdido* de Proust, o de *Al faro* de Virginia Woolf nos permitió saber cómo, “mediante un acontecimiento accidental, una vida cualquiera, un fragmento tomado

del azar, se puede arribar a una comprensión más profunda” de la biografía de una persona o ahondar en la trama de un acontecimiento histórico. La literatura también nos impone desafíos, como los de Stendhal, quien por “medio de un relato basado en personajes y acontecimientos inventados”, “intentaba alcanzar una verdad histórica más profunda”.³⁸ Los novelistas, en fin, de Henry Fielding a Marcel Proust, o de Virginia Woolf a James Joyce o William Faulkner, o de Juan Rulfo a Gabriel García Márquez, enseñaron a los historiadores técnicas maravillosas para comprimir el tiempo o dilatarlo, de tal manera que apropiándose de esos procedimientos el historiador pudo resumir siglos de historia en unas páginas, o extender por días, meses y años acontecimientos ocurridos en breve tiempo.³⁹ Según Peter Burke, el “historiador del cine Siegfried Kracauer parece haber sido el primero en sugerir que la ficción moderna, más en particular la ‘descomposición temporal’ en Joyce, Proust y Virginia Woolf, ofrece una oportunidad y un reto a los narradores históricos”.⁴⁰ Otros historiadores, siguiendo el modelo de los novelistas que cuentan sus tramas desde distintos puntos de vista, a través de diferentes actores o narradores, nos presentan relatos históricos expresados en varias voces, como el libro de Richard Price sobre los esclavos de Surinam.⁴¹

Podrían citarse muchos otros casos que muestran cómo se han abierto los historiadores a las técnicas narrativas que les proponen las letras y las artes, un testimonio más de la creciente apertura de esta disciplina para aceptar nuevos retos y un ejemplo de la incesante renovación del oficio del historiador. Entre estos historiadores, Carlo Ginzburg es quizá quien más ha insistido en esta apertura a la literatura como texto impregnado de historia y como herramienta asequible al historiador.⁴² **U**

³⁸ Ginzburg, “La áspera verdad”, *El hilo y las huellas...*, pp. 244-245 y 246-247.

³⁹ Véase Ginzburg, “Pruebas y posibilidades”, *El hilo y las huellas...*, pp. 445-447; y los ensayos de Auerbach sobre Stendhal y Virginia Woolf en Auerbach, Erich, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, Doubleday Anchor, Nueva York, 1957 [versión en español: *Mimesis*, FCE, México, 1950].

⁴⁰ Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 293-294. Siegfried Kracauer, *The Last Things before the Last*. Véase también Ginzburg, “Detalles, primeros planos, microanálisis”, *El hilo y las huellas*, pp. 327-349.

⁴¹ Richard Price, *Alabi's World, Historical Understanding*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1990.

⁴² Véase Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Muchnik Editores, Madrid, 1981 [edición italiana, 1976]; “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias”, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1989, pp. 138-175; *Historia nocturna*, Muchnik Editores, Madrid, 1991; *History, Rhetoric and Proof*, University Press of New England, Hanover-Londres, 1999; *Tentativas*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2003; *Los benandanti: brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, y *El hilo y las huellas...*

³⁶ Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, FCE, México, 2010, pp. 14-15. La cita entrecomillada procede de un texto de Jean Chapelain escrito entre 1646-1647 que se refiere al romance medieval de *Lancelot du Lac*, pp. 114-115.

³⁷ *Ibidem*, pp. 115 y 130-131.

Singularidad de una Constitución 200 años de las Cortes de Cádiz

Ignacio Carrillo Prieto

Al repasar conmemorativamente episodios de la historia jurídica política de México y España, la Constitución de la Monarquía Española de 1812 refulge en su excéntrica singularidad tanto por lo que estatuye como por lo que deja sin decir, motivo de reflexiones útiles en tiempos críticos, como fueron los del nacimiento, bajo fuego enemigo, de “La Pepa” inmortal, cuyos ingredientes históricos, humanos, jurídicos, literarios y filosóficos no han dejado de ser admirables. Se ofrece aquí al lector un puñado de ellos y una suerte de “corte de caja” después de dos siglos.

A Jorge Carpizo, constitucionalista eminente, in memoriam

I. APROXIMACIÓN AL TIEMPO HISTÓRICO

Elorza sostiene que “la demografía determinó la forma del proceso constituyente”. En Francia —dice— París fue el espacio revolucionario *par excellence*, hasta la revuelta primaveral de 68. En España prevaleció, en cambio, un policentrismo con las juntas como su núcleo jurídico-político multiplicado a todo lo largo y lo ancho del reino. Las juntas, autoridad suprema en el territorio correspondiente, acusaron una vocación universal y propusieron una Junta Central Constituyente, con un programa genuinamente ilustrado: soberanía nacional, monarquía limitada y legislación liberal.

Dos obras de Francisco de Goya, con la Constitución como protagonista, informan acerca de la coyuntura po-

lítica que sigue a 1812. Una es el último aguafuerte de “Los desastres de la guerra”, titulada *Esto es lo verdadero*. Una generosa figura femenina, sobre el fondo de un resplandor que, como siempre, indica la luz de la razón, acoge a un personaje masculino, sin duda trabajador del campo. No hay idealización alguna en la representación de éste y sí, en cambio, en el de la mujer que alza el *brazo izquierdo*, con el índice hacia el cielo, símbolo de la Constitución de Cádiz. De ese encuentro del Trabajo con el Orden Constitucional surgirá la Abundancia. Sólo que la Constitución llega en año de miseria, con la hambruna del siglo, anuncio de décadas en que ni absolutistas ni liberales tendrán recursos para consolidarse. Los “desastres de la guerra” y la pérdida del Imperio continental en América —fin del sueño de la Nación española de ambos hemisferios— hicieron inviable la utopía constitucional.



Constitución de 1812

Lo explicó Pierre Vilar: la modernización política llega al mismo tiempo que la destrucción de las precondiciones que la hicieron posible. En España y en México.¹

Por otra parte, en el retrato de Fernando VII al que se obligó a Goya, por encargo del ayuntamiento de Santander, restaurado ya el absolutismo nefando, la simbología juega ocultos y distintos desciframientos: el potente león emblemático-heráldico es una musaraña; lo más inquietante de todo empero es la alegoría femenina. No es España, bella e inmarcesible, la joven agraciada que ahí aparece: ella es la Constitución quien, con el índice, apuntando al cielo desde su brazo izquierdo, advierte con ello al espectador que nada ha concluido definitivamente como ocurre siempre con los fenómenos colectivos que conocen flujos y reflujos, adversidades y fortuna, inconvenientes y consagraciones históricas. Cádiz demuestra todo esto, sin lugar a dudas.

La copiosa bibliografía sobre la Constitución del Doce y la ciudad que la vio nacer (y que la hizo posible) recobra, en el bicentenario de su promulgación, grande actualidad. De ella el estudio ya clásico de Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*² será siempre una referencia obligada, además de una lectura muy sabrosa, pues la monografía en cuestión es un dechado de buena escritura histórica. Espigar entre sus páginas permite tanto una panorámica como unas miniaturas muy precisas de la hazaña constituyente. El prólogo de la edición

¹ Antonio Elorza, “La revolución española” en *El País*, 24 de febrero de 2012, p. 27.

² Madrid, 1969, segunda edición. La primera es la del Instituto de Estudios Políticos de Madrid que recibió el Premio Fastenrath de la Real Academia Española en 1960.

de 1969, debido a Gregorio Marañón, tampoco tiene desperdicio:

Cádiz es una de las cuatro ciudades creadoras de España —dice el prologuista ilustre—: Madrid, donde se forjó en el XIX el gran momento del espíritu nacional —literatura, música, pedagogía, historia, filosofía, ciencias naturales— que sobrevivirá para siempre a las pasiones políticas. Barcelona en la que cristalizó el impulso industrial, a la vez que una grande y necesaria cultura regional. Bilbao, como representación del vitalismo vasco... Y, a su lado, Cádiz, en cuyo hervor del principio de siglo germinó la nacionalidad española moderna y la vida política y social, llena de un universal afán, con su prensa, su sagrado derecho a opinar, a criticar y a discutir y a aspirar al reparto menos injusto de las alegrías de la vida terrenal y entre ellas, la mayor, el posible acceso de todos los hombres al saber.³

Marañón ha sabido salirle al paso a la rutina, prejuiciosa y simplificadora, que pretendía la repartición maniquea de virtudes y vicios:

Y de persona a persona, era inmensa la superioridad, en todos los sentidos, pero sobre todo en el moral, que ofrecía José Bonaparte, el Intruso, sobre Fernando VII, el Deseado... porque el nivel moral de Fernando VII pocas veces podrá reproducirse en la estirpe de los Jefes de Estado, con tal suma de felonía y maldad.

Añade, con cólera justa e inocultable:

El error de dar la vida por este hombre y, más aún, considerarle como un rey (¿caudillo?) “por la gracia de Dios”, y representante supremo de la Patria, es lo más grave y más trágico que todo lo que ocurrió en España. Entre los afrancesados, fuera de algunos movidos innoblemente a ello, “estaban muchas de las cabezas más ilustres de España” y de las conductas más honradas... Los afrancesados fueron lo que fueron por consciente y meditada opinión de que lo peor que le podía pasar a España era verse regida por Fernando VII y, en verdad, no se equivocaron.⁴

Años después, la generación aquella que defendiera a España contra el corso se postró ante el ejército galo, comandado por el duque de Angulema (pero telecomandado ¡ay! por Chateaubriand) y quien hizo de su campaña un paseo triunfal a lo largo de la península. Los únicos que resistieron el hechizo fueron precisamente los liberales que habían sido representantes populares en las Cortes de Cádiz, antaño acusados de confa-

³ Gregorio Marañón, *op. cit.*, pp. 10-11.

⁴ *Ibidem*, p. 19.

bulación con el francés: el de ahora era revolucionario y progresista, mientras que el de la segunda invasión era un exudado de la reacción francesa, restauradora de tronos anacrónicos cuando no francamente ridículos.

Al situar geográficamente a Cádiz, Solís consigue un primer acierto sintético: una ciudad-puerto en el estrecho de Gibraltar, cruce de dos grandes líneas: la mediterráneo-atlántica y la africana-europea. Es, en consecuencia, el sitio en el que se encuentran las comunicaciones mundiales y es América quien consagra la hegemonía gaditana (lo que es de subrayarse desde este lado del Atlántico con indisimulado orgullo bicentenario), pues gracias a este influjo se convirtió en “Emporio del Orbe”, al decir de Gerónimo de la Concepción, quien así calificaba a aquella desde otro, no menos influyente: Amsterdam. Tendría que advenir el desastre español del 98 para que Cádiz entrara en una larga hibernación. Pero la ciudad, cercada por los franceses, cerrada por sus murallas y animada por el orgullo nacional y constituyente, será siempre, por las Cortes ahí reunidas, el símbolo y la expresión de la vitalidad española a la que los americanos debemos tanto. Sus verdes rejas, los miradores de cristal de sus mansiones, la caoba americana y los mármoles de Italia la convierten, además, en una estética y en una arquitectura que conmovieron en su día entre otros a Byron, Gautier y Amicis.

Nada de tejados en las casas gaditanas, sino azoteas sevillanas, que recogían el agua de lluvia; ninguna estorbosa fábrica, ostentación de ricos indianos, que tapase el sol sobre las calles salubres, con el arroyo adoquinado mientras que losas grandes de Tarifa trazarían sus anchas y sólidas aceras. El pestilente hilo de agua sucia de los desagües corría subterráneo y un sistema regular de recolecta de basuras hicieron proverbial a Cádiz, resplandeciente de limpieza, una “tacita de plata”. La Calle Ancha fue el punto de reunión de los diputados venidos de todos los rincones del reino y de sus posesiones de ultramar: ahí se entabló por primera vez en España (al decir de Solís) el diálogo político venido del fondo de los siglos y de otra urbe blanca y su acrocívica colina, de las eternidades de Minerva.

También ahí se estrenó la moderna “opinión pública”. La Calle Nueva, labrada casi toda a fines del siglo XVI,

era reconocida en el mundo entero —dice Picard— con la misma categoría comercial que hoy tiene la de Wall Street... Durante más de doscientos años fue una bolsa de contratación al aire libre. Allí se reunían los jefes de las grandes casas comerciales, nacionales y extranjeras, que tenían negocios en Indias, allí se fletaban barcos, se aseguraban cargamentos, se liquidaban averías...; allí se sabía antes que en ninguna otra parte cuándo se iba a declarar la guerra y cuándo estallaría la paz... La calle del Veedor se hizo popular fuera de Cádiz por ser ella donde fue apa-

leado Lorenzo Calvo de Rozas por el teniente coronel Osmá, tras una discusión política sobre la libertad de imprenta (episodio inconcebible hoy, cuando derechos y libertades son defendidos sin la vehemencia y el vigor que merecen, con harto cómoda actitud *light*, “políticamente correcta” dentro del decálogo integral del adocenamiento de la mendaz clase política contemporánea, universalmente considerada estéril y parasitaria, con razón más que sobrada incapaz de irradiar ni siquiera la sombra de aquellas luces). Pero también Cádiz conoció de un sitio innoble: el callejón de los Negros y sus tabernarios comensales, adictos al nefando tráfico, con Pedro Blanco a la cabeza. Resalta, por el contrario la Plaza del Pozo de las Nieves, pues en la casa número 9 vivieron los brillantes diputados Argüelles y Toreno (quien, además, ¡también era conde!) joyas del parlamentarismo gaditano. Allí mismo —dice Solís—, se redactó el preámbulo de la Constitución.⁵

Cádiz fue de fenicios, cartagineses y romanos; fue cuna de Balbo, el primer gaditano elevado a la dignidad consular en Roma; Carlos V y su *entourage* causaron la presencia en ella de los flamencos mercantiles. Más influyente, desde luego, fue la población de origen francés, portadora del mundo ideológico de la Ilustración. La ciudad no estuvo, por tanto, al margen de los sucesos en Francia... los libros galos entraban clandestinamente y un teatro francés funcionaba diariamente y las representaciones se daban en la lengua original, caso rarísimo en la historia de la cultura española.

Los ingleses, en cambio, eran mirados como los óptimos pedagogos, pero también Cádiz recibe la influencia de la *paideia* del suizo Pestalozzi.

Solís afirma que “en la formación de un sentir liberal que empieza a ocurrir a fines del siglo XVIII, es más importante el influjo inglés que el francés... es en Inglaterra donde se centra toda la admiración de los liberales gaditanos. La influencia liberal francesa no se da en Cádiz hasta la llegada de los diputados de otras regiones”.⁶ (¿Serían nuestros americanos que ya leían a Rousseau, cultivaban moreras y hacían caso omiso de las taxativas metropolitanas?).

Cádiz ha sido y es una generosa ciudad, abierta a todos los vientos, hospitalaria y cosmopolita, abierta sí, aunque amurallada, pero el muro sólo es útil ante el enemigo y el peor de ellos no es otro que el aldeanismo prejuicioso y rutinario, que Cádiz para su fortuna no conoció nunca: alemanes y musulmanes, mexicanos y peruanos, todos viviendo como en su casa, muy lejos de las ínfulas de una “nobleza de sangre”, ociosa y decadente que en Cádiz no tuvo sitio preminente: no hubo ahí esa nobleza terrateniente insolidaria y la que hubo

⁵ Solís, *op. cit.*, pp. 57-59.

⁶ *Ibidem*, pp. 66-67.

fue mercantil, marítima y militar, austera y refractaria a las vanidades espectaculares y dispendiosas de aquella otra: su sello de distinción es de una elegancia sólidamente discreta y su opulencia no fue la de vanidades díscolas y excluyentes, como ocurría en casi todas partes, allende y aquende el mar Océano. “Señora mía —decía González del Castillo—, usted sepa que nadie es mejor que nadie”. Y con eso, todo estaba dicho en el Cádiz de las Cortes.

Al comenzar el siglo, había en la ciudad una burguesía definida que desbancó a la nobleza, aunque ésta ocupase los puestos de designación real. Esta burguesía difícilmente soportó el régimen de privilegios y de favores de la corte de Carlos IV; no fue extraño que reaccionara frente a ellos en la primera oportunidad. Por eso Cádiz no acogió bien a esa nobleza de altos vuelos, copiosa servidumbre, vanidad exagerada y ociosidad sin límites, que se refugia tras los muros gaditanos por los avatares de la guerra. La fiesta que “los Grandes de España” dan a Wellington en los salones del Hospicio es una prueba mayor de la baja a que había llegado un amplio sector de la “nobleza de sangre” española. La gaditana camina por otros derroteros; tiene otro sentido de la dignidad y el honor.⁷

Por otro lado, también la presencia y la influencia de las grandes órdenes religiosas, dominicos, franciscanos, carmelitas, mercedarios, agustinos, capuchinos y filipenses. A la fecha de las Cortes, cuatrocientos treinta y siete frailes y novecientas cuarenta y siete monjas. Entre todos ellos, los más cercanos al corazón de los gaditanos fueron, sin duda, los capuchinos y Diego de Cádiz, elevado a los altares, es prueba de ello, como también lo fue la popularidad de fray Mariano de Sevilla, superior de la orden monástica entre 1807 y 1814, años cruciales de la aventura constituyente. Capítulo aparte merecen el Cura de Algeciras y el Magistral Cabrera, líderes y portadores de la voz de los pobres y desheredados, compasivos, lúcidos y elocuentes varones, ya inolvidables.

En el debate del artículo 22 de la Carta, el 5 de septiembre de 1811, el Cura de Algeciras dijo no tener otra política que la justicia ni poseer otros conocimientos de alto gobierno que la justicia.

No obstante —previno— en fuerza de ella significaré sinceramente lo que mi alma abriga con respeto y a favor de toda la humanidad... ¿Cuándo acabaremos de entender y penetrar que la política de los Estados debe ser la justicia y la igualdad en acciones en pesos y medidas y en nivelar a los hombres por sus méritos y no por eso que titulan cuna?...

⁷ *Ibidem*, p. 70.

Para los serviles de las Cortes esas palabras eran rousseaunianas⁸ y, por ende, peligrosas y disolventes hasta rayar en lo sacrílego. El de Algeciras volvió a la carga:

Examinemos la justicia: que por dinero se exima el hijo del poderoso, y el hijo del pobre labrador camine a la guerra a exponer su sangre o a perder su vida, porque le faltaron aquellos intereses para libertarse, ¿cabe esto en el juicio humano?... Aquí se consideran dos bienes: el incomparable de la vida y el mezquino de los maravedises.⁹

Cabría traer el argumento a la “guerra mexicana” de hoy, entre pobres con uniformes verde olivo y pobres de botas tejanas, pues sólo ellos pierden en la desastrosa e inútil empresa, dirigida por “civilones”, valientes y desafiantes sólo cuando están —como lo están siempre— blindados y más que resguardados en medio de sus sexenales bosques de coníferas.

El papel decisivo que, en la adopción del proyecto constitucional, jugó el clero secular de toda España es incontestable, como lo es la reticencia que el clero regular, las órdenes monásticas y las congregaciones religiosas mostraron desde el principio, y mayoritariamente, emparejando así su postura con la del alto clero de obispos y otras dignidades, no obstante las diferencias, que no deben obviarse: “el clero gaditano, como un todo, juró la Constitución sin la más leve protesta, el 12 de junio de 1812”;¹⁰ dominicos, capuchinos, carmelitas, juaninos, mercedarios, hermanados con el clero secular, dieron un paso adelante en las aras de la independencia y de la concordia. Sólo el obispo de Cuenca calificará de “prosélitos del demonio” a los partidarios de la soberanía nacional, quienes no hicieron el menor gesto ante ese nuevo apodo, excepción hecha del cura de San Antonio, subido al púlpito para fulminar anatemas en vista de los acontecimientos políticos.

Cádiz, “isla encantadora”, es un conjunto armónico de tolerancia y comprensión, que se explica, en parte, por la “escasa limitación de las clases sociales”... La nobleza comercial, marítima y militar, también sabía, como lo sabían los demás, que el estudio y el acervo personal de conocimientos y destrezas intelectuales eran decisivos y, al fin y al cabo, “el único blasón del que se podía hacer gala”. El nacimiento de la burguesía en Cádiz —hay que señalarlo— coincide con una excepcional ausencia de miseria. No faltaba trabajo, éste era bien retribuido y, para demostrarlo, santanderinos y gallegos, vecinados en la ciudad, regresaban a sus hogares con los bolsillos llenos. Alcalá Galiano¹¹ opina que

⁸ *Op. cit.*, p. 72.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Solís, *op. cit.*, p. 74.

¹¹ Citado por Solís, *op. cit.*, p. 76.



Salvador Viniegra, *Promulgación de la Constitución de 1812*

lo notable en Cádiz es que las clases bajas, en su tono y modos, apenas se diferenciaban de las altas, siendo cortesés y, sobre todo, cariñosos, y no manifestando en el trato con sus “superiores” ni humildad ni soberbia, como si un espíritu de igualdad social no dejase lugar ni a la sumisión ni a la envidia o al odio por ella engendrado contra los favorecidos por la fortuna, a quienes tampoco se consentía el uso que fuesen desdeñosos.

En resumen: “no hay más clase que una sola, dividida por la educación: cultos y menos cultos” (Rubio). Este liberalismo gaditano, nutrido por sus contactos franceses e ingleses, ha de permanecer —dice Solís— durante todo el siglo XIX. Son los descendientes de aquellos comerciantes del Cádiz del XVIII los que han de adoptar una posición más activa en las luchas políticas; y en ellos será obsesivo el ideal de transformar a la sociedad, haciéndola más igualada...

Difamados por las dos clases, nobleza y clero, donde era más necesaria la reforma, como revolucionarios por los primeros, como herejes por los segundos, justo es reconocer a este grupo de liberales gaditanos que sabían lo que querían y que luchaban por un ideal palpable y existente.¹²

De ahí a suponer que las ideas de Voltaire y Rousseau, no sólo tan distintas sino contrapuestas entre sí, gozaran de influencia en el grupo liberal, hay un largo trecho. Aun cuando Voltaire mismo haya fincado intereses eco-

nómicos personales en Cádiz, la conmoción revolucionaria francesa estuvo muy lejos de ser simpática a la sociedad gaditana, pacífica, alegre y más niveladora.

Cádiz es muchas cosas a la vez, pero ante todo, es poderoso manantial del sentimiento de la nacionalidad, una relampagueante sensación compartida por el destino de la Patria y de sus libertades. Hasta entonces, el símbolo catalizador de análogos sentimientos había sido la monarquía; a partir de Cádiz se comienza a oír otra expresión, la de otra idea, la de España como realidad colectiva unificante, tanto que los mexicanos, entre otros americanos, fuimos considerados “españoles de ultramar” mientras forjábamos nuestra propia y distinta independencia. Es erróneo, injusto por ende,

que se culpe a Cádiz y a sus Cortes de las independencias de América y de todos los males del siglo XIX español. Con absoluta imparcialidad es preciso reconocer que el fracaso surgió en el momento en que la reacción absolutista suprimió la Constitución, ya la única posibilidad de vínculo que quedaba.¹³

La pérdida de las colonias americanas tuvo que ser muy sentida y fue gravísima. Baste con señalar que, para 1811, se recibieron en Cádiz, provenientes de Veracruz, el mayor puerto mexicano, 6'914,432 pesos fuertes de plata, de un total de 9'165,151 llegados del conjunto de Hispanoamérica.¹⁴ Cuando el grifo se cerró, el quebranto económico fue indecible, aunado a los restantes

¹² Solís, *op. cit.*, p. 78.

¹³ Solís, *ibidem*, p. 83.

¹⁴ Solís, *ibidem*, p. 142.

ingredientes de la crisis. Cádiz fue un vehículo mayor del liberalismo en tierras americanas y Sanguinetti¹⁵ ha recordado recientemente que José Artigas, el caudillo fundacional del Uruguay, “recibió las ideas liberales de un gran sabio español, don Félix de Azara, que había llegado al Río de la Plata en la comisión demarcatoria de límites resultante del Tratado de San Ildefonso” (que fue sin duda protoproducto del Congreso de Viena, donde el embajador español, Labrador, no hizo, por cierto, el mejor de los papeles). Sanguinetti concluye que las Cortes como ejercicio de autogobierno quebró para siempre la condición de “súbditos del rey” para dar nacimiento a la condición de ciudadanos, que es consustancial al liberalismo original.

Una última palabra sobre los diputados llegados a la isla de León, en cuya iglesia mayor rindieron su juramento el 24 de septiembre de 1810: Entre ellos eran mayoría los eclesiásticos, en número de noventa, es decir, el 30 por ciento del total.

Son párrocos pueblerinos —como el cura de Algeciras— los que más preocupación sienten por las clases humildes... (y) un sector de la Iglesia española, el que precisamente tenía un mayor contacto con el pueblo, estaba decidido a las reformas.¹⁶

Pero el número y la calidad de los abogados (18 por ciento del total, es decir, cincuenta y seis juristas) no deben obviarse, pues son ellos los capacitados profesionalmente para traducir al lenguaje legal ortodoxo las propuestas y conclusiones parlamentarias: se vota, se decide, invariablemente (en Cádiz y en todas partes), sobre la base de un texto legal. Es el lenguaje del derecho la expresión única a ser sopesada en las discusiones parlamentarias, pues no podría ser de otro modo, esencialmente.

La edad impone sus realidades y reglas: los jóvenes abundan en el bando liberal; en el servil, los viejos. Argüelles, en 1813, tiene treinta y seis; el Conde de Toreno, veintiséis; Mejía Lecquerica, veintisiete y Muñoz Torrero, el veterano, cincuenta y cuatro. La media de la asamblea era de cuarenta y cinco años.

Aun con esos bríos y arrestos el asedio francés se tornó peligroso y la estancia en la isla de León, insostenible: era preciso trasladar las Cortes a Cádiz, erradicada ya la epidemia de malaria. Ahí, el templo de San Felipe Neri fue acondicionado, sin dificultad, como Salón Congresional, pues su forma ovalada, sin columnas intermedias, la singularizaba como muy a propósito para las sesiones legislativas.

¹⁵ J. M. Sanguinetti, “Viva la Pepa, todavía” en *El País*, 6 de marzo de 2012, p. 21.

¹⁶ Solís, *op. cit.*, p. 221.

II. CÁDIZ, EL CONSTITUCIONALISMO DIFERENTE

La inicial esperanza de los ilustrados europeos en las virtualidades de colectivo beneficio que la Revolución francesa despertó pronto se vio contradicha por las violencias que le acompañaban inseparablemente. A partir del terror, la repulsión de muchos de aquellos optimistas esclarecidos se trocó en una aversión, total y decidida, a las nuevas fuerzas sociales que denunciaban como erróneas las ambiciosas aspiraciones a libertades universales y como disolventes y peligrosas, cuando no absurdas y tramposas, las medidas jurídicas y políticas en pos de la igualdad, no sólo legal, social también, de la universalidad de los seres humanos sin ningún distingo. De tal modo los reunidos en Cádiz, al evocar las cogitaciones de la revolucionaria Asamblea Nacional francesa, en la cuestión de la soberanía, de la libertad de imprenta y de la igualdad ante la ley, sobre todo, pisaban así un terreno de arenas movedizas y se adentraban riesgosamente en un territorio plagado de incertidumbres y peligros. Es por ello que los diputados gaditanos, asumiendo riesgos contra viento y marea, fueron los protagonistas de un momento constitucional “excéntrico” en el preciso sentido etimológico del vocablo y del que emerge, esplendente, la Carta española, pues entre 1810 y 1812 un reflujo de la marea francesa y de las conquistas napoleónicas ya se había iniciado y las ideas e instituciones revolucionarias no gozaban más de la lozanía y el vigor que acompañaron a su alumbramiento: la hirviente ola negra del conservadurismo encabezado por Metternich y su diabólico “triple juego”; por Castelaengh y su impávida ideología reaccionaria, y por la pintoresca, aunque peligrosamente represiva, Santa Alianza del Zar Místico, aparece, ominosa en el horizonte. El más alto testimonio de este “desencanto de las revoluciones” es el de Goethe, avicinado entre Weimar y Jena. Testigo, siempre lejano del fragor de la guerra y sus horrores, dijo en sus *Anales* de su honda decepción y sus dudas sobre la índole de la naturaleza del hombre, incapaz de concordia; la fraternidad universal postulada por la revolución se había trasmutado en cadalsos, destierros y expoliaciones sin cuento, a la faz de una Europa tan convulsionada como enmudecida a causa del Gran Miedo, nacido entre las ruinas de aquel mundo, agónico pero capaz aun de amedrentar entre estertores. Es el mundo de Goethe y de su decisión vital al recluirse en una corte de miniatura como una suerte de Gulliver que engendraría al titán literario y científico del orbe europeo. Perrechado tras su augusto señor, Goethe clama contra la revolución. En 1794 deja constancia de su descontento:

Pues eso de haber sido testigo de revoluciones sumamente principales y que a todo el mundo amenazaban, haber visto por los propios ojos la mayor desdicha que puede

acaecerles a burgueses, campesinos y soldados y hasta haber participado de ella, es como para ponerle a uno en la más triste disposición de ánimo.

Constata este estado de su espíritu con el que lo movía en 1789.

Ya en 1785 hiciera en mí indecible impresión la historia del collar (el de Marie Antoinette). En los bajos inmorales de la ciudad, la corte y el Estado que allí se pusieron de realce, aparecieron, en forma espectral, las más terribles consecuencias, siendo aquéllas como una pesadilla de la que en mucho tiempo no pude verme libre, conduciéndome en tal estado de ánimo, de un modo tan raro, que los amigos con los cuales vivía entonces en el campo, al recibir las primeras noticias de aquellos sucesos, mucho después, cuando ya hacía tiempo estallara la revolución, hubieron de confesarme que, por aquella época, llegaron a tenerme por loco.

Añade en la entrada del *Diario*, en 1794:

Pero ¿cómo hallar alivio cuando las enormes conmociones que en el interior de Francia producíanse diariamente nos angustiaban y amargaban! El año anterior habíamos tenido que lamentar la muerte de los reyes, éste tocónos llorar análoga suerte sufrida por la princesa Isabel (hermana de Luis XVI). Las crueldades de Robespierre habían llenado de espanto al mundo, y el sentido de la alegría perdiérase, de suerte que nadie osó alegrarse luego de su caída; tanto menos cuanto que las acciones de guerra en el interior de la revuelta nación, iban en incesante progreso, sacudían el mundo entero y a todo lo existente amenazan, si no con la total ruina por lo menos con la revolución. En el entre tanto —añade— vivíase en una tímida soñolienta seguridad en el Norte y tratábase de combatir el miedo con una esperanza sólo a medias, fundada en las buenas relaciones de Prusia con los franceses. Para 1795 las cosas no habían mejorado de ninguna manera.

Habíanse ya los franceses entregado a toda clase de fechorías en la superficie de su patria entera... de todo esto se hablaba con toda suerte de detalles y con grandes demostraciones de pesar... [y se temía] que estallase todavía la guerra civil y resultase inevitable la quiebra del Estado.

Ya no duda Goethe en su decisión al tomar partido:

yo, que veía con mis propios ojos las terribles, inevitables consecuencias de tales situaciones de relajamiento y violencia y, al mismo tiempo, advertía en mi patria cómo, poco a poco, iba cuajando en ella un secreto impulso análogo, aferréme una vez para siempre a lo existente, en pos de cuya mejora, animación y encauzamiento hacia lo juicioso y razonable he trabajado, a sabiendas o sin saberlo,

toda mi vida, no pudiendo ni queriendo disimular tal disposición de espíritu.¹⁷

Equivale esto último a sostener que ningún adelanto se consigue con el trastocamiento del orden “existente”: lo único que resulta eficaz, a la postre, es la fuerza transformadora, irreversible, del conocimiento, de la ciencia y del arte. No hay lugar para reprocharle a Goethe de indiferentismo: toda su vida quiere mirarla como un *continuum* de sapiencia, salutífera socialmente. Así, renuncia solemne y definitivamente a toda “simpatía por el diablo de las revoluciones”, de ayer y de mañana. A cambio, hizo surgir el *Fausto*, una revolución profunda de las letras universales y, sin duda, tan duradera como la de 1789. Mientras en Weimar la revolución era revestida con ropaje literario, en España había llegado con la Grand Armée de Napoléon y los españoles decidieron enfrentarla con las armas de fuego y una Constitución.

No será nunca superfluo subrayar la inusitada presencia de la neoescolástica suareciana en el pensamiento político español del XVIII y del XIX y el impacto perdu-

¹⁷ Johann W. Goethe, *Diarios y Anales*, tomo I, traducción de Rafael Cansinos Asséns, Barcelona, 1986.



Gaspar Melchor de Jovellanos pintado por Francisco de Goya, ca. 1780

table del monumento teológico jurídico que construyó el “De Legisbus ac Deo Legislatore” (1613), que emerge ya en primer plano, ya en el trasfondo del escenario gaditano, engarzando un diálogo transecular entre aquella y los debates de las constituyentes. Primero y antes que nada un desiderátum explosivo: Suárez, frente a Tomás de Aquino, sostendría que la forma natural del Estado es la democracia y que sólo son formas derivadas la monarquía y la aristocracia,¹⁸ aun cuando la totalidad del pueblo, no pudiendo ejercer por sí misma la función de mando, la transfiere mediante la operación *traditio imperii*, lo que para Gierke hace a Suárez precursor de Rousseau, aunque queden muchas dudas al respecto. Lo que, en cambio, ya es indudable es que la resurrección de la gran síntesis teológico-jurídica del XVI y el XVII españoles ocurrió como consecuencia de la invasión francesa, como si los liberales del XIX hubieran encontrado, en su propia atmósfera tradicional, el aliento doctrinal imprescindible para dotar a España de una constitución moderna, fenómeno de “reciclamiento ideológico” sin parangón entre los movimientos nacionales constituyentes de aquella centuria decimonónica. Francisco Martínez Marina, autor de la *Teoría de las Cortes o Grandes Juntas Nacionales de los Reinos de León y Castilla*, lo dejó establecido: “la reforma constitucional, inspirada más bien en los ejemplos de la Constituyente francesa que en tradiciones españolas, alarmaba y es-

candalizaba a muchos espíritus”. Martínez Marina se empeñaría en consecuencia en conectar las nuevas doctrinas con la tradición jurídica de las libertades castellanas y con una suerte de depósito profundo de democracia instintiva que según él enraizaba al nuevo reclamo constitucional.

La propia comisión redactora del proyecto constitucional afirmará, con el peso de su laboriosa autoridad, que:

nada ofrece (la comisión en su proyecto) que no se halle consignado del modo más autentico y solemne en los diferentes cuerpos de la legislación española; que se mire como nuevo únicamente el método con que se han distribuido las materias, ordenándolas y clasificándolas para que formasen un sistema de ley fundamental y constitutiva.

La conclusión de Díez del Corral es sintética: “el pensamiento político de los teólogos españoles será objeto de una rápida y terminante secularización”. Ello ocurrió primeramente en Cádiz. De ahí que, sumado a los otros diversos factores aludidos, esto contribuya a hacer de Cádiz un gran momento constitucional diferente, sobre todo por sus originales disimilitudes respecto de otros liberalismos coetáneos.

III. UNA POLÉMICA DE FONDO

La polémica “liberal-servil”, al decir de Solís, fue la madre de las restantes discusiones: pareciera que esa lucha, en sus diversas batallas por el asunto de la formación de

¹⁸ Ignacio Carrillo Prieto, *Cuestiones jurídico-políticas en Francisco Suárez*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.



Francisco de Goya, *Esto es lo verdadero* de la serie *Los desastres de la guerra*, 1810-1815. La mujer, con el brazo alzado, simboliza la Constitución de Cádiz

las Cortes, de la soberanía nacional, de los estamentos, de la libertad de imprenta, de la Inquisición, etcétera, hubiera generádose en una total incomprensión entre los dos partidos. No fue así en los primeros momentos. Para comprenderla hay que partir de una premisa muy clara: una minoría intelectual española, la liberal y la reaccionaria, la tradicional y la progresista, la conservadora y la ilustrada estaban de acuerdo en la necesidad de cambiar un sistema político que había llevado a los denigrantes años de Carlos IV... Afrancesados y doceañistas llegaron, a pesar de todo, a las mismas conclusiones, sin importar que militaran en campos antagónicos, porque todos partían de una misma necesidad política: liberar las nuevas fuerzas sociales. La Inquisición, el Congreso de Castilla, las aduanas interiores, el Voto de Santiago, el Honrado Consejo de la Mesta, etcétera, esas rémoras que dificultaban el “progreso” ideal al que los hombres aspiraban...

Todas las ansias de los hombres cultos de aquellos días se centran en la reforma: unos quieren que sea radical; otros, lenta y suave; unos pocos ven la solución en la república; los más, en una limitación del poder real. Hasta una parte de los serviles ven esta necesidad de reforma, que para ellos ha de ser moderadísima.¹⁹

No literal ni jurídicamente, sino de un modo más profundo, más radical y trascendente, la Constitución Política de la Monarquía Española del 19 de marzo de 1812 procede, en línea directa, de las mentalidades ilustradas de España, las de Feijoo y Jovellanos en lugar principalísimo y de las condiciones que impuso a Europa la Revolución francesa y la guerra imperialista de Bonaparte. Los ilustrados, los “afrancesados”, no podían sino mirar que la ocasión de avanzar en el acotamiento y en la contención del absolutismo secular y del oscurantismo clerical era llegado, pues una gran crisis, la ocupación militar extranjera, lo había desencadenado. Crisis imparable y de consecuencias imprevisibles. No era cosa de ir a la zaga de los acontecimientos sino de encabezarlos y enfilas las oportunidades de renovación que la última y lamentable comedia borbónica de corruptelas, escándalos y cobardías (encarnadas en la persona execrable de Manuel Godoy) había provocado aunada al anuncio de las insurrecciones americanas que, aunque débilmente todavía, amenazaban la integridad colonial, el velo inconsútil de la monarquía española.

Cádiz, por otra parte, expresa, entre las grandes líneas de fuerza, una superior, la fe ilustrada en la educación. “Con la instrucción —decía Jovellanos— todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina en un Estado”. Es más: la Ilustración trae consigo la paz y es-

to quedaría demostrado mediante una suerte de cadena de silogística, que hizo fortuna:

Una nación bien armada está a salvo de los ataques enemigos; es así que las armas son muy caras; luego entonces, sólo una nación rica podrá estar a salvo de la guerra. Sabemos, por otra parte, que la riqueza nace de la cultura; en consecuencia, sólo las naciones instruidas y, por consiguiente ricas, gozarán de los beneficios de la paz.²⁰

Se trata, en la concepción de Feijoo, de una cultura, “en primerísimo lugar, *utilitaria*”, animada por el poder central, que ha de irradiarla hasta el último rincón de España y que exige una dirección firme y única, una exacta información de las necesidades del reino y de los medios de los que se puede echar mano y de un sentido preciso de las cosas provenientes del extranjero que puedan ser adaptables por España.

Además, el Título IX de la Gaceta, compendia aquel credo de la inteligencia. Primeramente es convertido en un deber eminente a cargo de las Cortes, pues el artículo 370 establecía que éstas, por medio de planes y estatutos especiales, arreglarán cuanto pertenezca al importante objeto de la instrucción pública y el 369 obligaba al gobierno a instaurar la Dirección General de Estudios, compuesta de personas de conocida instrucción, a cuyo cargo estará la inspección de la enseñanza pública. Pero esto, que no deja de ser revelador de la estirpe esclarecedora que confeccionó la Carta, tampoco deja de ser un propósito reiterado y común a lo largo de la historia, no sólo de la española. Lo que Cádiz resalta es, en cambio, innovador, pues los constituyentes preceptúan que los niños, además del catecismo católico deberán ser provistos de otro, el laico, en una “breve exposición de las obligaciones civiles”, aunque el laudable propósito, lamentablemente, no insistiera en el otro término, complementario de aquél: la enseñanza de los derechos del hombre, que la propia Constitución había consagrado. Emerge del texto, asimismo, la necesidad de emparejarse con otro análogo propósito de los ilustrados europeos, que ya habían denunciado y desechado la universidad medieval, escolástica e infructuosa.

Asimismo —ordena el artículo 367— se arreglará y creará el número competente de universidades y de otros establecimientos de instrucción que se juzguen convenientes para la enseñanza de todas las ciencias, literatura y bellas artes.

La “ciencia sagrada”, la teología, no desaparecería del todo, pero los asuntos científicos y artísticos ya al-

¹⁹ Solís, *ibidem*, pp. 245-246.

²⁰ En Arturo Ardao, *La filosofía polémica de Feijoo*, Buenos Aires, 1962, p. 171.

canzaban rangos superiores, constitucionales, en suma, y eso establece profundamente una cesura, histórica e ideológica, que Cádiz planteó de ahí en adelante. No es sino consecuente en plenitud, el que el Título IX “De la Instrucción Pública” se cierre con la declaratoria de la libertad de escribir, imprimir y publicar ideas políticas, “sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anterior a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidad que establezcan las leyes”. Muerte súbita a los *nihil obstat* y a los *imprimatur* de la censura eclesiástica y un revés mortal a la Inquisición. ¿Cómo no enaltecer entonces el arrojo y la convicción de los diputados gaditanos, que encaraban, decidida y firmemente, uno de los mayores obstáculos al progreso colectivo? Escribieron entonces ahí una página memorable e imperecedera de la historia de la lucha por las libertades.

Al momento en que Carlos III fue entronizado, la educación nacional no se consideraba como un servicio público. Reinaba la mayor anarquía en la administración y organización de los estudios. Sólo los establecimientos de los jesuitas parecían estar estructurados con coherencia. En cuanto a las universidades, fueron siempre orgullosamente independientes, pero se aferraban a la tradición escolástica... Hacia finales del siglo, el interés por las cuestiones académicas y educativas va creciendo sin cesar. “Poco a poco se elabora una doctrina educativa nacional, influida sin duda por la obra decisiva de la Convención francesa y las ideas de Condorcet”.²¹ Es por lo anterior que no resulta aventurado sostener que la Constitución doceañista es la de la Ilustración Española preminentemente y que la nefasta abdicación, en el tema de la tolerancia religiosa, no fue sino forzada resultado de un crucial compromiso político, pues ya se sabe que en la composición de las Cortes los eclesiásticos progresistas integraron una mayoría que hoy resultaría inverosímil y que en aquel entonces puso su sello en el texto constitucional entero, pero acusadamente en el célebre y controvertido: “Artículo 12. La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única y verdadera. La nación la protege con leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra”. A cambio de reconocer esa barrera infranqueable, histórica y culturalmente, los constituyentes iluminaron un proyecto político por venir (aun cuando no llegara a tomar cuerpo sino al cabo de muchas décadas conflictivísimas). No fue poca cosa sostener, no la soberanía popular, que los acontecimientos y la correlación de fuerzas no daban para tanto, pero sí la soberanía que “reside esencialmente en la nación”,

y la proclama del artículo 4º: “La nación está obligada a conservar y proteger por las leyes sabias y justas, la libertad civil, la propiedad y los demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen”. Tampoco tiene desperdicio el “precepto-guía” del artículo 13: “El objeto del Gobierno es la felicidad de la nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen”. El texto hace inevitable la equiparación con el credo jeffersoniano de la Declaración de 1776, pues nada se violenta al sostener que el mandato gaditano equipara la felicidad nacional a la suma del bienestar individual de los ciudadanos que son su esencial sustancia. España, incluidos sus territorios de ultramar, se adhirió así, solemnemente, a la nueva edad, la de los derechos del hombre y del ciudadano. Dicho con rigor: un grupo, vanguardista en lo político, aunque heterogéneo ideológicamente, propuso el Nuevo Acuerdo constitucional, económico y social, aprovechando un momento de exaltación patriótica identitaria como respuesta a la invasión francesa y a la obsolescencia, la incapacidad y el desprestigio manifiestos de una élite aristocrática, trasnochada, trastabillante y traidora, encarnada en Godoy y su círculo: el principio político soberanista de la nación se corresponde con el autonomismo jurídico morar del individuo.

Bayona fue el Varennes de Carlos IV y María Luisa que dio paso a un reclamo legitimista, el único posible, en la persona de un desastroso Príncipe de Asturias, “Desseado” por ambos lados del Atlántico. Fernando VII acabaría decapitando el sueño del nuevo ciclo de prosperidad e independencia, tal y como lo proponía el Acta Suprema nacida en Cádiz.

Y entonces la nación “libre e independiente, que no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona” se vio orillada al abismo, empujada por algunas rancias familias encabezadas por la “borbónica napoleónica”.

Una “Monarquía Moderada Hereditaria” el acuerdo mínimo entre los representantes políticos en Cádiz, era la forma de gobierno que contaba con posibilidades reales de imponerse al absolutismo. Pero era, todavía entonces, nada más que un poderoso *desideratum* que requeriría de largo tiempo y difícil cultura para acabar por prevalecer, modificado por las adecuaciones de la dialéctica social y de los “factores reales de poder”, del muy accidentado y complejo siglo XIX español, en el que el imperio tocó atropelladamente a su fin y, con él, todo un mundo axiológico, económico y geopolítico y los principios jurídicos ligados al sistema arruinado. Cádiz, que no podía entrever el desenlace, pudo proclamar, todavía orgullosamente, las dimensiones espaciales del “territorio de las Españas”, que eran abrumadoras. El artículo 10 de la Carta, al enunciarlas, recorre Europa, América, África y Asia y ni entonces ni ahora ha deja-

²¹ Jean Sarrailh, *La España Ilustrada*, México, 1957, p. 309. Cfr. asimismo: Ignacio Carrillo Prieto, *La ideología jurídica en la constitución del estado mexicano*, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 1986, pp. 67-76.

do de ser asombrosa la hazaña y la inextinguible sed de su conquista. En idéntica medida, los problemas y las contradicciones eran desmesurados y muchos de ellos, irresolubles bajo el sistema antiguo y tradicional agotado, todavía entorpecedor aun en sus postrimerías.

Elorza²² ha sostenido que “el principal ideólogo de la renovación política, Manuel José Quintana, editor del Semanario Patriótico, explicó el efecto producido por la invasión francesa al cobrar conciencia los españoles, por encima de sus diferencias regionales, de que formaban parte de un sujeto colectivo con identidad propia: “La nación, de repente, cobró forma de tal”. Su soporte sociológico —añade Elorza— no es otro que el pueblo, mientras que la patria aparece como la identidad que hace posible la religación de las conductas individuales, en tanto que espacio sagrado, dentro del cual se despliega el sentimiento, la entrega de los españoles a la causa común... Por fin, la valoración negativa del absolutismo, tanto por su condición opresora como al haber estado a punto de producir la pérdida de la nación, lleva a reivindicar un régimen asentado sobre la libertad política, siendo “juntar Cortes” la exigencia inmediata, con el fin último de elaborar “una sabia Constitución”. Tal y como expresaba uno de los papeles publicados en los meses centrales de 1808, entre la euforia de Bailén y la ofensiva de Napoleón, se trataba de establecer “un Gobierno firme y liberal”. Quedaban sentados los fundamentos del periodo constitucional que culmina en marzo de 1812... Desde las primeras páginas de *El Español*, el mismo Blanco White puso en tela de juicio que la conmoción política llegase a buen puerto con un pueblo que parece nacido para “obedecer ciegamente”, y que, sin embargo fue capaz de desplegar “el ardor revolucionario” frente a los invasores... El dilema de la Revolución española” se sitúa entre esas dos coordenadas... La lucha contra el invasor y contra el absolutismo fue un consenso destinado a quebrarse cuando en Cádiz cobre forma la incompatibilidad entre el proyecto liberal y la tradicional hegemonía de la Iglesia y los serviles, con el clero regular al frente, emprendían desde 1812 su cruzada contra el nuevo régimen, con el pueblo vuelto a la condición de populacho...

La quiebra de la monarquía absoluta tuvo lugar en 1808. Los ilustrados críticos habían carecido antes de voz política, sometidos a una estricta censura desde fines del reinado de Carlos III y, aún entonces, la censura previa apenas toleró una breve primavera del pensamiento en los años ochenta. Lo suficiente para apreciar que el enorme esfuerzo reformado del despotismo ilustrado servía para identificar los problemas del Antiguo Régimen, de la reforma agraria y de la hacienda, del



Fernando VII por Francisco de Goya

régimen señorial, de la educación, pero que en la práctica resultaba inutilizado por el control del “sistema de Consejo” por los privilegiados. Así, el mundo de Jovellanos, Campomanes y Floridablanca preludia la revolución política, con la publicación, en 1787, de un proyecto de Constitución por un militar ilustrado, Manuel Aguirre, amigo de Cadalso²³ y divulgador de Rousseau, o la deslegitimación de la nobleza ociosa y del clero supersticioso desde el papel periódico de *El Censor*. Son ideas que germinan bajo la superficie, acentuándose incluso en tiempo de Godoy”:²⁴

De cualquier modo en el que se mire, los españoles de la modernidad encontraron en las literaturas políticas de Francia e Inglaterra las soluciones a los problemas de la península. Es sabido que Jovellanos repasaba con cuidado los catálogos de los libreros ingleses, y se conocen sus encargos a editores de París, lo que no dejaba de ser, incluso para él, muy riesgoso: la Inquisición recela-

²² Antonio Elorza, “La revolución española” en *El País*, 24 de febrero de 2012, p. 27.

²³ Cuyas *Cartas marruecas* son una de las *Cartas persas* de Montesquieu y del “orientalismo” retórico de Voltaire.

²⁴ Antonio Elorza, *op. cit.*

ba siempre de las nuevas opiniones y de los libros venidos del extranjero. El “Index” registra los edictos contra *L’Esprit des lois* y *L’Encyclopédie*. En 1762 se prohíben en bloque todas las obras de Voltaire. En 1764 es condenado el *Emilio* y en 1793 los *Mélanges de littérature, d’histoire et de philosophie* de D’Alembert. En 1790 fue el turno de Mably a su obra *Des droits et des devoirs du citoyen* y del *Traité de la tolérance à l’occasion de la mort de Jean Calais* de Voltaire. Hay una “aduana de los pensamientos” pero concomitante a ella, un gran contrabando, que es posible gracias a agentes expertos. “En Perpignan, M. Gagnon negocia en 1796 con D’Alembert de Lyon y por cuenta de la Junta de Comercio de Barcelona la compra de *L’Encyclopédie*. Voltaire, entre tanto, mantiene correspondencia con el conde de Aranda y el marqués de Miranda y se sabe que Rousseau mantuvo relaciones de amistad con algunos españoles.”²⁵ Los *Diarios* de Jovellanos confirman la hipótesis de una cauta y privilegiada recepción española de la literatura política del XVIII.

En una entrada de los *Diarios* de Jovellanos puede constatar su interés en los temas del día:

“Miércoles 19... x me habló de unos libros ingleses quien tenía D. José de la Sala; éste me los trajo a la noche. Son tres cuadernos de T. Payne (*sic*) *Rights of man*,

²⁵ Vid: Jean Sarraillh, *La España ilustrada*, México, 1957, pp. 309-315.



Benito Jerónimo Feijoo

primera y segunda parte y cartas...”. En otras entradas también deja constancia de su interés por Rousseau, y de sus pacientes y meditadas lecturas de las obras mayores del ginebrino. Pero, al llegar a las *Confesiones*, predeciblemente habría de escandalizarse: “Hasta aquí no he hallado en esta obra sino impertinencias bien escritas, muchas contradicciones y mucho orgullo”. No está mal el dictamen del ministro (que Goya había inmortalizado en perfecto afrancesamiento indumentario y mobiliario) y bien podría haber aludido cierta soberbia misantrópica y no sólo a los adarnes de “orgullo”, depositados invariablemente en el fondo del alma humana. Pero Jovellanos, inevitablemente se decantó, cuando la invasión francesa y la consecuente preparación de las Cortes que alumbrarían la Carta de 1812, al sostener que “según el derecho público de España, la plenitud de la soberanía reside en el monarca... Y como ésta sea por su naturaleza indivisible no puede despojarse ni puede ser privado de ninguna parte de ella en favor de otro ni de la Nación misma”. En el otro extremo del espectro ideológico, un Floridablanca encumbrado hasta lo más alto, confiesa, frente a los hechos revolucionarios franceses: “a mí me dan miedo estas cosas y compadezco al buen rey, a sus ministros y a ese pueblo tornadizo, inconstante y aventurero...”

“Nosotros no deseamos aquí tantas luces ni lo de que ellas resulta: la insolencia de los actos, de las palabras y de los escritos contra los poderes legítimos...”. El ministro de Carlos III decide inútilmente tender un “cordón sanitario” a fin de impedir que penetren en el reino “las máximas detestables de los filósofos”. El embajador ruso, melancólicamente, atestigua ante el autócrata Alejandro, padre de la Santa Alianza, que “la juventud, siempre apasionada por las nuevas ideas, encontrará la manera de entrar en relaciones con Francia y de discutir su estado de una manera poco favorable para el gobierno, pues la Revolución francesa vio nacer una muchedumbre de obras acerca de los derechos del hombre, del ciudadano, del pueblo y de las naciones”. ¿No se trueca esta diplomática lamentación en el mejor homenaje al espíritu renovador de los ilustrados y en un alto elogio a la trascendencia de sus obras? España acabaría beneficiándose de éstas, en la península y en ultramar y esos fértiles principios encabezarían, de ahí en adelante, todo proyecto constituyente. Cádiz es, por último, el patriarca del constitucionalismo mexicano que en 1917 demostró también que tendría que ser diferente al canon anglo-franco-americano, en acotamiento pleno del principio de realidad, de esas otras realidades, un tanto cuanto misteriosas, las idiosincrásicas nuestras, nuestra compleja singularidad, capaz de consagrar al Zócalo de la Ciudad de México, nuestra Plaza Mayor, india y criolla, como la Plaza de la Constitución de 1812, singular hasta por esto. **u**

De Marsella a Veracruz

Enrique Semo

La ocupación nazi en Francia es el punto de partida para que el historiador Enrique Semo recuerde la difícil travesía durante su infancia cuando, frente a la barbarie, miles de judíos salieron huyendo de Europa.

Corría el mes de mayo de 1940. En París, la primavera terminaba y el verano se anunció con una onda de calor sofocante. Yo tenía diez años, y estaba recluido en un internado en el cual cursaba el tercer año de *école primaire*. Los jueves y los domingos eran días de asueto y para mi gran alivio, mi padre venía a recogerme para pasar el día con la familia. Mi estancia en París, que duró menos de un año, estuvo marcada por una serie de cambios que me produjeron una angustia crónica. Mi familia eran judíos sefaraditas búlgaros, empujados por la guerra a emigrar de su país. El abandono de mi ciudad natal Sofia, y el cambio de idioma me dejaron con una sensación comparable a un salto en el vacío que nunca terminaba. El paso de la confortable seguridad de los tiempos de paz a la sensación de desamparo que acompaña las constantes conversaciones sobre la guerra y las medidas contra los ataques aéreos en la Ciudad Luz multiplicaban mi inseguridad.

El internado en nada contribuía a contrarrestar mis aprensiones. En primer lugar, tenía hambre y se los dije varias veces a mis padres, pero ellos no me creían, suponiendo simplemente que deseaba regresar a la casa. La pareja de viejos, dueña del internado que fungía también como maestros principales en la escuela, ahorraba en la comida de los internos. Y eso no contribuía a darme la seguridad robada: era la primera vez que conocí el hambre. Hasta el estallido de la guerra yo había sido un niño feliz, quizá sobreprotegido por una madre que

me consideraba “delicado de salud”. Ahora, todo había cambiado y frecuentemente en las noches me despertaba, lleno de miedo y bañado en sudor.

Por fin a principios de junio se hizo claro que la guerra iba muy mal y que las divisiones panzer de la wehrmacht estaban triturando todo lo que se les oponía. Holanda y Bélgica ya habían capitulado y el ejército francés se replegaba en una retirada que pronto se volvió desbandada. Se decía que los bombardeos eran inminentes, que París sería arrasado, que los nazis no perdonaban a la población civil. Los sucesos fueron tan rápidos, tan inesperados, tan inexplicables que crearon un pánico incontrolable en la población. Para mi familia, ya en 1940, las cosas eran más simples, la presencia de los nazis no podía presagiar nada bueno para los judíos. Quince días antes de que los alemanes entraran a la capital francesa se inició el éxodo. Los que querían salir abarrotaban las estaciones de ferrocarril y las salidas por las carreteras que iban hacia el sur. La gente se movilizaba como podía, con lo que tenía, en coche, en bicicleta, a pie, dejando atrás sus trabajos, pertenencias y pequeñas preocupaciones, sobrecogida por el miedo ante lo desconocido. Francia había vivido ya una gran guerra que se libró en buena parte en su territorio, pero nunca algo parecido a lo que sucedía ahora. La ofensiva alemana apenas había comenzado el 10 de mayo y un mes después estaba a las puertas de París. Nada de guerra de trincheras, de líneas de defensa fijas: tanques,

aviones, paracaidistas, infantería motorizada que avanzaban a cuarenta kilómetros por hora, rompiendo todos los frentes planeados y las estrategias elaboradas durante años por los mandos superiores aliados.

Paradójicamente, para mí, salir del internado fue una alegría y en la casa nunca hubo síntomas de pánico. El mundo a mi alrededor se caía en pedazos pero mis padres mantenían una aparente calma y cumplían con todos sus actos cotidianos sin olvidar la limpieza y las buenas costumbres tradicionales en el comer, el vestir, el hablar y el saludar. Eran mi refugio de la angustia cotidiana, lo conocido y lo aceptado desde antes de que mi yo despertara. Se hicieron las valijas, con nuestras pocas pertenencias, una por cabeza, incluyendo mis numerosos soldados de plomo que mi padre se resistía a llevar, pero cedió ante una mirada de mi madre. Teníamos boletos para el tren que iba a Tours. Era todo lo que mi padre había logrado conseguir. La estación estaba abarrotada, el tren estaba repleto, casi no se podía circular en los pasillos.

Mi terror era perderme en medio de la multitud extraña y así la mano de mi madre con tanta fuerza que me dijo riendo: “Hijo, te estas volviendo muy fuerte, pero me lastimas, no tengas miedo, no te voy a dejar”. Como siempre me tranquilizó, con esa maravillosa capacidad de adivinar mis estados de ánimo y mis miedos. Por fin, nos sentamos en nuestro compartimiento. Frente a nosotros se sentaron dos soldados franceses ni muy jóvenes ni muy viejos. Más tarde, ya en México, mi madre me contó lo que recordaba de la conversación. Uno de los dos le decía al otro: “¿Qué desastre, nunca llegamos a resistir, como se debe, llegaban de todas las direcciones!”. “Sí, dijo el otro, ves esta funda, jamás hubo una pistola adentro, nos entrenaron con fusiles de madera, y después nos mandaron al matadero”. En Tours, logramos conseguir un pequeño cuarto de hotel, y mis padres salieron para ver qué podían arreglar para seguir el viaje, ya que no estábamos suficientemente lejos de los alemanes y no podíamos fijarnos una meta clara. Yo acepté quedarme solo en el cuarto si desempacaban mis soldados, y me quedé jugando a la guerra en medio de la guerra, imitando con mi voz estallidos, tiros y movimientos de blindados... Las eternas guerras de la humanidad que en mi mente infantil se confundían con el heroísmo. Después había de aprender que en la guerra hay dos caras: matar y morir, pero también la causa, la solidaridad, la camaradería, aprender a mandar y a obedecer, y que una no se puede separar de la otra. Eso es lo que hace a los adolescentes y jóvenes tan vulnerables a la propaganda bélica.

No fue sino poco a poco y después de conocer las condiciones del armisticio que dividió a Francia en dos partes, una ocupada y otra “libre” bajo el gobierno títere de Petain y Laval, que mis padres decidie-

ron ir a Marsella, el punto más alejado de la frontera con la Francia ocupada. La huida siguió acompañada a veces por las sirenas de los *stukas* alemanes que ametrallaban a las largas filas de refugiados y el sordo fragor de cañonazos lejanos. El trayecto final lo hicimos por carretera en un taxi que mi padre logró alquilar a precio de oro en Toulouse.

Marsella se encontraba, es verdad, en la “zona libre” de Francia, pero hay que decirlo, el gobierno de Vichy y la policía francesa de Marsella trabajaban junto y para los ocupantes. Sus absurdas exigencias y su constante hostigamiento llevaron al suicidio a varios intelectuales alemanes como Walter Benjamin, Ernest Weiss, Carl Einstein y Walter Hasenclever.

La vida de los refugiados, como se les llamaba entonces en Marsella, era muy precaria. Problemas de papeles y de trabajo eran asuntos cotidianos. De la noche a la mañana surgió en ese puerto acostumbrado a las mafias, el contrabando y las conspiraciones durante siglos, un enorme mercado negro de certificados de residencia y de sus renovaciones. Más caro y peligroso era el ligado a la búsqueda de visas de destino y de tránsito para salir del último rincón libre del Occidente de Europa y un negocio turbio no menos farragoso era conseguir una botella de aceite, un poco de mantequilla, un conejo o cualquier otro alimento racionado. Nadie vivía totalmente en la legalidad, todo lo prohibido era comprado y vendido y participar en el torbellino no causaba ningún problema de conciencia.

En los múltiples cafés de tipo oriental, que abundaban en la ciudad, es donde se conseguía todo: el resello de un certificado de residencia, una cita en una embajada, la compra de una visa, y sobre todo, los permisos de tránsito por la España de Franco, el Portugal de la dictadura de Oliveira Salazar y la famosa Casablanca, de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Recuerdo que mi padre se pasaba muchas horas en el café tejiendo relaciones sociales, usando sus conocimientos del francés y los rudimentos de muchos otros idiomas que como cambista, conocía. Su encanto balcánico le ayudaba para relacionarse con franceses y norafricanos, con mafias e intermediarios de todo tipo.

Yo iba a la primaria pública y rápidamente dominé el idioma. Llevábamos una bata gris y una mochila con varias cajitas de útiles, los cuadernos y libros que necesitábamos para las materias del día rigurosamente forrados. No recuerdo maestros autoritarios ni maltratos. Al contrario, reinaba un ambiente más bien de armonía, tanto entre los hijos de los franceses y los de los refugiados, como entre maestros y alumnos. La educación estaba repleta de referencias laudatorias al gobierno de Vichy y sobre todo al mariscal Petain, héroe de la Primera Guerra Mundial. El fascismo se colaba en los juegos, en las revistas alemanas de propaganda que nos regala-



Un grupo de refugiados en Marsella

ban y los retratos que colgaban de la pared. En ese sentido, unos maestros eran más entusiastas que otros que se atenían a lo mínimo. Recuerdo el juego obligatorio de las cruzadas. Nosotros, cruzados cristianos, armados de espadas y lanzas de madera, debíamos luchar contra los enemigos de la cristiandad y de Francia. Esos enemigos eran a veces musulmanes y otras, comunistas. La ironía de la situación sólo fue captada más tarde: un niño judío sefardita, soldado del cristianismo.

Mi primera conquista, gracias a mi facilidad con los idiomas, fue la maestra de francés de cuarto año. Me tomó bajo su protección y cuando había costumbres o diligencias que me eran extrañas, me servía de guía y durante los dos años platicó varias veces con mis padres que la encontraron muy amable y amistosa. Fue la primera personalidad protectora que encontré además de mis padres. Comencé a leer vorazmente a Emilio Salgari y a Karl May; alimentaba mi vocación heroica con Sandokan, el tigre de la Malasia y los jefes comanches que luchaban contra los astutos y traicioneros apaches. Mi maestra me introdujo poco a poco a las obras de Marcel Pagnol, una literatura opuesta al espíritu heroico, enraizada en la Provence, la vida cotidiana y el alma de los niños.

Mi madre gastaba todo el día en conseguir los alimentos racionados y muy escasos. Vivíamos en un pequeño hotel, negocio familiar, muy cerca del viejo puerto, en una callejuela muy estrecha. A mediodía comíamos en el restaurante del hotel. Elemento permanente del menú eran los nabos y las remolachas. Las proteínas

eran escasas y provenían de pequeñas raciones amparadas por *tickets* que el mesero recogía atentamente al principio de la colación. Las reglas del buen comer y del bien sentarse eran recordadas por los adultos a los niños constantemente en todas las mesas. Los comestibles que mi madre conseguía quedaban para el desayuno y la cena que se hacían en el cuarto del hotel usando una parrilla eléctrica cuyo uso estaba estrictamente prohibido por el reglamento, pero que todos usaban pese a él.

Pero no sólo había el mercado negro y el tráfico ilegal, también había franceses antifascistas o simplemente no racistas que ayudaban de buena fe a los refugiados. Mi padre fue llevado dos veces a la cárcel porque a los papeles de residencia les faltaba algún sello. De ahí se deportaba a la gente a la Francia ocupada por los nazis o a Alemania. Las dos veces fue salvado por un abogado francés que se hizo muy amigo de la familia. Al irnos de Marsella, mi padre hizo dos anillos idénticos, uno para el abogado y otro para él mismo, que ambos llevaron hasta la muerte. También sabíamos que había un maravilloso consulado de un país llamado México en donde el cónsul se desvivía por salvar vidas. Y no se trataba sólo de visas, que no podía otorgar sin permiso de su ministerio. La ayuda venía de muchas maneras, regalaba cartas que sostenían que la visa estaba por llegar que eran necesarias para refrendar la *carte d'identité*, conseguía albergues, pasajes y un sinnúmero de cosas más. Decenas de intelectuales comunistas o de izquierda de varios países fueron salvados. Ahora sabemos que



Gilberto Bosques (al centro) con exiliados en el castillo de Marsella



Gilberto Bosques, cónsul de México en Francia de 1934 a 1944

el cónsul mexicano, Gilberto Bosques, amparó a diez mil personas, muchas de ellas pese a la hostilidad del gobierno de Vichy y la policía francesa, arriesgando su propia seguridad.

En *El manuscrito perdido* de Theodor Balk se describe en forma imperecedera la situación:

Por decenas de millares —cuenta Balk— llegan los peregrinos a la ciudad-puerto de Marsella, con el único afán de conseguir uno de esos milagrosos sellos, llaves de la libertad. Para los que no podían obtenerlos, el horizonte estaba lleno de amenazas. Los podían condenar a “Vernet” o a “Djelfa”, mandarlos a un campo de concentración o a trabajos forzados en la construcción del ferrocarril del Sahara [...]. Para muchos algo peor aún: nada menos que la extradición al “Reich”. Desgraciadamente, los sellos eran escasos. Los países del Nuevo Mundo se encerraban tras una valla de visas y sellos, mucho más eficaz que la antigua muralla china...

A esas imágenes, hay que agregar la extraordinaria novela de Anna Seghers, escritora judía alemana, *Tránsito*, dedicada al mismo tema.

Mis padres protegieron exitosamente mi salud mental de la incertidumbre, la angustia y la corrupción en las cuales se vivía. Fue una actitud en que los silencios eran más que las explicaciones y mucho de lo que cuento es resultado de descubrimientos posteriores. Hace sólo unos meses estuve en Marsella buscando pistas. No entendemos a nuestros padres, sino en la madurez de la vida, cuando el sentido de sus actos se nos revela, a veces con una luz deslumbrante. Cuando se podía, nos

vestíamos lo mejor posible e íbamos a pasear por la Canebière, a comer una pizza, que representaba dos *tickets* en el carnet de racionamiento y a contemplar la maravillosa ciudad (entonces un poco gris) que se extendía por la montaña cercana al mar y que bajo la luz del sol mediterráneo lucía todos sus encantos. Se vivía al día, a la hora, con una esperanza insensata, pero siempre presente, de que se podría sobrevivir. Pero yo nada conocí de esta angustia. Bienaventurados los niños que en los breves momentos de felicidad pueden borrar una realidad monstruosa.

Por alguna razón, mi padre no pudo entrar en el consulado mexicano y tuvo que conseguir una visa cubana que resultó falsa y después otra, que sí fue auténtica. Después, también logró las visas de tránsito de España y de Portugal, desde donde embarcamos. Tratamos de informarnos sobre nuestro destino que para una familia de judíos búlgaros parecía tan misterioso como la India para Cristóbal Colón. Para eso fuimos a ver una película que se llamaba *¡Viva Villa!* y que mostraba a Wallace Berry, un Villa improbable, conquistar ciudad tras ciudad con la ayuda de un tal John Reed, periodista americano con el que trabó amistad fraternal. El filme no sirvió para tranquilizarnos, pero sí para aumentar nuestra expectación, sobre todo para mí que tenía ya un ardiente gusto por las aventuras y los héroes. Al fin logramos tomar el tren que pasaba por España, luego Portugal, donde embarcaríamos hacia el fin del mundo.

La escasez marsellesa y el alivio de haber salido de las garras de los nazis y sus discípulos en la seguridad francesa se manifestaron en mí en un hambre insaciable.

ble y en Lisboa, no permitía que se pasara junto a una panadería sin que me compraran un *bolo de arroz*, pan dulce local. Mi madre bromeaba: “Te va a hacer daño hijo, tómalo con calma, se acabó el hambre”.

El viaje a América fue largo y azaroso porque estaba en pleno auge la ofensiva de los *U Boats* alemanes en el Caribe, la cual desembocó en el hundimiento de dos barcos petroleros mexicanos el *Potrero del Llano* y el *Faja de Oro* y la entrada de México en la guerra. Nuestro barco tuvo que refugiarse en Veracruz, y aquí, con la ayuda del Comité Central Israelita de México que otorgó una garantía, mi padre y mi madre lograron bajar con un permiso provisional y por fin, pisamos tierra firme. *San Thomé* el barco de carga portugués en el cual llegamos en abril de 1942 a Veracruz llevaba ciento cuatro pasajeros con visas mexicanas. Setenta y nueve de ellos lograron desembarcar sin dificultades, mientras que la suerte de los veinticinco restantes, miembros de las Brigadas Internacionales que combatieron en España a favor de la República, tardó en decidirse. Mi familia no era de los privilegiados que tenían visa mexicana sino cubana y como explica Daniela Gleizer en su libro, los barcos *Nyassa* y *San Thomé* fueron los últimos con refugiados que lograron llegar a Veracruz.

Una persona que haya vivido siempre en México no puede imaginar la impresión tan profunda que hace desde el primer paso la realidad mexicana en un niño europeo sensible, que leía a Emilio Salgari. Durante la semana que permanecimos en el *San Thomé*, me sentí ya en plena tierra de aventuras donde pieles rojas y piratas saldrían de repente entre esa gente, algunos de los

cuales llevaban grandes sombreros y vestían de un blanco impecable, para tomar por asalto al barco en que habíamos llegado. Pero sea como fuere México nos dio la vida y la libertad.

Pero mi sorpresa más grande fue el mercado de Veracruz lleno de colores y fragancias exóticas, repleto de frutas, legumbres y carnes presentadas en formas nunca vistas que me dejaron un recuerdo imborrable. Las fondas, en las cuales la comida se exhibía en vitrinas, estaban llenas de pescados, camarones y frutos de mar absolutamente desconocidos.

Importantes son los datos de Daniela Gleizer en *Exiliados incómodos. México y los refugiados judíos del nazismo 1933-1945* sobre el antisemitismo y las políticas de inmigración restrictivas del gobierno mexicano durante los años de 1933 a 1945. Muchos desconocían o quisieron ignorar la monstruosidad del holocausto y la solución final. México había adoptado en los años de 1930 a 1950 una política nacionalista en todos los aspectos, debido a las traumáticas experiencias con las potencias imperialistas y el capital extranjero. Su actitud defensiva me parece haber sido acorde con los intereses del país. Por otro lado, en México siempre han existido diversas actitudes, la hospitalidad, el humanismo y la solidaridad para el refugiado y en concreto el judío y a veces la xenofobia. Pero hay muchos países de Europa en los cuales el antisemitismo es práctica milenaria y mayoritaria hasta hoy. En todo caso, si no llegaron más judíos a México, no se debió a la política de los gobiernos mexicanos, sino a todas las dificultades para salir de Europa. **U**



Marsella en 1939

La reforma inaplazable

Felipe Garrido

La urgente necesidad de convertir a los maestros en lectores es el tema central de esta propuesta de Felipe Garrido, Premio Xavier Villaurrutia 2011, frente al panorama desastroso de la enseñanza de la lengua —vector principal para la comprensión de todas las áreas del conocimiento— en nuestro país.

La Secretaría de Educación Pública que José Vasconcelos imaginó y de la cual, en 1921, fue el primer titular, estaba formada por tres departamentos igualmente importantes: el Escolar, el de Bibliotecas y Archivos, y el de Bellas Artes. Esas tres esferas debían conjugarse para que los alumnos desarrollaran completas sus capacidades; para que tuvieran lo que ahora llamamos —aunque no seamos capaces de ofrecerla— una educación integral. Tan relevante como la instrucción de niños y adolescentes en las aulas era organizar una red de bibliotecas escolares y públicas que pusiera la lectura y la información al alcance de todos, dentro y fuera de la escuela. Tan importante como el trabajo escolar y la oferta de las bibliotecas y archivos era la práctica de las artes.

Hacía falta que todos tuvieran un lugar en las aulas; que todos se apropiaran de la experiencia artística, como público y como ejecutantes; que todos tuvieran a su alcance los libros y otros materiales que permiten tener acceso a los conocimientos y a las repetidas calas de la literatura en la condición humana. (Las artes y las letras nos educan, aunque no como la escuela, sino en términos de vida, existenciales).

El propósito de la nueva dependencia era convertir aquella patria devastada por diez años de guerra civil y por la explotación y el abandono seculares de sus ma-

yorías miserables, en una nación de artistas y sabios arrebatados por la necesidad de actuar. De gente informada, formada y pensante; capaz de producir y de innovar; capaz de darse mecanismos de gobierno que garantizaran la paz, la libertad y la democracia; capaz de construir un país próspero y justo. Por eso había que hacerlo todo en todas partes; en la escuela, el trabajo, la calle y la casa; la salud de la nación dependía —y depende hoy— de que esos bienes beneficiaran a todos.

* * *

La influencia civilizadora y formativa de las artes debía estar al paso de la gente. Se entregaron a pintores como Montenegro, Rivera, Orozco, Siqueiros, Charlot, Alva de la Canal, Revueltas, Enciso, Guerrero... los muros de edificios como los antiguos colegios de San Ildefonso, de San Pedro y San Pablo, y la sede de la propia Secretaría. Se impulsó el arte popular. Se dieron conferencias, clases de dibujo y pintura, recitales y conciertos en fábricas y plazas. Se pidió a los estudiantes que enseñaran a leer y a escribir a quienes no lo sabían, que eran casi noventa de cada cien mexicanos. Ochenta de cada cien vivían en el campo, en comunidades de muy pocos ha-

bitantes. Para alfabetizarlos, instruirlos, mejorar sus condiciones de higiene y salud, y su capacidad productiva, se crearon las Misiones Culturales. Se abrieron escuelas y bibliotecas rurales.

Por encima de todo, porque Vasconcelos sabía que un lector puede multiplicar sus experiencias y seguir aprendiendo durante toda la vida, se pusieron millares de libros en bibliotecas, escuelas y librerías.

Muchos se compraron a editores privados. Los que faltaban se produjeron. (Escribió Vasconcelos: “¿Cómo íbamos a hacer para dar a los maestros los libros cuyo empleo se les recomienda? Se hace menester fabricar los libros, así como es necesario construir los edificios de la escuela”.¹). La colección de Tratados y Manuales; la de Textos para la Escuela Primaria; los Folletos de Divulgación, con precios que iban de los 2.50 pesos de *Las cactáceas en México*, de Isaac Ochoteren, muy ilustrado, a los diez centavos del *Silabario* de Rafael Ramírez.

Cuatro títulos son emblemáticos. *Lecturas para mujeres*, a cargo de Gabriela Mistral; los dos tomos de *Lecturas clásicas para niños*, para poner en sus manos “las más bellas ficciones que han producido los hombres” y hacerlos lectores; la revista *El Maestro*, dirigida a todos —el maestro era la propia revista—, que se ocupaba de higiene y agricultura tanto como de publicar a los mayores escritores del país y del extranjero; y la serie de clásicos: alcanzaron a publicarse diecisiete volúmenes con obra de quince autores: Homero, Esquilo, Goethe, los Evangelios... a peso cada uno. Sus enemigos lo acusaron de dilapidar el erario poniendo a Platón en manos de analfabetos. “Nadie —contestó Vasconcelos— ha explicado por qué se ha de privar al pueblo de México, a título de que es pueblo humilde, de los tesoros del saber humano que están al alcance de los más humildes en las naciones civilizadas”.²

Reconstruir la nación era asunto del maestro, el artista y el libro. Pellicer, Toledano, Torri, Cosío Villegas, Bassols, Palacios Macedo y otros se dieron a la tarea. Hubo a su lado intelectuales forasteros: el dominicano Pedro Henríquez Ureña, la chilena Gabriela Mistral, el peruano Raúl Haya de la Torre... El propio secretario salía a la calle, sábados y domingos, a repartir libros: para construir el país que soñaba nada era más importante que el libro.

¹ *Lecturas clásicas para niños* (edición facsimilar), Secretaría de Educación Pública, México, 1971, tomo 1, p. XII.

² *El desastre*, en *Obras completas*, Libreros Mexicanos Unidos, México, 1957, tomo 1, p. 1253.

Aquello era demasiado bueno. El 30 de junio de 1924, Obregón aceptó la segunda renuncia —seis meses antes había rechazado la primera— de Vasconcelos, inconforme por los recortes que había sufrido el presupuesto de la Secretaría —de 50 a 25.5 millones— y porque el presidente quería a Calles como su sucesor.

Dos años y ocho meses después de haber iniciado su gestión, al dejar su puesto Vasconcelos, terminó la educación integral; nunca ha vuelto a serlo, sino en el discurso. Los departamentos de Bellas Artes y de Bibliotecas y Archivos desaparecieron.

La Secretaría quedó reducida a su Departamento Escolar. No hubo bibliotecas para las escuelas, y cuando las bibliotecas públicas conocieron un nuevo periodo de crecimiento, de 1983 a 2005 —pasaron de 351 a 7,010—, no fue para atender necesidades de los lectores sino del Departamento Escolar. El crecimiento de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas en sus primeros veinte años tuvo como fin facilitar a los estudiantes de secundaria el acceso a los libros de texto y de consulta. Aun hoy, más de ochenta por ciento de las visitas a estos espacios son de estudiantes que acuden a hacer allí sus tareas; no de lectores.

Nuestras bibliotecas públicas han crecido de espaldas a la lectura. Así ha crecido nuestro sistema educativo. Muy pocas escuelas tienen una biblioteca verdadera;



Franz Eybl, *Niña leyendo*, 1850



Diego Rivera, *La maestra rural* (fragmento), 1923

un espacio equipado, organizado y atendido por personal especializado, donde los alumnos aprendan a usar una biblioteca y se acostumbren a hacerlo. Las *bibliotecas escolares* del Programa Nacional de Lectura son colecciones de libros que se acomodan donde se puede y que comparten con las bibliotecas de aula todos sus defectos. Señalo dos: 1) cuatro quintas partes de sus títulos son obra de escritores, traductores, ilustradores, diseñadores y editores extranjeros; se desperdicia la oportunidad de que crezcan los artistas e intelectuales que, sin que importe su origen, viven y trabajan en México, y 2) las compras de estos libros se concentraron de manera delatora en unas cuantas editoriales, en la práctica todas extranjeras.

Vasconcelos, que tanto se equivocó —creía, por ejemplo, que repartir libros era suficiente para multiplicar los lectores—, sabía que la calidad de la educación se define por la calidad de los profesores, no por los aparatos que haya en las aulas. Y al decir *aparatos* me refiero en primer lugar a los libros mismos y a todas las otras piezas de información; a los objetos. No menosprecio los libros, ni las láminas, ni los mapas, ni las grabaciones, ni las indispensables Tecnologías de la Información y la Comunicación que, entre otras cosas, facilitan el acceso a los libros y a otros textos que se hallen en formato digital. Lo que quiero subrayar es que los profesores son mucho más importantes, y que esto no ha sido tomado en cuenta.

La benemérita tradición editorial de la SEP, inaugurada por Vasconcelos, que produjo colecciones como Coli-

brí, SepSetentas, Letra y Color, Rincones de Lectura, fue cancelada en 2001. A partir de entonces la SEP ha abandonado la publicación de libros infantiles y juveniles a las fuerzas del mercado.

Compárese la situación de las bibliotecas de aula y las bibliotecas escolares con la de los equipos que elaboraron los dos tomos de las *Lecturas clásicas para niños*: una chilena y nueve mexicanos. Los textos del primer tomo fueron elegidos y adaptados por Gabriela Mistral (treinta y tres años en 1922), Palma Guillén (veinticuatro), Salvador Novo (dieciocho) y José Gorostiza (diecinueve). Los del segundo, por Jaime Torres Bodet (veinte), Francisco Monterde (veintiocho), Xavier Villaurrutia (diecinueve) y Bernardo Ortiz de Montellano (veintitrés). Las ilustraciones son de Roberto Montenegro (treinta y cinco) y Gabriel Fernández Ledesma (veintidós). Vasconcelos ya había cumplido cuarenta años. Julio Torri, que dirigía el Departamento Editorial, tenía treinta y tres. A pesar de las difíciles condiciones en que vivía México, a nadie se le ocurrió poner esta labor en manos de redactores, traductores, ilustradores, diseñadores y editores que estuvieran fuera del país. Entre otras cosas, había que aprovechar la oportunidad para formar a los profesionales del libro que México necesitaba.

Cuando Ernesto Zedillo se hizo cargo de la Secretaría de Educación Pública, en 1992, consultó con diversos personajes qué podía hacerse para mejorar la educación. El eminente filólogo Antonio Alatorre, según lo contó después, le dijo lo siguiente:

Me eduqué en una escuela porfiriana completamente laica y extraordinariamente eficaz, como pude comprobarlo al seguir mi educación aquí en México. Mis compañeros, de distintos estados de la república, no habían tenido una primaria tan buena como yo. Ninguno había estudiado álgebra; ninguno sabía solfear; no tenían, ni de lejos, mis conocimientos de gramática, mi práctica en la lectura y en la escritura ni mi buena ortografía. Si esto me lo dio la escuela de un pueblo perdido en el mapa, que ni siquiera tenía carretera a Guadalajara, la solución de los problemas era fácil: bastaba imitar al Autlán de aquellos años y ponerles a los muchachos unos profesores tan buenos, tan conscientes de su papel, como la señorita Cuca y la señorita Magdalena, y al frente de cada escuela una directora como María Mares.

En mi casa, en Autlán, había libros que mis hermanos y yo leíamos, por ejemplo *Genoveva de Brabante*, *Robinson Crusoe* y la *María* de Jorge Isaacs. Pero fue la escuela la que más me sirvió. La primera hora, todos los días, era la de lectura en voz alta; y dos o tres veces por sema-

na escribíamos algo, a veces sobre un tema señalado por la maestra, y a veces con tema libre (que era lo que más nos gustaba). Yo salí de Autlán a los doce años, y un día, años después, se me ocurrió hacer una lista de los libros que leí entonces, y recordé como trescientos títulos. Un caso como el mío (o como el de Juan José Arreola) era muy posible. Hoy es inimaginable.³

Aquellas señoritas Cuca y Magdalena, aquella directora María Mares con quienes estudió Alatorre, ¿de dónde sacaron todo lo que sabían y transmitieron a sus alumnos? ¿Dónde aprendió Alatorre la infinidad de cosas que llegó a saber? Lo aprendieron leyendo *Genoveva de Brabant* y *Robinson Crusoe* y *María*, esos cientos o miles de libros que Antonio y sus maestras siguieron leyendo a lo largo de sus vidas, incluidos los de texto; bien leídos; no para pasar los exámenes, sino para aprender. Pero sólo un lector autónomo, alguien que lee por el placer de leer, aprende de verdad a leer, y lo aprovecha cuando estudia.

La solución de nuestros problemas educativos, como dice Alatorre, es sencilla. Lo que necesitamos son profesores lectores. Algunos lo son; haría falta que todos lo fueran.

Alguien dirá que los profesores leen y escriben todos los días. ¿No los convierte eso en lectores? No. Eso significa que saben leer y escribir, y que lo aprovechan en un nivel utilitario, para informarse y trabajar. Eso está bien, pero no basta para apropiarse de las experiencias y conocimientos que los lectores obtienen de cuanto leen, en especial de los libros.

Un paréntesis: por largo tiempo México siguió siendo un país analfabeto, en el primer y más importante sentido de esta palabra. Llegamos a la mitad del siglo xx con más de la mitad de la población incapaz de leer y escribir. El gran paso adelante, el que redujo el analfabetismo a la proporción actual, de cerca de 9.5 por ciento, se dio entre 1980 y 2000. Somos un país recientemente alfabetizado; no debemos olvidarlo.

Una cosa es saber leer y escribir. Otra es ser lector. Un lector hace lecturas utilitarias todos los días y, además,

dedica cada día un tiempo a leer por el gusto de hacerlo. Hay otras diferencias. Me detengo en una: mientras leemos con propósitos utilitarios podemos mantener el umbral de comprensión en niveles relativa o escandalosamente bajos. Cuando leemos por placer —o por interés, que es una de las formas del placer—, esforzarse por entender se vuelve imprescindible. Un lector aprende pronto, aunque no lo verbalice, que sin comprensión no hay lectura.

Leer es empeñarse en construir la comprensión de un texto. Y ese esfuerzo desarrolla habilidades que permiten armar redes de conocimiento, integrar las emociones y las experiencias, y cultivar tres clases de pensamiento indispensables para todos: el pensamiento abstracto, que nos permite manejar ideas; el utópico, que nos permite imaginar lo que no existe, y el crítico, que nos permite poner en tela de juicio lo que dicen los demás y lo que decimos nosotros.

Un lector autónomo, que ha aprendido a leer por el gusto de hacerlo, es capaz de decidir qué le interesa leer. Un lector bien formado aprende a elegir.

Basadas en procesos de diagnóstico y de análisis que hasta ahora nunca han sido suficientemente explicados



Vladimir Volegov, *La lectora*

³ Fernando Solana (compilador), *Leer, escribir, contar y pensar*, Fondo Mexicano para la Educación y el Desarrollo, México, 2003, pp. 162-163.

ni atendidos, las reformas educativas se han multiplicado de manera cada vez más acelerada. Se han convertido en modos que una administración emplea para hacerse del poder. En las dos últimas décadas cada nueva reforma ha sido implantada antes de que se haya asimilado la anterior. Los docentes acaban por volver a los métodos y las estrategias tradicionales, que conocen bien y les permiten obtener los resultados que esperan.

Aun en los casos en que estas reformas tienen una sólida sustentación teórica, nunca se ha encontrado el tiempo necesario para consensuarlas y justificarlas de modo convincente, ni para capacitar en su aplicación a los profesores, que por lo regular se encuentran en una clara desventaja académica frente a los expertos que las diseñan y que se regodean en hacerlas patentes.

Menciono un solo caso, en la asignatura de Español: hoy en día, para muchos profesores el planteamiento de que “la lectura no es un proceso únicamente visual”, premisa del programa de 1993, basado en el “enfoque comunicativo”, es aún extraño. Dos décadas después de su incorporación al programa, muchos docentes no se han apropiado del concepto de que en el proceso de comprender un texto el lector trabaja a partir de lo que sabe, de su experiencia: de la información no sensorial, no visual.

Para los docentes, lo más visible de las reformas son oscuros cambios de nomenclatura: las habilita-

des pasan a ser destrezas o capacidades o competencias, sin que esas diferencias sean significativas. Como parte de estas reformas, en el caso de Español, la Gramática ha desaparecido, la memoria es una facultad proscrita, y fueron retirados los libros de texto gratuitos de lectura, los únicos que permitían al maestro trabajar con el grupo completo, pues eran los únicos que tenían todos los alumnos; con los libros de la biblioteca de aula no hay manera de hacer una lectura colectiva. (Esta medida está siendo corregida con la antología del programa “Leamos mejor día a día”, del que hablaré adelante).

Aunque muchos profesores se esfuerzan por entender y adoptar la reforma en marcha, la mayoría está a la espera de que se anuncie la siguiente. Viven con el temor de que la actual termine por ser tan peregrina como las anteriores. La aceptan resignadamente, como la imposición que es.

* * *

Un factor que explica la improvisación y el apresuramiento con que se han sucedido las reformas es que están gobernadas por los tiempos políticos y no por los tiempos académicos.

De conformidad con el Acuerdo Secretarial 384, el 27 de septiembre de 2006 se constituyeron los Consejos Consultivos Interinstitucionales de Ciencias, Español, Matemáticas e Historia. En 2007 se agregaron los de Lengua Extranjera, Geografía, Formación Cívica y Ética, Educación Física, Artes y Tecnología, y el Consejo Consultivo General. Los CCI, integrados por especialistas en las diferentes áreas del currículo de educación básica, se encargarían de analizar los planes de estudio y los programas, revisar los libros de texto, otros materiales educativos, y la práctica en el aula; mediante un trabajo colegiado expresarían sus opiniones y sus diagnósticos, y harían propuestas a la SEP.⁴

En el papel, parecían tener la mayor utilidad. En la práctica, fueron una simulación: los tiempos en que se trabajó nunca permitieron que sus propuestas pudieran aprovecharse. Si varios de estos consejos aportaron trabajos importantes fue porque sus integrantes no se resignaron a ser postergados e hicieron público el resultado de sus análisis.

Los integrantes de los consejos revisaron los materiales de la reforma, que en ese momento ya había sido aplicada en una etapa piloto; los contenidos de los nuevos planes de estudio, de los programas, de “los libros de texto y otros materiales educativos”.

⁴ Boletín informativo. Consejos Consultivos Interinstitucionales, SEP, número 0, México, mayo-junio de 2008.



Vladimir Volegov, *Lectora*

Durante poco más de dos años participé en el Consejo Consultivo Interinstitucional para la Asignatura de Español. Nunca hubo tiempo para tomar en cuenta sus observaciones. Siempre que recibimos materiales para su revisión, ya habían sido aprobados pues, alguna vez se nos dijo, había compromisos de tiempo que no podían aplazarse.⁵

* * *

En los primeros meses de 2009, el Consejo de Español revisó los nuevos libros, los de la Reforma Integral de la Educación Básica, e hizo recomendaciones concretas.

Destacó el desfase que hay entre los cambios curriculares y la formación del magisterio, que “parece repetirse de modo cíclico”. Hizo ver que “una vez más se ha comenzado por la modificación del currículo que ha de seguir el alumnado, en lugar de empezar por la preparación de los docentes en formación y por la capacitación de los docentes en servicio”.

Señaló que las investigaciones del Instituto Nacional de la Evaluación de la Educación (INEE) fueron confiables y válidas, pero que no parecían haber sido tomadas en cuenta.

El INEE señaló que la articulación entre preescolar y primaria no es adecuada. Al egresar de preescolar, por ejemplo, los alumnos se encuentran en proceso de adquirir las nociones básicas de la lengua escrita, pero en el libro de primero de primaria desde un principio se les pide que escriban y lean como si ya dominaran la lengua escrita. Los alumnos de sexto tienen problemas graves de comprensión lectora, pero en los nuevos programas y libros no hay propuestas para prácticas lectoras.

Por otra parte, el Consejo detectó numerosos errores graves: los materiales no toman en cuenta la variedad cultural, lingüística y semiótica del país; limitan el lenguaje a los signos lingüísticos; carecen de estrategias que guíen “de modo preciso al alumnado y al magisterio, de acuerdo con un proceso de asimilación de los

conceptos que este enfoque de prácticas sociales del lenguaje promueve”; no muestran los indicadores que los maestros deberán atender para evaluar los niveles de aprendizaje. Las actividades que proponen no corresponden a las que pide el programa.

El diseño editorial es muy deficiente. Los dibujos ocupan demasiado espacio; son estereotipados, desatienden la diversidad cultural del país y, desde un punto de vista semiótico, no se vinculan con los contenidos temáticos ni con los textos.

El Consejo pidió que se pospusiera la Reforma el tiempo necesario para rehacer los materiales. Que se produjeran nuevos materiales con un firme conocimiento de lo que son las prácticas sociales del lenguaje, y con la participación de expertos y maestros experimentados de todo el país para regionalizar los contenidos e incorporar la diversidad cultural del país.

Propuso que para el próximo ciclo escolar y los que fueran necesarios, se continuara trabajando con los materiales vigentes (1993 y 2000) y, en todo caso, que se creara un suplemento para esos materiales en el que se explicara el uso de prácticas sociales del lenguaje, para favorecer la articulación de la educación preescolar, primaria y secundaria con este enfoque sociocultural.

Como alternativa, el Consejo de Español propuso que se trabajara durante uno o dos años sin libros de texto y se aprovechara los que se habían hecho como libros auxiliares de actividades. Nada de esto fue atendido.⁶

* * *

Los demás consejos sufrieron la misma situación. El de Ciencias solicitó que se rehicieran los nuevos libros de primero y sexto de primaria —los primeros que se repartieron—, y que mientras tanto, se advirtiera a la población que tenían errores y omisiones. Tampoco estas peticiones fueron atendidas.

La mayoría de los consejos coincidió en sus conclusiones. Resalto dos: 1) La reforma se puso en acción precipitada e improvisadamente. 2) La formación de los profesores, que son los encargados de hacer realidad la reforma, no estaba vinculada con los programas actuales, de modo que no había manera de que los docentes tuvieran una comprensión adecuada de la orientación, alcance y exigencias del nuevo Programa.

El gran desafío —que permaneció sin respuesta—, como lo dijo Alatorre, era tener “profesores tan buenos, tan conscientes de su papel, como la señorita Cuca y la señorita Magdalena, y al frente de cada escuela una

⁵ Cuando me retiré del Consejo, sus integrantes eran: Luisa Josefina Alarcón Neve (Universidad Autónoma de Querétaro), Josefina Margarita Alfaro (Universidad de Guadalajara), Rebeca Barriga Villanueva (El Colegio de México), Hilda Constantino Castro (Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Cuernavaca), Yolanda de la Garza López de Lara (Consejo Mexicano de Investigación Educativa), Antonio Domínguez Hidalgo (Escuela Normal Superior de México), Felipe Garrido (Academia Mexicana de la Lengua), Judith Kalman Landman (Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional), Margarita Peón Zapata (Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación), Sergio Ramírez Fuentes (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), Cecilia Rojas Nieto (Academia Mexicana de Ciencias), Ileana Seda Santana (Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México), coordinadora del Consejo, María del Rocío Vargas Ortega (Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco) y Celia Zamudio Meza (Escuela Nacional de Antropología e Historia).

⁶ El apartado anterior resume el Pronunciamiento que el Consejo Consultivo Interinstitucional de Español entregó a la Subsecretaría de Educación Básica y Normal el 3 de julio de 2009.



Albert Edelfelt, *Su hermana Bertha*, 1881

directora como María Mares”. Para mí, eso quiere decir profesores que sean lectores, capaces de seguir aprendiendo, adquiriendo nuevas experiencias al través de la lectura por placer, a lo largo de su vida.

“La formación de profesores, el mayor problema educativo en la enseñanza de las ciencias en la educación básica en México”, declaró la Comisión de Formación Docente del Consejo de Ciencias en un artículo publicado en el número 1 del *Boletín...* (octubre de 2008).

Antes de la actual reforma, una serie de espectaculares esfuerzos han pretendido mejorar la educación: el Programa de Modernización Educativa (1989-1994), el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica (1992), el cambio de programas y planes de estudio (1993), la reforma de 2000... Todos ellos masivos y mesiánicos. Como si fuera posible mejorar la situación enunciando una promesa.

Promesas paralelas han sido las igualmente numerosas acciones para elevar el nivel profesional de los docentes: el Programa Nacional para la Actualización Permanente de Maestros en Servicio (Pronap), la instalación de Centros de Maestros en todo el país para apoyar al Pronap, la creación de la Carrera Magisterial —un programa de estímulos para los profesores—, exámenes para

los profesores con el propósito de asignarles estímulos económicos, exámenes a los estudiantes de los profesores que participan en la Carrera Magisterial para evaluar su aprovechamiento, la “Biblioteca para la actualización del maestro”, numerosos cursos de actualización y de capacitación con duración, enfoques y contenidos diversos.

En la medida en que participar en estas acciones representa ingresos mayores para los maestros, comprobar que el curso se ha seguido pasa a ser lo importante, y el aprendizaje que haya dejado queda en segundo término.

Los Centros de Maestros se instalaron con la idea de ayudar a los docentes a ser mejores lectores y apoyarlos en su capacitación. Su núcleo es una amplia biblioteca con temas muy variados: lo mismo literatura, historia, ciencia, arte... que didáctica y pedagogía, más las obras incluidas en la bibliografía de los cursos que se siguen en los procesos formales de actualización.

A principios de 2007 cada biblioteca tenía unos doce mil ejemplares de más o menos tres mil quinientos títulos, muchos de los cuales difícilmente llegan a escuelas, librerías u otras bibliotecas en la mayoría de los 540 puntos donde los Centros se instalaron. Pero es difícil que los docentes se interesen en leerlos, pues en su mayoría no son lectores autónomos. En consecuencia, la inercia se ha impuesto y las bibliotecas son usadas *para hacer la tarea*, y no para leer por el gusto de leer.

Repartir libros no basta para formar lectores. Los maestros han recibido libros. Lo que nunca se ha hecho es formarlos como lectores; desde la normal, como parte de su formación profesional.

Se da por sentado que, ya que los profesores saben leer y escribir, ya que todos los días leen y escriben, ya que son los encargados de que los alumnos aprendan a leer y a escribir —no de hacerlos lectores—, eso no hace falta.

El documento que explica la reforma educativa que hoy en día tratamos de asimilar, *Reforma integral de la educación básica. Acciones para la articulación curricular 2007-2012 (RIEB)*, publicado por la Subsecretaría de Educación Básica y Normal en octubre de 2007, reconoce que:

Según los resultados de PISA 2003, que no son contrastantes con los de 2000, el nivel de conocimientos y habilidades de los jóvenes mexicanos de 15 años en matemáticas y lectura es significativamente inferior al nivel que tienen los de países desarrollados. En matemáticas, México se ubica por abajo de todos los países de la OCDE, sólo delante de Túnez, Indonesia y Brasil; en lectura es algo semejante, excepto que Brasil está un sitio más arriba.

Este documento describe una situación que hace falta remediar. Pero nunca supone que la solución se encuentra en la lectura. La de los profesores, en primer lugar, y enseguida la de los alumnos y las familias. La palabra *lectura* aparece una única vez, en la página 63, donde simplemente forma parte del nombre del Programa Nacional de Lectura, dirigido a los alumnos —no supone que los profesores puedan necesitarlo.

Antes de que siga adelante la caravana de reformas, la más urgente de todas, la reforma inaplazable, es hacer lectores a los profesores. Sin este cambio, será imposible entender, asimilar y aplicar las que vengan por delante.

Menos pedagogía y más lectura, me atrevo a decir. O, si se prefiere, a un lado de la pedagogía, con su mismo nivel de importancia, la lectura —la de textos ajenos a las obligaciones de estudio y trabajo, se entiende—. No se trata únicamente de que los profesores sepan más sobre los mecanismos y las estrategias, sobre la teoría y la historia de la lectura, aunque eso no haga daño, sino de que se conviertan en lectores asiduos y voraces, de literatura, historia, ciencias, antropología, política, y todo lo demás.

* * *

Quiero terminar esta reflexión con un llamado al optimismo. Quiero creer que los profesores y las autoridades educativas de México desean mejorar el nivel educativo, pues sin eso será imposible mejorar en todo lo demás. Para conseguir esa mejora hace falta tomar en serio el papel de la lectura, dentro y fuera de la escuela. Hasta ahora, el propósito de la educación básica ha sido alfabetizar —en el primer y más directo sentido de la palabra— a la población, y eso se ha conseguido. Saber leer y escribir es imprescindible, pero no suficiente. En adelante, la meta de la educación básica tendrá que ser formar como lectores a maestros, alumnos y familias.

Actualmente el mejor esfuerzo para conseguirlo es el programa “Leamos mejor día a día”, que en 2010 puso en marcha la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal, y que actualmente se está extendiendo a los estados. Su propósito es proponer acciones que contribuyan a que las escuelas primarias puedan promover la lectura entre los alumnos, los maestros y las familias.⁷

Destaco las que me parecen más importantes.

Primera: una lectura diaria en voz alta, del profesor al grupo, de tres a cuatro minutos, al comenzar el día

⁷ Existen otros esfuerzos notables, como la labor del CONAFE o el programa “El Quijote nos invita a leer”, que lleva catorce años aplicándose en Chihuahua con muy buenos resultados. Estas acciones merecen que nos ocupemos de ellas en otros artículos.



Alexis Harlamoff, *La chica de las flores*, 1878

—o en alguna otra hora que quede señalada para esta actividad—. Para facilitarla, se han repartido entre los profesores y los alumnos seis antologías, una por cada grado, de primero a sexto de primaria, con 210 lecturas por volumen. Los textos reunidos son de diversos temas y géneros, y se ocupan muy especialmente de la formación del carácter y las actitudes de los alumnos; de los valores.

Esas lecturas están en su mayoría tomadas de los libros que se hallan en las bibliotecas de aula y en las bibliotecas escolares. Así los alumnos pueden fácilmente pasar de la breve lectura de cada día a los textos completos. Con esta actividad, tanto los alumnos como los profesores acumularán al menos doscientas lecturas por cada ciclo escolar, durante los seis años de primaria. Como se dice en la introducción a cada una de las seis antologías:

Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños —y a los adultos— a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Segunda: se han dispuesto los horarios de manera que se dedique a la lectura media hora al día, como parte del trabajo regular de las escuelas. Ese tiempo



Iman Maleki, *Niñas leyendo*

tiene un valor inimaginable: por primera vez, después de muchos años de buscarlo, se ha conseguido que la lectura de textos que no son los rigurosamente escolares se convierta en una acción cotidiana de la escuela, y deje de ser una actividad periférica.

Tercera: se dedican dos medias horas por semana a la escritura, actividad que debiera acompañar siempre a la lectura. La escritura es un proceso inextricablemente vinculado con la construcción del pensamiento y del conocimiento. Escribir significa expresarnos, comunicarnos y ordenar el pensamiento; poner a prueba lo que se sabe y hacerlo crecer.

Cuarta: “Leamos mejor día a día” pide a los padres de familia que dediquen veinte minutos al día a leer con sus hijos y a comentar con ellos lo que se lea. Para que pueda leerse en casa, los alumnos han recibido la antología, y pueden tomar prestados los libros de las bibliotecas de aula y escolares. A los padres se les recuerda que es importante, antes de comenzar a leer, preparar el ambiente, despertar el interés, explicar todo lo que permita comprender mejor el texto: no entender es la razón más frecuente para aborrecer la lectura. Igualmente, se les hace ver que es necesario, al terminar la lectura, conversar sobre lo que se acaba de ver; despertar la curiosidad o la capacidad de reflexión de los niños; relacionar lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

Quinta: El programa incluye unas tablas que indican la velocidad con que los alumnos de cada grado de-

berían leer. Hay quien teme que esto pueda convertir la velocidad de lectura en la meta del programa. El peligro es real y debemos trabajar para que no suceda así. El programa insiste con claridad en que la meta de la lectura es la comprensión. Hace falta resaltarlo, y convencer a los padres de familia y a los profesores de que lo esencial de la lectura es que los niños entiendan lo que leen. El programa incluye en la tarea de formar lectores a las familias; la lectura es tan importante dentro como fuera de la escuela. Hay familias donde los padres no saben leer, o leen de manera deficiente. De cualquier modo, escuchar la lectura de los hijos, comentar con ellos las ilustraciones, convertir lo que se ha visto y leído en tema de conversaciones familiares —lo que ayuda a construir la comprensión de los textos y de las imágenes—, significa un enorme progreso.

* * *

La lectura es un instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. Es la puerta de entrada a la cultura escrita, sobre la cual se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender sobre cualquier tema, multiplicar nuestras experiencias y abrirnos oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario.

Se busca que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe —recursos útiles en la política, el comercio y los negocios tanto como en la medicina, las comunicaciones y la poesía.

Esos lectores serán personas capacitadas para ser mejores estudiantes; el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

* * *

Todo esto comienza con los profesores, la pieza más importante del sistema educativo, la que puede darnos una educación de calidad, atenta a las necesidades cambiantes de nuestro mundo. Ayudarlos a hacerse lectores, a ser mejores lectores, es la reforma inaplazable. Sin ella, sobran todas las demás.

Agradezco a mis amigos Ileana Seda, Laura Nakamura, Alba Martínez y Josué Ramírez la lectura de este artículo. Naturalmente, los eximo de los juicios que en él se expresan y de los yerros que pueda contener. **U**

Eusebio Ruvalcaba

Retrato y autorretrato

Vicente Quirarte

Autor de títulos como Un hilito de sangre, Desgajar la belleza y Jueves Santo, Eusebio Ruvalcaba ha conformado una obra personal, rica y variada. Vicente Quirarte traza un retrato del escritor mexicano a partir de su nuevo libro, El silencio me despertó, donde se revela su melomanía impenitente, al tiempo que ofrecemos un fragmento en el que escuchamos los preludios de Chopin.

De las invaluables cosas que me dejó mi padre, una de las que más atesoro y agradezco es la fraternidad de Eusebio Ruvalcaba. Alumno del maestro Quirarte en la Facultad de Filosofía y Letras, Eusebio le preguntó dónde podía conseguir empleo. Don Martín le respondió que necesitaba quien lo ayudara a ordenar sus papeles y sus libros. Más estúpidos de lo que somos ahora, mis hermanos y yo agradecemos que alguien llegara a relevarnos de la que entonces veíamos como insostenible esclavitud.

Puntualmente, al filo de las cuatro, Eusebio se presentaba en la casa, sin haber comido y sin decir a nadie que no había comido. A veces mi padre estaba haciendo lo propio. Mi madre, doña Luz, naturalmente, invitaba a Eusebio a sentarse. Él, naturalmente, no aceptaba. Eusebio no olvida que papá comía con delectación contagiosa un arroz colorado que sólo las mamás saben preparar como se debe y que no había coca-cola más fría ni más deseada que la que don Martín Quirarte hacía eucarísticamente parte de sí frente al estoicismo republicano del que iba a convertirse en el primero de sus alumnos.

Me atrevo a contar la anécdota anterior y a invadir la intimidad de Eusebio porque lo pinta de cuerpo entero y porque entre los innumerables libros que ha publicado, *El silencio me despertó* es el más personal y el más completo. Dice la sabiduría popular que primero es comer que ser cristiano. Apenas en sus años veintes, el joven Eusebio desafiaba esa verdad, y por eso ya era lo que es: un ser digno, orgulloso y humilde, que hace el bien sin proponérselo, ama la belleza en todas sus manifestaciones y le exige cuentas diarias al hombre que le ha tocado ser.

Empecé a leer este libro a la luz de un martini. No pude hallar mejor aliado que el agua que corta para entrar en las páginas incisivas y tersas, iluminadas y valientes de su libro. Como no había otra persona en el restaurante, pude subrayar el libro a mis anchas, echarme a gusto mis carcajadas, y dejar escapar alguna lágrima traidora provocada por el libro. Una discrepancia acerca del subtítulo: cierto que *Consideraciones sobre la música, la literatura y cuestiones afines* acota el contenido de esas notas, valga el doble sentido, que hablan de todo lo que el sabio Eusebio conoce y transmite como

el insuperable periodista cultural que ha llegado a ser, pero *El silencio me despertó* es más, mucho más de lo que el subtítulo limita.

Continué la lectura a bordo del vehículo, ya con una técnica distinta: saltar de un texto a otro, explorar los afluentes que cada título promete. Entonces constaté otra de sus características. Si bien cada fragmento tiene como base una entrega o una vivencia en una fecha determinada, su ingreso a la forma de libro no ha sido obra de la recopilación apresurada sino de una calculada estructura. Gran conocedor, escucha y crítico de notas musicales, sabe que la improvisación exige trabajo previo, disciplina tenaz, pasión sin concesiones. Cada página de *El silencio me despertó* parece que se hizo sola, y ésa es una de sus mayores virtudes. Otra de las bondades del libro es que se transforma, sin quererlo, en nuevas cartas a un joven poeta. Eusebio no aconseja sino expone lo que la vida y su enfrentamiento con la ingrata convertida en letras le ha costado. Lee libros no consagrados por el siempre veleidoso canon sino por sus pasiones de lectura. Y lo que es más difícil aún: de vida que merece ser llevada a la página. Al leer el libro me doy cuenta de mi enorme ignorancia musical pero como, gracias a Eusebio, se trata de una enfermedad curable.

El silencio me despertó es una novela, aunque no pretenda serlo. Es la bitácora de un melómano, la geografía etílica de un santo bebedor, la norma de vida de un trabajador incansable que parece no trabajar. Aquí está uno de los secretos de la escritura —no digo literatura porque a Eusebio le disgustaría—. La inevitable Wikipedia afirma sobre Eusebio Ruvalcaba, entre otros datos prescindibles, que es muy seguido por los jóvenes. Oscar Wilde decía que los viejos no saben nada y los jóvenes lo saben todo. Tenía razón. Eusebio es joven no porque persiga desesperadamente serlo sino porque es fiel al muchacho que no puede morir en él: se asombra y se desgañita como lo hacía al jugar frontón con su padre en la pared de su cuarto, ante la invencible y tórrida belleza de una mujer, ante la lección permanente de sus hijos.

No resulta una hipérbole decir que *El silencio me despertó* es la versión, en este siglo XXI y en esta capital mexicana, tan canalla como sublime, del pequeño libro rojo de Mao. El problema es que las dimensiones de este libro —tan bellamente editado por Valentín Almaraz— es su tamaño. En alguna ocasión Eusebio editó un libro de aforismos de Balzac, extraídos de sus cartas y novelas. Propongo al maestro Almaraz que publique un *Pequeño Ruvalcaba* que contenga perlas como las que enuncio:

Los escritores. Siempre díscolos. Siempre envidiosos. Siempre evasivos de compartir la belleza. Porque se asumen como depositarios de ella.

La Invencible, una cantina de San Ángel. Llevo mi cuaderno y escribo un capítulo más de mi novela. Los parroquianos no se inmutan. Soy un pobre diablo escribiendo. No podría aspirar a más.

Mis relaciones con las mujeres son como mis relaciones con las palabras... La única ventaja de las palabras es que no son rencorosas.

Para que un libro gane su derecho a ser vendido tiene que pasar más pruebas que un ron parisino.

Poe Poesía poseía.

El decadente, el más profundo e insondable decadente, es un iluminado. Despide cierta luz que ciega, cierto tufo: la gente le rehúye, sobre todo los triunfadores.

Van estas iluminaciones, entre muchas otras contenidas en un libro que ingresa, ya, a la breve lista de aquéllos dignos de ser llevados a la isla desierta. Una última confesión: no terminé de leer el libro a propósito porque uno de mis temores fue que se me acabara demasiado pronto. Dejé varios textos para acudir a ellos con la devoción con la cual se llega al último trago, con la que San Eusebio asalta su refrigerador para buscar la última torta de bacalao. Fiel al espíritu de *El silencio me despertó*, quise poner punto final a estas líneas amparado por el filo impecable de otro martini, bajo los mármoles mexicanos del Palacio de Bellas Artes. Como esa tarde cerraban a las seis, me refugié en *La Ópera* donde un fugaz hermano de barra me lanzó una frase que puede ser un buen epígrafe de este libro: “Nací para morir”.

Eusebio nos traslada de las cimas más sublimes de la música a la piquera vil donde a la luz del caballo retrocede la sombra. No la bohemia estéril y autocomplaciente: la lucidez de la herida del día o aquella joya de la que somos despojados: paraísos perdidos y epifanías fugaces emanar de cada una de estas páginas por las que agradecemos a Eusebio Ruvalcaba su existencia.

Texto leído en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 10 de abril de 2012, en la presentación de *El silencio me despertó*, de Eusebio Ruvalcaba, Almaqui Editores, México, 2011, 368 pp.

La partitura sagrada

Eusebio Ruvalcaba

Alfred Cortot tomó en sus manos la partitura de los *Preludios* de Chopin. No leía literatura, o cuando menos no en forma habitual; no leía periódicos ni revistas, excepto si lo guiaba algún acontecimiento que en forma particular lo afectaba. Pero desafiando a los parroquianos, que invariablemente se dedicaban a leer a esas horas lo que fuera, todos los días, exactamente a las 11 de la mañana, después de haber estudiado cinco horas sin interrupción, bajaba a tomarse un chocolate con su infaltable *croissant*. En aquella cafetería tenía una mesa a su disposición, justo en un rincón umbrío del establecimiento. Nadie osaba sentarse ahí a esa hora. Gracias

a las miradas reprobatorias de los meseros, se había corrido la voz de que esa mesa la ocupaba Alfred Cortot, el más grande pianista francés. Que ése era el epíteto por el cual se le conocía; el otro, acaso iba más lejos. Cuando se le mencionaba, había que ser precisos y apuntar que Alfred Cortot era el más grande intérprete de Chopin —con lo que no habría de agregarse una coma más—. Para un buen francés, todo estaba dicho.

Pero esa mañana, un terrible desasosiego crecía en el alma de Cortot. Mientras tocaba el *Preludio número 4 en mi menor*, se preguntaba por qué Chopin no había intitulado estos poemas musicales, que eso eran para él:



Alfred Cortot



Frédéric Chopin



Franz Liszt

ideas sonoras ricas en sabiduría y poesía. Por qué no les había puesto un nombre, si, según él, lo pedían a gritos. En realidad, la inquietud lo había sobrepasado desde sus años mozos, pero, a sus sesenta, lo avasallaba. Conocía cada detalle de los *Preludios*. También de los *Nocturnos*, de los *Estudios*, de los *Valses*, de las *Sonatas*. Y desde luego no se había limitado nada más al genio polaco, también compositores como Beethoven y Schumann, o bien Liszt y Debussy figuraban entre sus predilectos; pero era Chopin con quien se sentía cabalmente a sus anchas. Como pez en el agua. Más que eso: todo Chopin era la sangre que bullía en su interior. Pero en particular los *Preludios* lo atraían con fuerza inaudita. Inextinguible. Era como si el apellido Chopin hubiese figurado entre sus ancestros. Aquella mañana se había dicho que a lo mejor él, Alfred Cortot, había venido al mundo a algo más que tocar el piano, algo más que interpretar con maestría impar a los grandes del teclado. Se dijo que acaso su existencia tenía otro cometido: nombrar los *Preludios* de Chopin. Que si nadie lo había hecho, finalmente el momento había llegado.

Revisó su partitura. Pasó las páginas con inusitado y creciente interés. Como si nunca antes lo hubiera hecho —precepto que inculcaba en sus alumnos—: cuando toquen música de algún grande, háganse a la idea de que es la primera vez que la oyen; su interpretación ganará en frescura. Allí estaba la música sublime, en su más recóndito resplandor. Delante de él. Y aunque todas las mañanas repetía la operación, aunque todas las mañanas bajaba al café con la partitura bajo el brazo, se sentaba a la mesa y ordenaba su chocolate, aunque todas

las mañanas hacía lo mismo, él sabía que la música no se hallaba en las partituras, sino en la intimidad misma de los hombres. Que aun antes de poner las manos en el teclado, la música reverberaba en su interior, en el interior de él, de Alfred Cortot. Tal como había acontecido con los maestros sempiternos, con los grandes intérpretes, pero en general con todos los que amaban la música. Que el arte del sonido era una entidad que se respiraba en el oxígeno, que se distinguía en la claridad meridional, que se palpaba en la materia de la que estaba hecha el agua. Que tornaba tangible al dolor.

La concentración no le permitía distraerse. Qué hermoso era navegar por la superficie de estos pensamientos. Sonrió.

De pronto, como una estrella matutina proveniente del cielo mismo, entró un niño andrajoso. Su aspecto de limosnero hacía un marcado contraste con la limpieza de los uniformes de los meseros, e incluso de la mantelería, todo de un blanco impoluto. El mesero estaba a punto de sacarlo, pero Cortot lo detuvo. Llamó al chico, sumergió una punta de su *croissant* en el chocolate, extrajo una moneda de su bolsillo, y depositó aquel tesoro en la mano infantil.

Cuando el pequeño hubo salido, Alfred Cortot escribió en la partitura, a un lado precisamente del *Preludio número 4 en mi menor*, esgrimió tres palabras, sólo tres: *Sobre una tumba*. Cómo no se le había ocurrido, reflexionó. La solución era tan sencilla. Allí estaba lo que andaba buscando, en la fuente de la vida. Sobrevino entonces una sucesión de títulos. Uno para cada *Preludio*. Que los fue anotando como si alguien se los dictara. Veinticuatro en total. **u**

La ciencia en México

Una realidad y una promesa

José Franco

En este texto, leído durante la ceremonia realizada el 17 de mayo de 2012, en la que el autor tomó posesión como nuevo presidente de la Academia Mexicana de Ciencias, el doctor José Franco puntualiza las tareas de la ciencia en México y destaca las esperanzas y las carencias sobre un tema urgente para el desarrollo de nuestro país.

La ciencia y la tecnología en México son simultáneamente una realidad y una promesa. Realidad porque gracias al esfuerzo de varias generaciones de académicos talentosos, hoy contamos con investigadores en todos los campos del conocimiento, cuya calidad es comparable con la de los países avanzados. La labor realizada durante varias décadas por estos especialistas ha brindado grandes beneficios a nuestro país, dotándolo de una infraestructura sólida para hacer ciencia y desarrollar tecnología.

La ciencia en México cumple funciones sociales en muchas áreas. En primer lugar, y de manera muy relevante, en la creación de nuevos conocimientos, los cuales, por un lado, nutren el acervo de saberes de la humanidad, pero por otro, se ha convertido en uno de los más importantes motores de la actividad económica. La cadena ciencia-innovación-empresa es un estímulo constante para el desarrollo de nuevas industrias y de riqueza a nivel global y, aun cuando todavía es incipiente en nuestro país, tenemos una base firme para avanzar en ella. Igualmente relevante es el papel de la ciencia en la educación, ya que genera los fundamentos transmitidos desde la formación primaria y dota de planes de estudio a los niveles profesionales y de posgrado,

de donde surgen los especialistas con los que contamos. También juega un papel de primer orden en la cultura nacional, como lo ejemplifica el conocimiento de nuestro pasado que ha sido develado por nuestros científicos sociales y humanistas. Es una “ventana” a través de la cual nuestro país conoce y participa, en tiempo real, de los avances del conocimiento en cualquier parte del mundo, lo que nos permite vislumbrar nuevos escenarios y aportar conocimientos para que la sociedad pueda tomar decisiones basadas en elementos objetivos y racionales.

Los beneficios de nuestro trabajo cubren aspectos fundamentales para el funcionamiento de la nación como en la salud, la alimentación, la energía, el agua y las grandes obras de ingeniería, así como en la comprensión de los procesos sociales y la historia de nuestras comunidades. De nuestro país han surgido, además, importantes contribuciones al bienestar de la humanidad. En México, para poner un solo ejemplo, se sintetizó la primera molécula empleada en la anticoncepción oral.

Todo esto ha sido y es el resultado de una labor silenciosa, poco conocida y menos aún reconocida. Pero si bien la ciencia en México y la calidad de sus contribuciones son una realidad, al mismo tiempo siguen siendo una promesa. Pese a los esfuerzos de muchas gene-

raciones, los grupos de investigación nacionales se mueven con grandes limitaciones materiales en casi todos los frentes. Una pregunta que surge a menudo es ¿para qué le sirve la ciencia a México? La interrogante ha sido formulada y contestada muchas veces pero, considerando el presupuesto tan modesto que sigue asignándose a la ciencia y la tecnología, pareciera que los tomadores de decisión en nuestro país aún no asimilan su importancia.

El número de investigadores en México es definitivamente insuficiente y por lo mismo sus capacidades se ven muy limitadas. Comparados con el resto de los países con economías similares a la nuestra, las comunidades científicas y tecnológicas en México llegan a ser menores por factores entre cinco y diez, lo cual restringe nuestra competitividad en todos los frentes. Para ilustrar este punto, basta decir que México cuenta con aproximadamente trescientos investigadores por millón de habitantes y Turquía tiene cerca de quinientos, casi el doble.

La vinculación academia-industria es muy pobre y avanza muy lentamente, a pesar de los recursos que se han destinado al desarrollo de la innovación en las empresas durante la última década. Si bien México está ubicado entre las catorce principales economías del mundo, las escasas empresas nacionales que fomentan decididamente la innovación se mueven con recursos marginales. Además, en los campos del desarrollo científico e industrial nos encontramos completamente rebasados por países emergentes como Brasil, Corea del

Sur, China e India. Tenemos una balanza de pagos tecnológicos con el extranjero muy desproporcionada, de casi veinte a uno, y seguimos ocupando lugares muy rezagados en inversión pública y privada, en formación de cuadros especializados y en competitividad y patentes. Definitivamente hace falta una industria nacional que se vincule al sector académico, que sea fuerte y tenga visión de futuro.

El gran potencial del conocimiento no está siendo aprovechado en nuestro país. La información generada por las redes de especialistas y los avisos sobre oportunidades y riesgos que aparecen en el mundo no son atendidos. La sociedad se entera muy poco de los logros alcanzados por los científicos. Sus servicios no son requeridos por los tomadores de decisiones, ni respaldados con recursos y mucho menos empleados para la elaboración de políticas públicas.

Todo lo anterior se traduce en una muy pobre contribución del conocimiento al desarrollo nacional, que desafortunadamente tiene muy altos costos para el país. Dentro de esta dualidad de realidades y promesas, deben quedar claras tres cosas:

1. La triada ciencia-tecnología-innovación es una palanca de desarrollo.
2. México cuenta con una base sólida para impulsarla.
3. Hace falta crear políticas de vinculación con las empresas interesadas en el desarrollo del país.



Alfredo Dugès, *Pachylis*



Alfredo Dugès, *Ophibolus doliatius*



José María Velasco, colibríes



EL PAPEL DE LA ACADEMIA MEXICANA DE CIENCIAS

Es fundamental obtener el reconocimiento social para las ciencias y las humanidades y estamos convencidos de que organismos como la Academia Mexicana de Ciencias deben jugar un papel activo y propositivo para representar a la comunidad científica ante la sociedad y el Estado. La Academia debe ser una instancia de diálogo, de mirada a largo plazo y de búsqueda de acuerdos entre la comunidad académica, la sociedad y los Poderes de la Unión.

Para ello, deben actualizarse y fortalecerse la enseñanza y la divulgación de las ciencias, para mejorar el aprovechamiento social del conocimiento. En particular, se debe estimular la formación de nuevas generaciones de científicos y abrir las puertas para su incorporación a las instituciones de investigación y a la industria.

También, se deben utilizar eficientemente las capacidades instaladas, para atender los retos y los problemas nacionales. Debe estimularse el trabajo interdisciplinario para que, en un futuro cercano, México atienda problemas regionales y nacionales de manera rutinaria, con iniciativas guiadas por los resultados de investigaciones multidisciplinarias.

Debe colaborarse en el diseño de estrategias y políticas públicas, que acerquen la investigación científica con el sector productivo, impulsando su participación en el financiamiento de la investigación y el desarrollo.

Además hay que estimular la colaboración con el gobierno federal y los gobiernos estatales para continuar con la descentralización de las capacidades científicas y tecnológicas, fortaleciéndola y ampliándola en las diversas entidades del país. Por esta razón, se debe fomentar la creación de más centros de investigación de excelencia, con la participación de las universidades públicas y los Centros Conacyt de cada región.

Es necesario actualizar la normatividad en ciencia y tecnología, tanto para el Sistema Nacional de Investigadores, como para los centros públicos de investigación, con el fin de propiciar la transferencia de conocimiento, estimulando el despliegue de las actividades en innovación.

También es de gran importancia promover y apoyar decididamente todas las acciones orientadas a garantizar la equidad de género en todas las instituciones de educación superior e investigación del país.

En el plano internacional, es necesario fortalecer las relaciones con las academias de ciencias de otros países y con los organismos internacionales dedicados al fomento de las ciencias, la educación y la cultura.

Como ya se ha repetido en prácticamente todos los foros, debe seguirse insistiendo en la urgencia de incrementar el financiamiento público y privado para investigación, y exigir el cumplimiento de lo que marca la ley, que establece destinar el uno por ciento del producto interno bruto a la ciencia, la tecnología y la innovación.



Alfredo Dugès, *Sceloporus intermedius* y Manuel Villada, *Diadophis punctatus*



Francisco Cordero y Hoyos, *Tepechichi* de Cofre de Perote

REFLEXIONES FINALES

Sabemos que México tiene grandes deficiencias en muchas áreas y se encuentra en condiciones muy difíciles para competir en esta nueva era. Nuestra comunidad debe entonces asumir un papel bien definido: debemos colocar a la ciencia y la tecnología como valores sociales y económicos y tener repercusión en los sectores que toman las decisiones. Las comunidades científicas y humanísticas deben participar en las decisiones que encaminen a nuestro país hacia un desarrollo integral basado en el conocimiento, que genere empleos bien remunerados y que permitan la equidad social y la sustentabilidad.

Lo anterior requiere del consenso de todas las instancias dedicadas a la ciencia. Debemos sumar esfuerzos para adquirir una posición estratégica en la agenda pública nacional. Por ello la Academia Mexicana de Ciencias mantendrá vínculos estrechos con la Secretaría de Educación Pública —y de ser el caso, con una nueva Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación—, con el Conacyt, las universidades públicas y privadas, las academias de Medicina e Ingeniería, El Colegio Nacional, el Consejo Consultivo de Ciencias, el Foro Consultivo de Ciencia y Tecnología, y con todas las instituciones académicas y profesionales que promueven la ciencia y la tecnología. En particular, invito a toda la co-

munidad científica a dar su apoyo a estas iniciativas y a continuar insistiendo en que se debe elevar el rango de nuestras responsabilidades en la administración pública, asumiéndose el carácter estratégico de las ciencias, las humanidades y la tecnología.

Las posibilidades de dar el salto hacia adelante, dependen de nuestro esfuerzo cotidiano, así como de decisiones que se tomen fuera del ámbito científico. Es importante señalar que la Academia Mexicana de Ciencias, como un organismo independiente, actuará ante las nuevas autoridades para convencer y buscar con firmeza, que se garantice el progreso del país con el concurso de la ciencia, independientemente de cuál sea la representación ganadora en ese proceso.

Este siglo está marcado por grandes desafíos y transformaciones en cuyo centro se encuentra el manejo de la información. Como nación, nos encontramos en un punto decisivo en el que estamos obligados a actuar con responsabilidad ante los retos que enfrentamos y aprovechar las oportunidades que nos brinda el conocimiento. Debemos abandonar la era de las “décadas perdidas” y entrar en la etapa de la recuperación de un futuro con esperanza. **U**

Texto leído durante la ceremonia realizada el 17 de mayo de 2012, en la que el autor (director general de Divulgación de la Ciencia de la UNAM) tomó posesión como nuevo presidente de la Academia Mexicana de Ciencias.

La muerte en la paz y en la guerra

Carlos Martínez Assad

La literatura del mundo musulmán es una de las más poderosas del orbe. Carlos Martínez Assad —recientemente nombrado Investigador Emérito— comenta las obras de Tahar Ben Jelloun y Atiq Rahimi para ofrecernos un panorama de la expresión desde Marruecos hasta Afganistán.

¿Será porque la muerte ronda en los países árabe-musulmanes que sus escritores la frecuentan? ¿Será que las cicatrices de guerras y conflictos permanecen abiertas lo que les hace sentirse tan cerca de la muerte? ¿Será el sentimiento de que no hay salida lo que les hace tratar el tema?

Entre el *Mashrek*, por donde sale el sol, y el *Magreb*, por donde se oculta, entre el llamado Medio Oriente y el Norte de África, los escritores de hoy hablan de la muerte aunque el idioma materno sea el árabe, el farsi o cualquier otro, su cultura sea musulmana o cristiana. Contraria a la visión exuberante, artística y sensual de los orientalistas del pasado, lo imaginario fue desplazado por el realismo escalofriante de las experiencias vividas en ese espacio incomprensible para Occidente, a menos que se trate de hacerlo coincidir con sus estrategias económicas.

Si el libanés Gibran Kahlil Gibran decidió emplear el inglés para escribir *El profeta*, los escritores de ahora también buscan las lenguas que hablan los más de cuatrocientos millones de personas que se expresan en árabe. Tanto por sus vínculos personales como por la lengua colonial, según el país, han elegido para

comunicarse otros idiomas, entre ellos el francés es usado con frecuencia. En el norte de África la presencia francesa se mantuvo de 1830 a 1962 y en Siria y Líbano el protectorado francés dominó entre 1919 y 1943. La francofonía se reforzó por la situación colonial aunque se inició desde que Luis Rey de Francia encabezó la Cruzada en defensa de la cristiandad en Medio Oriente.

Han destacado el muy conocido Tahar Ben Jelloun y el más joven Atiq Rahimi. Uno marroquí, el otro afgano. Ambos Premio Goncourt, el primero en 1987 y el segundo en 2008. Periodo en el que otros vecinos que escriben en esa lengua han destacado igualmente como es el autor libanés Amin Maalouf en 1993.

La muerte en dos de sus muchas formas es tomada por dos autores contemporáneos casi al mismo tiempo. El relato de Tahar Ben Jelloun, *Mi madre* (El Aleph editores, Barcelona, 2009), conmueve porque dialoga con ternura con quien le dio la vida pues su madre, aquejada de Alzheimer, pierde irremediabilmente la memoria y muere poco a poco cada día. Atiq Rahimi, en su novela *La piedra de la paciencia* (Ediciones Siruela, Madrid, 2009), nos muestra cómo el esposo inmóvil

en coma es tratado con la rabia que produce el resentimiento, y cómo se llega a asumir formas despiadadas por la esposa humillada.

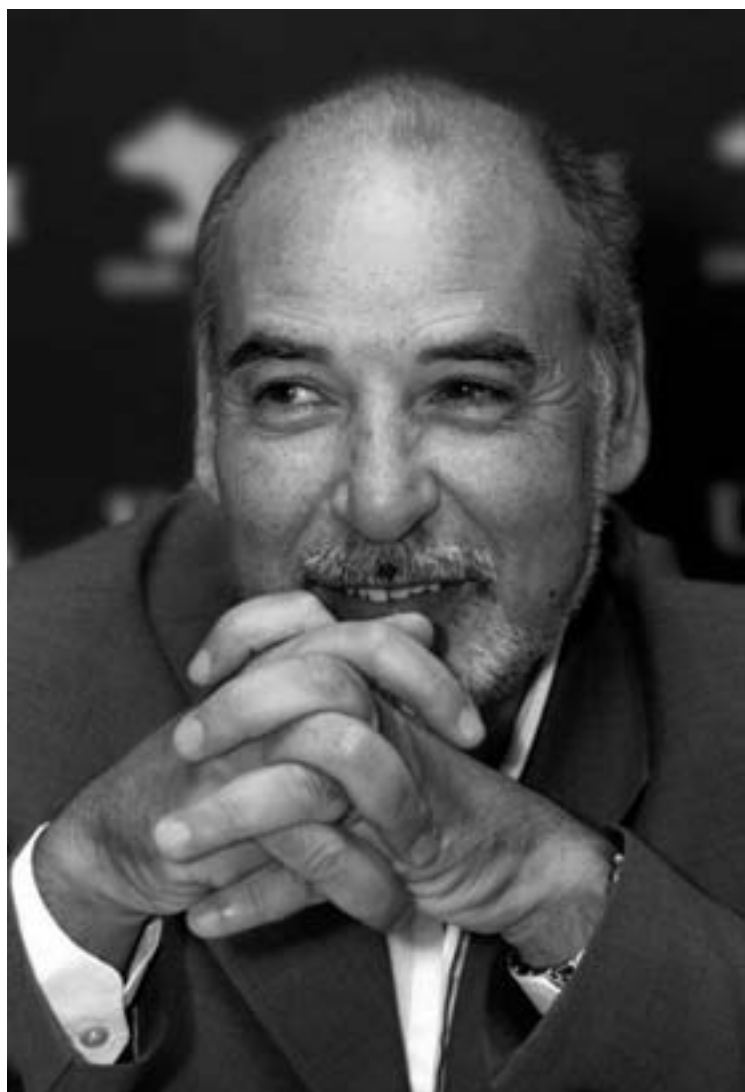
Las tramas acontecen en Marruecos cuando la guerra ha pasado y en Afganistán se vive todavía. Ambos autores recurren al encierro de una habitación; ambos, a los sentimientos que despierta la relación con un ser querido, que permanecen respecto a la madre, pero no con el marido. Los dos escritores recurren a un diálogo para conocer los pensamientos y escucharse casi en forma exclusiva a sí mismos.

La madre en el relato de Ben Jelloun cambia de habitación y debido al mal que le aqueja cree que ha mudado de país. El marido, en la novela de Rahimi, permanece inmóvil por la bala que en un combate le atravesó la cabeza y confinado sobre el kilim en el que la esposa le acuesta, le cambia de posición, le sienta colocándole la cabeza sobre almohadones. La madre de Ben Jelloun vive ajena al tiempo, “se ha desprendido del presente, ya no le preocupa”. Eso sí, invoca los pasajes de la infancia, los amigos de otro tiempo y es capaz de dialogar con los muertos, con un pasado que el lector puede conocer porque el escritor aparece como novelista para intercalar pasajes para explicar quién y cómo era ella, cómo

cuando joven conoció a su primer marido y luego, a su padre, cuando se divertía en las reuniones familiares, y tuvo a sus hijos. Como sucede con los seres queridos que llegan a la vejez, hay que hacerse cargo de los cuidados y lidiar con los problemas más cotidianos como el de la incontinencia.

El marido como personaje de Rahimi está siempre presente, debe ser aseado constantemente, la mujer le lava las sábanas, le limpia la herida en la cabeza que no deja de supurar, le seca las lágrimas que aparecen en sus ojos sin brillo. Le coloca la botella con agua azucarada y con un poco de sal administrada con una sonda para suplir la imposibilidad de administrarle suero. Es que “es tan duro ser hombre como ser mujer”, dice el novelista que hace escuchar al marido tendido, casi inerte porque en ocasiones cierra los ojos, todas las revelaciones de la esposa, los secretos más íntimos que ha debido guardar y ahora como nicho de la venganza quiere contarle, hacerle sufrir aunque ya no sea posible debido a la inconsciencia del ser que yace en el piso apenas cubierto por una manta.

A la madre, también postrada, le gusta cambiar de ropa, pensar que lleva encima el caftán blanco con el que iba al mar en Tánger, evocar los buenos momentos



Tahar Ben Jelloun





Daniela Schmidt en la puesta en escena de *La piedra de la paciencia* de Atiq Rahimi

La piedra de la paciencia (*Sangue sabur*)

ATIQ RAHIMI



ayudada por el hijo que le hace decir: “Recuérdame qué te estaba contando, las cosas recientes se me olvidan pero recuerdo las antiguas, qué curioso, los viejos recuerdos son fieles, no nos abandonan, mientras que los de esta mañana ya los he perdido, no sé qué he hecho con ellos, quizás se cayeron al suelo, como mis gafas”.

El marido, por el contrario, no habla, es imposible que recuerde nada, entonces es ella quien tiene la voz, le cuenta lo que ha hecho, los sucesos recientes, antes de que aflore la rabia por eventos del pasado y del presente: “El mulá no vendrá hoy”, dice con cierto alivio. “Tiene miedo de las balas perdidas. Es tan cobarde como tus hermanos”. Se levanta y da algunos pasos. “¡Los hombres sois todos unos cobardes!”. La guerra está allí, en las calles, el marido muerto cerebral la ha introducido en casa como combatiente que fue. Él ha descuidado a su familia, a su mujer a quien conoció carnalmente sólo después de tres años de matrimonio, a sus hijas con quienes no convivía porque debía estar en las acciones como mujaidin (guerrero talibán). El distanciamiento se ensanchó entre el marido y la esposa, quienes se convierten en unos desconocidos; es hasta que está postrado inconsciente en su lecho cuando ella decide atreverse a besarlo por primera vez, más por contrariarlo que por amor. Sin saber si él no lo hacía para no confe-

sar que no sabía hacerlo como los galanes de las películas de la India.

La cultura ajena aparece igualmente reflejada en la madre cuando, para justificar que no sabe leer, se ufana en decir que no tiene sentido aprender si nadie logra entender el árabe que hablan los culebrones que los cristianos transmiten por la televisión.

En *Mi madre*, de Ben Jelloun, es la ternura la que sostiene la relación de ella enferma con el hijo, quien promete mantenerse aún después de la muerte:

Cuando me muera, yo también volveré, ten cuidado, deja siempre una abertura en la casa, no debes cerrar todo, aunque da igual, el alma atraviesa las paredes y los bosques, va haciendo su camino hasta llegar a nosotros mientras dormimos, se introduce en nuestros sueños y los hace más reales, más intensos.

Hay sufrimiento pero también hay esperanza, aun cuando el hijo deba soportar ser confundido con el hermano mayor de la madre.

Y en medio de los recuerdos la madre también reclama a su marido, acercándose en intención a la mujer de Rahimi: “Yo era tu esposa y también tu criada. Te gustaba que te sirvieran y yo te besaba la mano de-



Atiq Rahimi

recha como solía hacer con mi padre”. El beso, ese vínculo de lo amoroso, es vivido por las mujeres de las dos novelas como un derecho masculino, que no se atrevió a ejercer el marido moribundo por no confesar su inexperiencia y que en la actitud de la madre expresa la fuerza de la cultura patriarcal en el mundo musulmán. No en vano los padres de las mujeres de las dos novelas son autoritarios y poco dados a las expresiones de afecto con las hijas. Ben Jelloun recuerda que con la muerte del marido pareció que a su madre le hubiera llegado el reposo, algo así como unas vacaciones. “¡Ella esperaba ese momento, diciendo que Dios me dé aunque sólo sea un día para vivirlo plenamente sin este hombre!”.

El autor puede ver a la madre “hermosa y joven en la azotea soleada de la primera casa en la que vivimos en Tánger, frente al mar”. Atiq Rahimi, en *La piedra de la paciencia*, hace que la esposa vea con horror los ojos extraviados del hombre que yace detrás de una cortina deshinchada en su cuarto.

Lo religioso se invoca de diferente manera, adquiere un sentido multicultural en Ben Jelloun al recordar que su padre decía cuando alguien le agradaba: “...este judío merece ser musulmán”, o “¡este cristiano es de los nuestros por lo bondadoso que es!”. Es cerrado y exclusivamente islámico el pensamiento de la mujer de Rihani cuando se vincula con el mulá y con el mundo exterior. Para defenderse de los mujaidin que atacan su casa, sólo debe hacerse pasar por una prostituta para que ellos

huyan gritando que es Satán y no una mujer. De no recurrir a esa argucia la hubieran violado.

La madre se preocupa por sus deberes religiosos: “¿He rezado la oración de la puesta del sol o todavía no?”, pero el azalá (el rezo) no sirve sin las abluciones aunque ella alegue que está limpia porque acaba de llegar de hamam (el baño ritual), imposible en su situación.

La relación con Dios es diferente en las dos mujeres; es de mayor cercanía y confianza en la madre cuando le dice al hijo: “...no temas, estás entre las manos de Dios, bajo la mirada de Dios”, e incluso afirma que son sus pensamientos “los que van de mi corazón a Dios el Altísimo”. En cambio, la mujer que cuida al marido trata a Dios con desconfianza, le teme cuando escucha el grito del mulá convocando a los fieles a postrarse ante Él a la hora del crepúsculo y se incorpora bruscamente: “¡Que Dios me corte la lengua!”. Sin embargo, recita el *Corán* y le pide a Alá que proteja a su hijas mientras hace pasar las noventa y nueve cuentas de su rosario recitando siempre el último nombre de Alá, el de Al-Qahhar (el Dominador), como metáfora de lo que ha sido su vida respecto al poder masculino.

La madre no sufre, está ausente. “¡Que Dios te dé salud y te guarde para nosotros, eterna, presente y feliz con nuestro amor!”.

El hombre, que parecía no sufrir, ha escuchado todos los reclamos de la esposa. La toma de los cabellos para golpearla contra el muro y a ella se le escucha decir: “Por fin he sido liberada de mis sufrimientos...”. **u**

Cincuenta años del CUT

Elena Méndez

En la presente entrevista, Mario Espinosa habla acerca del significado de que una institución como el Centro Universitario de Teatro cumpla medio siglo, al tiempo que comenta las actividades que se realizaron para este magno acontecimiento.

Dentro del teatro mexicano, una de las instituciones más sólidas y prestigiadas es el Centro Universitario de Teatro (CUT) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). El CUT fue fundado el 18 de junio de 1962 y tiene como gloriosos antecedentes los movimientos teatrales universitarios Teatro en Coapa, surgido en 1955 dentro de la Preparatoria 5 y liderado por Héctor Azar; y Poesía en Voz Alta, establecido en la Casa del Lago, cuyo Teatro del Caballito contó con importantes miembros, como Juan José Arreola, Octavio Paz, Elena Garro, Leonora Carrington y el recientemente desaparecido Carlos Fuentes, entre otros.

En 1973, ya constituido formalmente como escuela gracias a Héctor Mendoza, ésta “se volvió modélica para todas las de teatro en el país”, a decir de Mario Espinosa, director de la misma desde 2008.

Espinosa, egresado del CUT, es un reconocido director de teatro y promotor cultural. Ha sido becario en diversas instituciones de Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. Forma parte del Sistema Nacional de Creadores del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta).

Para festejar el quincuagésimo aniversario del CUT, se han programado interesantes actividades, entre ellas la puesta en escena de Maracanazo, una “sambatragedia musical”, basada en el infausto gol que no pudo

bloquear Moacir Barbosa, el primer portero negro de la selección brasileña, durante el mundial en su país, hace ya sesenta y dos años.

Espinosa comenta, en la presente entrevista, en qué consistirán los llamativos festejos y las mejorías para la institución.

¿Qué implica dentro del contexto cultural de nuestro país el hecho de que el Centro Universitario de Teatro haya llegado a su quincuagésimo aniversario?

Implica varias cosas: que un proyecto académico ha sido muy eficaz y que ha rendido resultados tanto para la Universidad como para el teatro mexicano. La segunda es un recordatorio de que, como institución producto de la creación humana, debemos estar atentos para que continuemos siendo vigentes y eficaces para las tareas que nos han encomendado.

¿Podría compartir las actividades que se han programado para celebrar dicho acontecimiento?

Por un lado, hicimos una producción especial, *Maracanazo*, una coproducción que se hizo con el Festival de México, con la colaboración muy importante de la Dirección de Teatro y con nuestros propios recursos. Se preparó desde el año pasado, se invitó a un autor, el dramaturgo y guionista cinematográfico Ernesto Ana-

ya y a una compositora, Gabriela Ortiz. Ella es maestra de la Escuela Nacional de Música.

Se programó también un encuentro de alumnos y ex alumnos en la Casa del Lago, precisamente para el 18 de junio.

Dimos un curso de Puesta en Escena, con Rubén Szuchmacher en febrero, junto con la Escuela Nacional de Teatro (ENAT). De ahí, vamos a sacar un libro, llamado *Puesta en escena*.

En el patio central acondicionamos una velaria para el techo, con la que se protege a los chicos de la lluvia y del sol. También un piso de madera, para aprovechar bien el espacio. Ahí se hace ejercicio, entrenamiento, combate escénico.

Respecto a Maracanazo: ¿Cómo surge la idea de relacionar la mitología griega con la desgracia que origina para el fútbol brasileño el gol en contra suya?

Cuando invitamos a un escritor, uno de los problemas más grandes es escribir para un grupo específico de chicos, que normalmente son entre diez y quince. Entonces hay que compaginar su inquietud creativa con la

de dicho grupo, que en esta generación es de quince alumnos. Siempre es un desafío grande para un dramaturgo.

La historia tiene que ver con las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, cuando muchos alemanes e italianos huyen de Europa y se refugian en América Latina, pero en la ficción son los dioses griegos que por las guerras del Peloponeso abandonan Europa y se vienen a Brasil. Y ahí quieren reproducir todo lo que tenían. Entonces Dioniso, que se consigue a una novia brasileña, la diosa Yemayá, quiere hacer una dionisiaca. Y allá las dionisiacas son los carnavales. Quiere hacer el carnaval más grande que se haya visto en Brasil a partir de que éste será anfitrión del Mundial. Por otro lado, tenemos a Artemisa, la diosa virginal, que está enamorada de Orión, que viene para dejar de ser virgen y dedicarse al amor con él pero él muere, picado por un escorpión. Ella llora a su amado. Orión muere por retar a la diosa Tierra, por decirse el hombre más fuerte y el cazador más diestro. Y ella le pone el alacrán. Y él dice: “¡Ja!”. Y lo pisa. Y así muere. Y cuando lo está velando llorosa Artemisa, Dioniso pasa con su sirena, borracho, y se burla. Y ella se ofende y prepara su lección: que un animal pequeño venza a un animal grande; por eso Uruguay vence a Brasil. Como en la *Iliada*...

Con la gran tragedia del pleito de los dioses, los mortales son los que la pagan...

La obra trata del sacrificio del chivo expiatorio, el portero Moacir Barbosa, que murió en la desgracia en 2000.

El portero es sacrificado dos veces: una en 1950, cuando le meten el gol y se vuelve un hombre infeliz, y la otra en 1993. En ese año, previo al Mundial de Estados Unidos, Brasil se estaba preparando. Fue a entrevistarlo un inglés, Mike Stephens, y quiso llevarlo al campo de entrenamiento de la selección. Él no quería, pero como acaba de enterarse de que su mujer tiene cáncer, acepta por dinero, para pagarle el hospital. Entonces se trataba de reunir al portero de 1950 con el de 1993, Cláudio Taffarel. Se lo llevan a él al campo y no lo dejan entrar, porque les iba a dar mala suerte.

Deploró Barbosa: “En Brasil el peor crimen es castigado con treinta años de cárcel, pero a mí no me han perdonado después de cuarenta y tres”.

Yo uso un término de Hugo Hiriart: la “banalidad significativa”. ¿A quién le importa un gol? Pero el mundo está hecho de tal manera que un gol es la condena de muerte de alguien. En 1994, mataron al defensa colombiano Andrés Escobar por haber metido un autogol.

La sociedad convierte a un gol en un acto de vida o muerte, por otras razones...

¿Qué proyectos hay a corto y mediano plazo para impulsar todavía más a esta institución?

Estamos ahora en plena reforma académica enfocada a la revisión del plan de estudios, pero también a re-

© José Jorge Carreón



Mario Espinosa



© José Jorge Carrión

Puesta en escena de *Maracanazo*

gularizar algo que no se ha hecho en todo este tiempo: crear la licenciatura. Eso es grave, porque siendo una de las escuelas de teatro más importantes del país, no tenemos ese grado. Estamos igual que el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC).

Ya que resolvamos eso, sería preparar estudios de posgrado.

En agosto tendremos un muy importante curso especializado de Formación de Formadores, junto con una asociación de investigación alemana, el Akt-Zent. El cupo será restringido a veinte alumnos, que son activos jóvenes de la planta docente.

Esto surgió porque concursamos y ganamos unos fondos europeos el año pasado. Pero hay patrocinio, claro, de la Universidad, del Conaculta y vamos a coordinarnos con otras escuelas.

Los maestros son internacionales, el principal es Jurich Alschitz, que es ruso.

Según usted, ¿qué haría falta para promover la cultura del teatro en México?

Dos cosas muy importantes se pueden hacer: una tiene que ver con la gente de teatro y la otra no. La primera, relacionada también con las políticas culturales, es la necesidad de estimular proyectos autónomos y que tengan interés en dirigirse a zonas donde no hay nada de contacto con la cultura y el arte, como en Izta-palapa, que a pesar de sus tres millones y medio de habitantes presenta esta carencia.

Otra cosa sería que el hecho artístico, y específicamente el teatral, debería formar parte de la educación de la población, tanto a nivel escolar como en otras

áreas de la vida. No sólo que lleven Historia del Arte o vayan a una obra de teatro. Los ciudadanos hemos sido expropiados de la facultad de hacer para ser sólo consumidores.

Yo creo que mientras la gente esté tan alejada y la veamos nada más como consumidora va a ser un problema, porque el arte debe estar en las manos de todos. Las artes deben ser parte de nuestra vida.

Desde su perspectiva, ¿cómo concibe esta generación recién graduada al oficio teatral?

Deben de estar asustados de salir al mundo real... Por otro lado, yo los veo con mucha iniciativa, con muchos proyectos y mucho entusiasmo. Y creo que van con capacidades de las que ellos no se dan cuenta todavía que tienen, porque van a ser exigidos en distintos proyectos.

El teatro es un medio difícil y no saben cuáles son los mecanismos... Tienen una noción más teórica o anecdótica.

Nuestras generaciones —tengo que decirlo—, en su gran mayoría, siguen activas en el teatro y en el mundo de la actuación.

¿Qué le aconsejaría a los jóvenes que planean ejercer su vocación teatral?

Que esto sólo se hace con pasión y con trabajo. Si no hay pasión, no hay trabajo, ni estrategias claras; es muy difícil salir adelante. Alguien que no se muera de ganas de estar en el teatro, que ni lo intente; para qué, hay cosas más fáciles. Y alguien que piense que es sencillo, se equivoca. Pero es un mundo apasionante. **u**

Gerald Edelman

Novela del cerebro

José Gordon

La frontera entre el cerebro y el mundo físico es uno de los grandes enigmas de la ciencia. El doctor Gerald Edelman ha dedicado buena parte de su trabajo a estudiar las redes neuronales. El escritor José Gordon conversa con el Premio Nobel acerca de las relaciones entre el conocimiento, la imaginación y el lenguaje.

Gerald Edelman, Premio Nobel de Fisiología y Medicina, no suele dar entrevistas. Sin embargo, después de una larga jornada del simposio *Control motor y cognición. Propiedades emergentes de redes neuronales*, en el que participó en el Colegio Nacional, Pablo Rudomin y Ranulfo Romo —los coordinadores del encuentro— le solicitaron que conversara conmigo para el programa La Oveja Eléctrica que conduzco en Canal 22. Edelman está cansado, tiene más de ochenta años, pero su mirada mantiene la curiosidad. Mientras se instalan las cámaras de televisión me dice: “Antes de empezar quiero saber de ti”. Le respondo que soy novelista. Se le dibuja una amplia sonrisa. La relación entre lenguaje y cerebro captura su inteligencia e imaginación. Le hablo de las referencias que hizo a su trabajo Octavio Paz en el libro *La llama doble*. Me dice que para él fue un privilegio haber estado en comunicación con un gran poeta que entendió hermosa y profundamente lo que él plantea sobre el cerebro. Las cámaras ya están grabando. La conversación continúa de manera natural:

Hablando de poesía, en uno de sus libros, Un universo de conciencia: cómo la materia se convierte en imaginación, incluye una bella cita de Emily Dickinson: “El cerebro

es más grande que el cielo. Si los pones uno junto a otro, el primero contiene al segundo y sin dificultad te incluye a ti también”. ¿Podría comentar cómo se relaciona esto con su visión y conocimiento del cerebro?

Muchos colegas dirían que incursiono más en el campo de la novela que en el de la ciencia. Pero trabajo con ese fin porque creo que ocurre algo especial con el lenguaje. Ya hablaremos de ello. Emily Dickinson fue una figura extraordinaria. Ese poema fue escrito en 1862 y nunca menciona el alma o la mente, menciona el cerebro aun antes de que existiera la ciencia moderna del cerebro, lo que es increíble, pero también muy bello. El poema termina con una interrogación sobre el lenguaje. El lenguaje no es absolutamente preciso. Algunos dicen que eso es malo, pero yo creo que ahí es donde está el poder de la poesía: hacer conexiones y alusiones a pesar de que algunas sean ambiguas. Usted es novelista, quizá tenga algo que decir al respecto.

La paradoja me parece clave en la literatura y en la poesía. Me llaman mucho la atención las palabras de este poema de Dickinson que dicen: “Y sin dificultad te incluye a ti también”. Eso es muy interesante en relación a la investigación del cerebro.

Desde luego. ¿Cuáles son los orígenes de la noción del ser? Tengo colegas científicos, a los que no conozco bien, pero sí lo suficiente; por ejemplo, Steven Weinberg, un gran físico, que a partir de sus estudios por los que ganó un Premio Nobel —sobre el modelo estándar y la cromodinámica cuántica— dice: “Todo mi trabajo indica que el universo carece de sentido y debo reflejar mi teoría en términos de las cuatro fuerzas fundamentales de la naturaleza”.

No coincido con él. Aunque admiro su cerebro, tengo esto que decir: en esta parte del universo llamada Tierra, siempre que Charles Darwin esté en lo correcto, ya hay un valor y éste es: “Sobrevive si puedes”. Eso le da valor a la vida, pone el valor moral como una posibilidad, abre todo tipo de cosas que aún no entendemos del todo pero que son elaboradas por el lenguaje.

Algo interesante es que usted plantea que este proceso es tanto material como significativo. Expliquenos la palabra “significativo”.

Creo que “significativo” empieza con la selección natural, un hecho que es muy cruel en cierto modo porque la evolución es una máquina gigantesca de eliminación. Si no te adaptas a un ambiente imprevisible, morirás. Si mueres no tendrás prole. Los que sobreviven tienen prole y todo se repite sin cesar. ¿Eso tiene significado? Sí. Porque si decidieras que nada tiene significado no tratarías de sobrevivir, porque la supervivencia está incorporada a la selección. Sin embargo, ésa no es una declaración moral, es sólo una base para la moral y la cultura. Una vez que tenemos la cultura debemos hablar de cómo surgió el lenguaje. No lo sabemos, claro, pero creo que hay un caso de unos niños que tuvieron rubeola y quedaron sordos. Todos sabían que estaban sordos. Vivían juntos en una casa hogar donde no se podían comunicar. Pero llegaron treinta niños más, no recuerdo el número y, ¡adivine qué!, inventaron un lenguaje de señas con sintaxis, tan bueno como el lenguaje de señas estadounidense. Entonces, el lenguaje no fue inventado por dos hombres listos, fue inventado como resultado de nuestra interacción con los demás empezando con el bebé y la madre o la cuidadora, con los semejantes.

Podemos ver el surgimiento de las leyes emergentes.

Sí, el significado, desde luego, es modulado por la cultura. Hay cosas en México que aunque yo hablara español no lograría captar. No es posible hacer una traducción completa del español de México al inglés. Le daré un ejemplo. Había un filósofo en Harvard, Willard Van Orman Quine, que dijo: “Supongan que fuera antropólogo y fuera a vivir a una aldea de nativos inexplorada y aprendiera su lengua y descubriera que la palabra ‘gavagai’ significa ‘conejo’”. La anoto porque quiero



Gerald M. Edelman

hacer un diccionario. Pero el martes veo que no significa ‘conejo’, sino ‘partes del conejo’. El jueves significa ‘carne de conejo’ y el viernes significa que alguien llama a otro ‘conejo’. En una cultura no es posible hacer una traducción completa de todos los términos lingüísticos”. Podría decirse que eso es malo porque no es preciso, pero es el origen de cosas nuevas.

De nuevo volvemos a la ambigüedad.

La ambigüedad es poderosa, es el origen de cosas nuevas y aunque muchos amigos científicos no lo admiten, las cosas empiezan con ambigüedad y luego tratamos de limpiarlas. Podemos limpiar algunas y otras no. Pero no significa que no deban originarse en nuestro cerebro.

Cuando hablamos del fenómeno de la orquestación de patrones colectivos de neuronas que generan expresiones ambiguas, aparece la metáfora de la música. Octavio Paz en el libro La llama doble, al citar su trabajo, dice que si hay una orquesta, debe haber de cierta forma alguien que la dirija, cierto sentido del ser.

Sí, lo hay, pero el verdadero ser, que empieza sin lenguaje —el ser del cuerpo— se sabe que existe porque hay algo que se llama propiocepción. La propiocepción es información sensorial del cuerpo a distintas partes del cerebro para decirle dónde estoy y dónde están mis extremidades. Eso ocurre en una etapa muy temprana, antes de la conciencia, que dentro del útero de

una mujer se da en el tercer trimestre de gestación. Si presionas su vientre, ese bebé distingue la diferencia entre ese movimiento y el que él inicia, aunque no sea consciente. Una vez que tienes eso que constantemente va a las áreas de la conciencia aún de una manera muy sutil, tienes la base del ser.

Cuando desarrollas el lenguaje desarrollas un ser social. Cuando tu madre te dice: “Tu problema es que eres flojo” o “Te has portado muy bien hoy”, tienes así una percepción de tu persona que se construye del significado. No se construye del vacío sino del hecho de que tu cuerpo está dando constantemente órdenes motoras, especialmente. Así conoces la diferencia entre un acto que tú inicias o el acto que otro inicia. Tienes un sentido de agencia. Tú eres un agente y el otro es un agente distinto.

EL UNIVERSO EN UNA CAJA DE HUESO

Al hacer su investigación sobre cómo surgen la conciencia y el pensamiento encontró todo un universo en las neuronas. Me gustaría que nos hablara del mundo extraordinario que descubrió.

Se lo diré con gusto, porque es algo que nos abre la mente en forma maravillosa. La corteza cerebral es una estructura arrugada metida en la cabeza que es una apretada caja de hueso. Si extendiéramos la de un ser humano en una mesa sería del tamaño de una servilleta grande y de este grueso (*Edelman casi junta sus dedos pulgar e índice*). Tendría al menos treinta mil millones de neuronas y mil billones de conexiones o sinapsis. Si contara cada conexión por segundo —una por segundo— terminaría de contarlas treinta y dos millones de años después. Si calculamos las posibles formas en que las neuronas interactúan entre sí, la astronomía parece pequeña. Se extiende a números increíbles. ¿Por qué? Porque hemos evolucionado para reconocer la complejidad del mundo que es enorme. Si le pidiera que pusieramos la información de este cuarto en una computadora, la descripción sería ridícula, ya que al pasar al nivel de los quarks, los gluones y las partículas fundamentales, no habría arena suficiente en el universo para hacer el cálculo. Así que al lidiar con un ambiente tan diverso, la selección natural creó esta cosa increíble, este pedazo de carne de mil cuatrocientos kilogramos, que cuenta con una variedad de repertorios que igualan la complejidad del mundo. Es extraordinario.

De hecho usted tiene una metáfora en que compara al cerebro con una compleja selva que sigue un darwinismo neuronal para adaptarse a lo que percibimos y a la historia.

Sí, algunas neuronas son reforzadas, algunas mueren, otras se reducen y cuando vemos las combinacio-

nes —no quiero entrar en las matemáticas— pero hay una teoría que viene al caso. La teoría de grafos es muy simple excepto cuando uno trata de probar o entender algo. Dice que tenemos puntos o vértices. Si tomo un papel y dibujo 9 puntos y luego los conecto con todas las aristas posibles que puedo escribir, obtengo un número de grafos increíble. Si tengo 32 puntos y 256 grafos que puedo contar, obtengo 10 seguido de 70 ceros de posibles maneras de conectarse. Nuestro cerebro tiene miles de millones.

Al estudiar esta conectividad del cerebro se cree erróneamente que es como una computadora.

Ha habido mucha discusión, porque esto tiene que ver con la tecnología, con su aplicación e incluso con la economía y con ganar dinero. La computadora es el invento más interesante del siglo xx, sin duda. No obstante, no piensa en absoluto. Es un aparato electrónico que todo lo que hace es mover electrones como *bits*: arriba y abajo, muy rápido, pero todo lo que pones ahí está determinado por ti. Lo que pones te está describiendo. Tú escribes. El significado está en ti, no en la computadora.

Cuando vemos cómo está construido el cerebro, si creáramos una computadora así, no funcionaría. Perderías todo tu dinero. Las computadoras no tienen significado excepto el que les damos, pero nosotros como seres humanos vivimos del significado. La unión de hombre con una computadora es muy buena. Es como la unión del hombre con una herramienta específica. Es un instrumento increíble, sin duda, que implica lógica. Pero no todo es lógico, gracias a Dios. El problema es que no soy reduccionista porque creo que la ciencia es la imaginación al servicio de una verdad constatable. Como tal, debes tener imaginación y ninguna computadora puede tenerla. Nuestro cerebro la tiene pero nosotros la desarrollamos como especie porque interactuamos mucho unos con otros y creamos el lenguaje. Una vez que eso sucede, aunque es causado por las neuronas, podrás analizar las estadísticas reduccionistas tanto como puedes analizar el mercado de valores, pero por cierto (*me dice con picardía*) si puedes analizar el mercado de valores, llámame (*nos reímos*).

EL CEREBRO QUE VE AL CEREBRO

Al empezar a trabajar usted se dedicaba a la inmunología, pero ha dedicado toda su energía a investigar el cerebro. ¿Por qué investigar el cerebro?

Para empezar, yo estudié medicina, soy médico. Estudié en Harvard y en el Hospital General de Massachusetts. Luego fui a París como cirujano del Comando Europeo, como capitán del ejército. Ahí empecé a leer unos libros sobre inmunología. Volví a Estados Uni-

dos y pensé en descifrar la estructura de la molécula llamada anticuerpo que protege al organismo de todo tipo de invasiones. Desde luego, era ingenuo. Pero al empezar en la ciencia, a veces es importante ser ingenuo porque existe otro elemento: la suerte. Le contaré una historia sobre el gran físico Isidor Rabi.

Fue ganador del Premio Nobel.

Era mi amigo. En una ocasión, cuando visitó la casa de campo del físico Niels Bohr en Copenhague, vio una herradura sobre una puerta, no sé si las tienen en México pero son un símbolo de suerte. Rabi le dijo: “Niels, tú no crees en eso, ¿verdad?”. Y Bohr respondió: “Dicen que funciona, creas en ella o no”.

Yo tuve mucha suerte, porque parte de la molécula es tan pequeña que pude analizarla y eso fue la clave de todo, pero yo no lo sabía. Así que la suerte juega un gran papel.

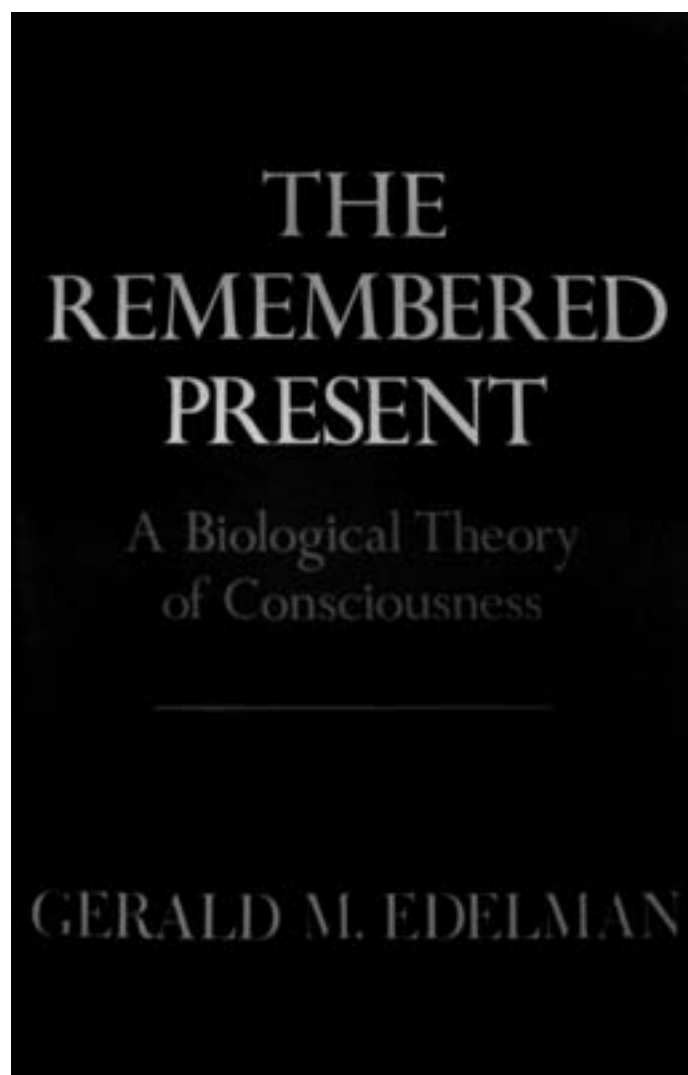
¿Qué le intrigó para tornar sus investigaciones hacia el cerebro? ¿Por qué enfocó su imaginación ahí?

Tengo una noción de curiosidad. Cuando pienso en el trabajo científico es como mitigar una comezón. Siento la comezón de saber algo, quiero saber. Tengo un concepto romántico de la ciencia. Cuando terminé mis trabajos en inmunología estaba satisfecho. Eso no significa que el campo lo estuviera, se han hecho muchas cosas más. Entonces decidí estudiar cómo se adquiere la forma en la evolución. Después pensé que eso iba a requerir un gran esfuerzo y que debía considerar una ciencia que estudiara el reconocimiento, cómo reconocemos algo, así llegué a una ciencia del reconocimiento de todo: del cerebro.

Lo que es intrigante en el título de su libro El universo de la conciencia es la frase que dice: “Cómo la materia se convierte en imaginación”. Cuando hablamos de materia, hablamos de algo como las rocas. ¿Cómo pueden las rocas, la materia convertirse en imaginación?

Lo primero es que soy un científico. Creo en la ciencia física. Creo que el mundo está constituido por la física. Sus leyes son universales, extraordinarias. La teoría de Einstein del espacio y tiempo, la mecánica cuántica se refiere a todo, incluyendo las galaxias, pero la biología no. La biología consiste en conceptos y el mayor concepto es el de la selección natural darwiniana, la idea de que las especies son diversas, cada individuo es diferente. De una manera imprevista, ciertas influencias disponen de los menos aptos dejando a la siguiente generación para que haga más. Es una teoría asombrosa, ya que no se necesita ningún mecanismo porque introduce la historia en la ciencia por primera vez.

Si vuelvo al físico Weinberg —que hizo un hermoso trabajo en su libro *Los tres primeros del Universo*— ve-



mos que hay una evolución de las estrellas, pero no hay herencia. Una vez que tenemos una situación biológica tenemos algo único que abre todo tipo de valores. Si quiere que me vaya al extremo deje que me tome dos copas y hágame esta pregunta y le diría que dentro de cien años seguiremos en manos de los novelistas, no de los científicos. Eso se debe a que una vez que aparece el lenguaje hay una explosión de posibilidades, incluyendo algunas locuras. Por ejemplo, el libro *Alicia en el país de las maravillas*, deliberadamente loco, pero hermoso. La esquizofrenia, trágicamente loca... Toda esta elaboración que surgió cuando se inventó el lenguaje es algo asombroso que nos distingue como seres humanos de todas las especies.

En esa explosión de creatividad llega un momento en que el cerebro investiga al cerebro. El doctor George Wald, Premio Nobel en Medicina, dijo que los físicos son el instrumento que los átomos tienen para verse a sí mismos...

Sí, lo he oído.

Pongamos eso en el contexto del cerebro.

Una vez que la conciencia surgió y depende de tu opinión de qué son las personas o el tipo de criaturas o



formas vivas, pero sea lo que sea, podemos decir, sin duda —sin ser demasiado arrogantes— que el invento de la ciencia occidental, quizás a partir de Galileo, es exactamente esto: es una forma de ver y recuerde que empezó viendo a través de un telescopio.

Hermoso. Y ahora el cerebro ve al cerebro.

Por supuesto. Ahora bien, Galileo era un genio increíble pero también era humano, porque en su ensayo *Il Saggiatore* se dirige al duque que lo comisionó y le dice: “Hay un hombre que está tratando de robarse mi trabajo”. Ahí lo tiene, eso es humano.

Ahí es donde entran la novela y el arte.

Exacto. Ahí es donde entra la novela.

Y usted es violinista, toca el violín y su hijo es artista plástico.
¿Cómo lo sabe? Así es. Mi hijo mayor es artista visual.

Y su hija es compositora.

Y mi hijo mediano es científico, físico antropólogo y biólogo molecular. Pero yo tuve muy poco que ver di-

rectamente. Pueden culparme, pero no puedo asumir toda la responsabilidad.

Pero eso significa que usted está abierto al arte como una forma que nos permite también entender el mundo.

Y, sobre todo, el mundo humano. Porque no hay arte sin seres humanos. La cuestión del arte es muy interesante porque la ambigüedad vuelve a surgir. Si un físico redujera la Venus de Milo a granos de arena y tratara de reconstruirla, no funcionaría. Este tipo de reducciónismo tampoco funciona. En el arte, la idea de atraer a la sensibilidad humana es realmente algo no analizado y muy misterioso. Algunos resuenan con Emily Dickinson, otros para nada. En su poesía, al igual que en toda la poesía hay al menos siete tipos de ambigüedad. Son textos maravillosos.

El arte es algo donde no usas la imaginación para una verdad verificable, sino al servicio de la evocación de lo que es ser humano y eso es algo muy misterioso. Yo escribí un ensayo sobre el arte occidental desde los tiempos del Renacimiento. Mi esposa y mi hija se rieron porque no sé mucho de arte, pero escribí un ensayo para la Biennale del Museo Whitney con la idea de que mucho del arte occidental dependía del cuerpo, de la metáfora del cuerpo. Sin embargo, para el tiempo del postimpresionismo, de Duchamp, todo eso terminó, cualquier cosa es arte.

El problema que es interesante ahí, es: ¿cómo determinar el valor? No me refiero al valor monetario. Es un proceso interesante y misterioso que depende de la cultura. Por ejemplo, Apollinaire era un poeta que fue muy importante para el Picasso joven porque fue el propagandista que dijo: “Déjame transferir esta idea revolucionaria”. Así que fue un artista trabajando para otro artista, para transmitir esta idea. Es algo magnífico ver que los seres humanos tienen la capacidad de construir estas estructuras increíbles que afectan nuestros sentimientos y valores.

Y desarrollan una narrativa del entendimiento de su propio cerebro que incluye a la novela y a la ciencia. Esas narraciones son muy interesantes, ¿no?

Por supuesto. El cerebro no puede estudiarse en una vasija. El cerebro está en el cuerpo, se hablan entre sí y ambos están incrustados en el mundo. (*El doctor Edelman se emociona. Valora con curiosidad y humildad las ventanas que nos abren tanto la ciencia como el arte*).

Es asombroso. Hay una apertura en el arte, que no existe en la ciencia. La ciencia al final debe ser confirmada escépticamente por el experimento, la repetición, la transmisión y con el tiempo por la modificación, pero no una modificación arbitraria donde se relacione sólo con tus sentimientos. Ser científico es, en cierta forma, ser como un artista al principio, pero al final es ser como un siervo. **U**

Espacio innovador

En el marco del convenio celebrado en 2011 entre el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y la UNAM, presentamos este conjunto de imágenes sobre el Museo de Tlatelolco. A través de este crisol fotográfico, podemos atisbar salas que tienen como eje temático la historia de Tlatelolco en tanto espacio de resistencia cultural y que dialogan de manera inmediata con la arquitectura ceremonial de lo que fuera México Tlatelolco.

Aquí se exhiben más de cuatrocientas piezas encontradas en el Recinto Ceremonial y barrios prehispánicos de Tlatelolco, área donde se constituyó el centro comercial más importante de Mesoamérica. Las dos salas del museo de sitio (una localizada en la que fuera el Aula Magna de la Cancillería y la otra en el primer piso de la torre del CCUT) permiten dimensionar la importancia de Tlatelolco en tanto centro dinámico y rótula de la historia prehispánica.

En las salas de sitio, los objetos hallados en el área ceremonial y habitacional prehispánica han pasado por un proceso de investigación, conservación y puesta en valor por parte de los arqueólogos responsables de los sucesivos proyectos de investigación arqueológica. Son piezas únicas y de gran valor histórico y patrimonial.

El conjunto de piezas exhibidas se ve enmarcado por un entorno museográfico que incorpora gráfica, audios y videos desde una perspectiva ambiental e innovadora. Enriquecerán la visita las instalaciones artísticas, espacios para la experimentación científica y elementos tecnológicos que han sido incorporados.

El discurso narrativo en las salas se presenta por medio de anfitriones virtuales o “mascotas”: “la tlacuacha” y su pequeño “tlacuache”, que por medio de animaciones dirigen un discurso accesible a niños y adultos. Las salas tienen juegos interactivos por computadora que



© Juan Manuel Canbay

Ejemplos de la vida cotidiana y la ritualidad mexicana a través de piezas e ilustraciones de códices

permiten establecer vínculos directos con el visitante; mesas interactivas multiusuarios; pisos informativos transitables contruidos en vidrio templado y en cerámica; paneles gráficos con cómics; maquetas y la posibilidad del uso de iPads para complementar la información que sobre la colección se presenta.

Curadores: doctora María Teresa Uriarte, arqueólogo Salvador Guilliem Arroyo, arqueóloga Lucía Sánchez de Bustamante. Museografía: Margen Rojo.

Además de la colección referente al museo de sitio, el Museo de Tlatelolco incluye en el segundo piso de la torre la sala dedicada a la Colección Stavenhagen, una de las colecciones más importantes de obras prehispánicas en resguardo de un particular. Las obras fueron transferidas por la familia Stavenhagen a la UNAM, hecho que se celebra con una exhibición al público de más de seiscientas piezas. La exposición presenta obras originarias de diferentes regiones del país, como Nayarit, Colima, Jalisco, Puebla, Veracruz, Guerrero, Campeche, centro de México, que comprenden grupos culturales como el maya, mexica y zapoteca, entre otros.

Al mismo tiempo, esta sala da cuenta de la generosa cesión, hecha a la Universidad Nacional Autónoma de México por las familias Stavenhagen y Bodek, de la vasta colección reunida por Kurt Stavenhagen.

La finalidad de la muestra es dar a conocer, en una exhibición temática, algunos ejemplos del arte creado

por los pueblos prehispánicos: obras extraordinarias por su forma, su expresividad, su armonía y composición; sorprendentes por su belleza. La forma que predomina es la de la figura humana, que se caracteriza, unas veces, por su dinamismo y naturalidad, y otras, por su estilización, esquematización e idealización.

Las piezas son la representación en barro o en piedra de la vida cotidiana, las costumbres, las creencias religiosas y los valores, como los de la exaltación de la vida y la preocupación por la muerte. La mayoría de las piezas son pequeñas; eran posesiones individuales, talismanes, reliquias y emblemas de identidad, generalmente realizadas para permanecer junto a las personas durante su vida y seguirlas hasta la sepultura.

El planteamiento museográfico está estructurado con núcleos temáticos que emanan de la propia lectura curatorial de la colección. La vida cotidiana, la enfermedad, los dioses y los seres sobrenaturales, la cerámica son algunos de los apartados de la sala. Asimismo, la visita se complementa con interactivos donde el público puede conocer sonidos de instrumentos musicales o armar digitalmente piezas de la colección para posteriormente obtener importantes datos en respuesta. El concepto museográfico permite también observar a lo largo de la visita, referentes urbanocontextuales sobre Tlatelolco. Curadores: doctora Mercedes de la Garza, Mauricio Ruiz y Tomás Pérez. Museografía: Juan Manuel Garibay y Fernando Castro.



Vista de la sala de orígenes y fundación de México-Tlatelolco



Museo Tlatelolco

< Brasero policromo relacionado al agua y a la fertilidad vegetal. Este tipo de vasijas se utilizaba para quemar resinas o hierbas como ofrenda a los dioses. Préstamo temporal del Museo Nacional de Antropología, INAH. Fotografía: Edwin González Robles



Fragmento de pintura mural localizado en el Templo de las Pinturas de la Zona Arqueológica de Tlatelolco. Fotografía: Juan Manuel Garibay



Vista de la sala de orígenes y fundación de México-Tlatelolco, con piezas procedentes del Recinto Ceremonial y barrios de la ciudad prehispánica mexicana. Fotografía: Juan Manuel Garibay



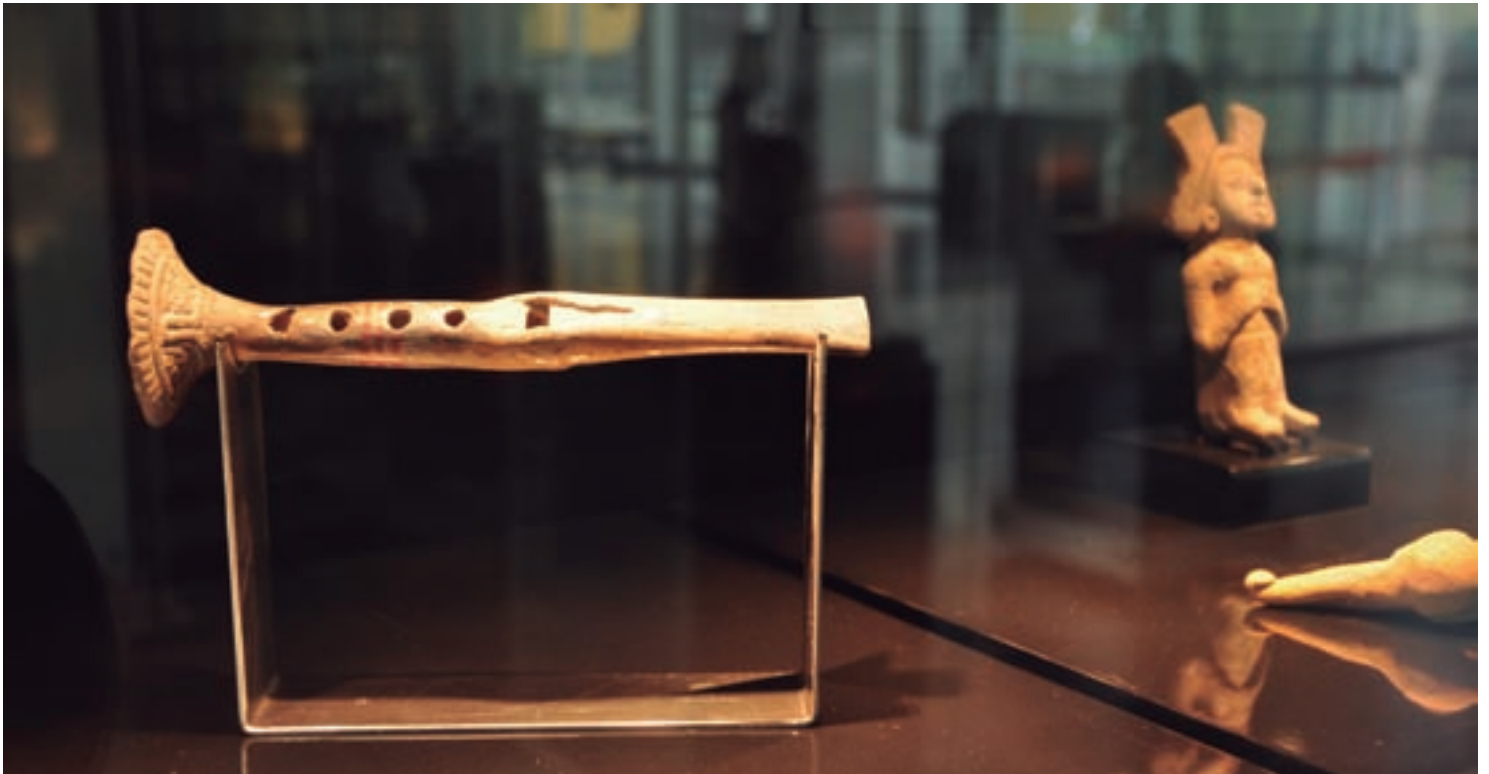
Reconstrucción de la excavación del templo de Ehécatl-Quetzalcóatl, complejo ceremonial donde se encontraron 41 entierros y numerosas ofrendas en solicitud de lluvias por una fuerte sequía sufrida en el año 1454. Fotografía: Juan Manuel Garibay



Cihuateteotl. Escultura femenina que hace alusión a las mujeres muertas en el primer parto. Fotografía: Juan Manuel Garibay



Plato Cuauhxicalli. Representa la guerra sagrada, la dualidad del águila y el jaguar. Esta pieza fue localizada dentro del Recinto Ceremonial tlatelolca y se convirtió en el emblema de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Fotografía: Juan Manuel Garibay



Sonajas y flautas, instrumentos musicales que formaron parte de diversos rituales privados y públicos de la vida cotidiana mexicana. Fotografía: Juan Manuel Garibay



Culturas de Occidente, periodo clásico, cerámica. Colección Stavenhagen. Fotografía: Edwin González Robles

Miscelánea

Fiel a su vocación en el ámbito literario, la Revista de la Universidad de México ha buscado difundir las formas breves. Autores como Juan José Arreola, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Eduardo Lizalde, José Emilio Pacheco, para sólo mencionar unos cuantos, han enriquecido sus páginas a lo largo de la historia. Actualmente, por ejemplo, la Dirección de Literatura de la UNAM publica la colección Sólo cuento, dedicada a un género canónico de nuestras letras. Ahora proponemos a nuestros lectores un recorrido que incluye la poesía, el cuento y fragmentos de novela en esta breve miscelánea de la literatura que se escribe hoy en nuestro país. Por ello, presentamos una muestra de la obra poética de Armando Fuentes "Catón"; por su parte, Margarita Peña nos ofrece un fragmento de una novela en gestación, al tiempo que Luis Rafael Sánchez, Julio Derbez, Rowena Bali y Patricia Suárez se adentran en los laberintos del cuento desde perspectivas diversas.

Sonetos

Armando Fuentes “Catón”

PRESENTACIÓN

De sobra está decir que no soy un poeta. Diosito bueno me dio varias locuras, pero no ésta de la poesía. Los poetas ven donde los demás no vemos; yo soy más ciego que un topo ciego. Miro lo mismo que ve toda la gente y eso es no mirar nada. No sé por qué de vez en cuando se me cae un soneto, como esas cosas que a veces se nos salen de la bolsa sin darnos cuenta. Lo levanto para que nadie vaya a tropezar en él, lo dejo por ahí y procuro olvidarlo, igual que culpa o que pecado.

Pero los versos, como los libros y los hombres, tienen su destino. Ahora éstos que parecen sonetos aparecen y se me aparecen.

ARTE POÉTICA

Saca al río del río, y lo que sobra
tíralo por ahí, que no es el río:
el puente, el cauce, el piélago, el suicidio,
Heráclito, el rumor, la fuente, la onda...

Atrás de cada rosa hay otra rosa
que no cualquiera ve, libre de ripios:
rosa sin *rosa-rosae*, sin Cratilo,
sin Gertrude Stein, sin Shakespeare y sin Góngora.

A fuerza de existir ninguna cosa
es ella misma ya, ni el mundo el mismo:
muerto el Génesis vive la Retórica.

Lección: que los poetas se hagan niños;
desnudar al vestido sea su obra,
y no hay más memoria que el olvido.

* * *

La flor sobre el armario tus perfumes aspira.
El cristal de tu carne retrata los espejos.
Y tú me miras. Miras. Y me miras, me miras...
Y yo te beso. Beso. Y te beso, te beso.

Espejo y flor se vuelve tu integridad rendida.
En resplandor y aromas se diluye tu cuerpo.
Y no sé si es de vidrios la luz de tus pupilas,
y si lo que acaricio es la carne o el pétalo.

Por fin tus muslos se hacen lápidas de agonías.
Tu delirio de lirio se agota. Sobre el pecho
se me queda tu larga cabellera dormida.

Entonces pienso la hora en que, muerta la vida,
no quedará en la alcoba, de todo lo que hoy veo,
más que un azogue roto, y una flor derruida.

SONETO CON BARCO

El barco de Jasón el argonauta,
barco que surca el rojo mar de vino,
es como el mar: igual a sí y distinto.
Perdió el timón ayer, perdió el ancla,

y va con otros nuevos. Esa máscara
que sal y sol bebió por el Euxino
es otra ya; su mástil no es el mismo,
y su proa y su popa, laceradas,

por otras se cambiaron. Y me digo:
si ni un clavo siquiera el barco guarda
de lo que tuvo ayer, ese navío

¿es otro ahora o es el del principio?
Jasón, como su barco, también cambia.
Y cambio yo también mientras escribo.

SONETO CON RELOJ DE SOL

Patíbulos y aduanas tus esferas,
tasas las horas y las horas cazas.
Aprisionando edades la edad pasas,
y tu cárcel no admite prisioneras.

Di: ¿medirás tan sólo primaveras
y en el invierno cerrarás tus casas?
Pues ¿cómo puedes ser reloj de veras
si al paso de una nube te retrasas?

Reloj de sol, osario fecundado,
vientre que pare el tiempo no llegado,
esqueleto del tiempo fallecido:

lección de eternidad me has enseñado
al entregarme el sol petrificado
y el tiempo en peña dura convertido.

* * *

Este hombre del retrato, este hombre triste
es mi padre: Mariano Fuentes Flores.
No están en el retrato sus dolores,
su mansa soledad... Él ya no existe,

murió hace mucho tiempo, pero asiste
todos los días a la cita. Amores
y muertos vuelven siempre como azores
a la percha del alma. ¿Conociste

a mi padre? Yo no. Sólo lo quise.
No se lo dije nunca. No se usaba.
Como hizo con su padre con él hice.

Cuando por su ataúd crucé el abismo
ya era tarde. Hoy que digo: "Yo te amaba",
el hombre del retrato soy yo mismo.

Greta

Margarita Peña

*¡Ay, prendas de la más amada pastora
que humanos ojos pudieron ver...*

Jorge de Montemayor, *Los siete libros de la Diana*

Antes de lanzarme a la conquista de Giordano (porque eso va a suceder, es ya), volviendo a mis orígenes no puedo omitir un recuerdo, al menos, de Greta. Al regresar a mi habitación del Edén me puse a reflexionar. Antes que otra cosa, debiera quizás explicarme a mí misma el porqué de mi rechazo, no premeditado, a esos dos ejemplos lamentables del ímpetu femenino: Laura e Ysmenia, que me asaltaran literalmente, una en el bar del hotel, la otra en el balneario. Y elaborar una especie de “coda” a lo sucedido.

La verdad es que ambas me recordaron, de un modo u otro, a Greta, mi hermana menor, y un incidente perdido en la memoria de la adolescencia:

Fue una noche en que llovía, cuando Omar y yo escuchábamos el *Concierto italiano* de Bach en la sala de mi casa, acompañados de Greta y Mane, un chico alto y bien plantado, eterno pretendiente de Greta. De repente vimos surgir ante nuestros ojos, saliendo de una caja de cartón que Mane cargaba, rebotando sobre la alfombra, algo así como un ser del pleistoceno. Seré breve. Se trataba de un curioso animal que luego bautizaríamos como Plácido, el que para nuestro estupor, brotó de la caja y saltó a nuestros pies. Una bola con caparazón queratinoso como abanico a medio desplegar, panza rosada con pelos rojizos, patas arratonadas, puntiaguda cola. Greta, feliz, agradeció a Manuel el regalo (porque era un regalo) y la sorpresa con un sonoro beso... en sol mayor. Se estiraba ella, espigada y linda como una *ballerina*, como se veía con el vestido color azul, para alcanzar la mejilla del muchacho, agitando la brillante y cuidada melena cobriza entre gritos y risas. Omar y yo, sentados en el sofá, repuestos apenas de la sorpresa, tomados de la mano, atentos, intentábamos seguir escuchando el concierto; apenas si pudimos alzar las piernas para que “eso” pasara debajo cual flecha, escapando atemorizado hasta el fondo de la casa, hasta la cocina. Risas agudas y otro abrazo a Mane. Y el ceño fruncido de Omar. Greta coleccionaba admiradores como perfu-

mes. Yo, sólo un novio que solía perorar sobre política durante horas y leía a Nietzsche: un do menor profundo. Cadencias del clavecín: Bach, Brandenburg y más risas. Después se hizo de noche, ellos se despidieron y nosotras subimos a dormir. Greta, levitando en la quimera de la paleontología, la zoología, la botánica, sus pasiones, y el extravagante obsequio de su pretendiente. La asustada bola rojiza, sitiada en algún recoveco de la amplia cocina. Yo, inquieta por el adiós desabrido de Omar. Cerca de las diez llegó papá, el respetable licenciado Dávalos. Tremendo susto se llevó al ir por su vaso de



Ernst Ludwig Kirchner, *Dos mujeres*, 1918



Ernst Ludwig Kirchner, *Mujer y espejo*, 1918



Ernst Ludwig Kirchner, *Ena*, 1930

leche de costumbre y toparse con “eso”, cuando abrió de golpe la puerta de la cocina. “Eso” rebotó hasta el patio, fue a dar al *garage* y se escondió bajo el motor del auto que aún trepidaba. A lo largo de la noche escuché desde mi habitación el tac-tac continuo del tieso rabo sobre los mosaicos en una ronda alucinante. Al día siguiente, lo divisé trasegando las plantas, hundiendo el hociquillo en las raíces de los geranios, recorriendo hacia arriba y hacia abajo la tapia del jardín: concentrado, solitario, indefenso. Sentí ternura. Lo llamé Plácido. Omar, malhumorado, había amenazado con no volver hasta que “eso” se fuera. Pero no sufrí demasiado porque Leopoldo, pasante de biología y novio formal de Greta, se ofreció a llevarse a Plácido a escarbar en su jardín de Tlacopac. Mi madre respiró de alivio por sus rosales.

Plácido se volvió anécdota de sobremesa que nos hacía reír alborozadas, mientras papá, mamá y el severo Cornelio sonreían apenas y tomaban el postre. Mamá, sobre todo, que durante el tiempo en que Plácido se adueñó del jardín no dejó de temer por la integridad de sus esmeradamente cuidadas rosas. Omar dejó de visitarme por un tiempo. Yo me aburría, no me atrevía a buscarlo, temía lo peor. Mi madre, en su amable autismo, me consolaba; “déjalo, déjalo, ya volverá...”. En una palabra, lloraba yo por él. La verdad es que detesté a Mane; a Greta y sus aficiones zoológico-paleontológicas. Pero no al bueno de Plácido...

Algo después, entrado el otoño, Polo hizo un sábado su aparición triunfal en la sala de nuestra casa (que acogiera a la criatura prehistórica) pregonando el delicioso sabor de los platillos exóticos. Delirante casi, cargaba bajo el brazo, bellamente envuelta en celofán, una lustrosa bolsa de armadillo, que colocó ceremoniosamente a los pies de Greta en esa su fiesta de cumpleaños. Ella la recibió con un alarido de *grand finale* y casi, casi se desmayó.

Hasta aquí el recuerdo.

Greta murió tiempo después. Mi única hermana: un ser sensible que pintaba pequeños óleos y habría querido dedicarse al ballet, los armadillos y el mundo idílico de las plantas; una mujer delicada y un tanto lejana, inalcanzable, hacia la que tuve sentimientos ambivalentes. No lo pude evitar... Una delicada orquídea.

Era evidente que Ysmenia y Laura —antiguas, muy antiguas amigas— con sus modos intrusivos, invadiendo mis momentos privados en la sosegada calma de Ardenia y su balneario, mis meditaciones y proyectos respecto a Giordano, se parecían en algo a Greta —reflejo de mí misma en el cristal, mi mitad—, y lo cerca que por ella estuve de perder a Omar. No sucedió así, aunque luego lo perdiera definitivamente. Y Greta también se fue. **U**

Fragmento de *Gran Hotel Edén*.

Tiene la noche una raíz

Luis Rafael Sánchez

A Mariano Feliciano

A las siete el dindón. Las tres beatísimas, con unos cuantos pecados auestas, marcharon a la iglesia a rezongar el ave nocturnal. Iban de prisita, todavía el séptimo dindón agobiando, con la sana esperanza de acabar de prisita el rosario para regresar al beaterío y echar, ¡ya libres de pecados!, el ojo por las rendijas y saber quién alquilaba esa noche el colchón de la Gurdelia. ¡La Gurdelia Grifitos nombrada! ¡La vergüenza de los vergonzosos, el pecado del pueblo todo!

Gurdelia Grifitos, el escote y el ombligo de manos, al oír el séptimo dindón, se paró detrás del antepecho con su lindo abanico de nácar, tris-tras-tris-tras, y empezó a anunciar la mercancía. En el pueblo el negocio era breve. Uno que otro majadero cosechando los treinta, algún viejo verdérmino o un tipitejo quinceañero debutante. Total, ocho o diez pesos por semana que, sacando los tres del cuarto, los dos de la fiambreira y los dos para polvos, meivelines y lipstis, se venían a quedar en la dichosa porquería que sepultaba en una alcancía hambrienta.

Gurdelia no era hermosa. Una murallita de dientes le combinaba con los ojos saltones y asustados que tenía, ¡menos mal!, en el sitio en que todos tenemos los ojos. Su nariguda nariz era suma de muchas narices que podían ser suyas o prestadas. Pero lo que redondeaba su encanto de negrita bullanguera era el buen par de metáforas —princesas cautivas de un sostén cuarenticinco— que encaramaba en el antepecho y que le hacían un suculento antecedente. Por eso, a las siete, las mujeres decentes y cotidianas oscurecían sus balcones y sólo quedaba, como anuncio luminoso, el foco de la Gurdelia.

Gurdelia se recostaba del antepecho y esperaba. No era a las siete ni a las ocho que venían sino más tarde. Por eso aquel toc único en su persiana la asombró. El gato de la vecina, pensó. El gato maullero encargado de asus-

tarla. Desde su llegada había empezado la cuestión. Mariposas negras prendidas con un alfiler, cruces de fósforos sobre el antepecho, el miau en staccato, hechizos, maldiciones y fufús, desde la noche de la tormenta en que llegó al pueblo. Pero ella era valiente. Ni la asustaba eso, ni las sartas de insultos en la madrugada, ni las piedras en el techo. Así que cuando el toc se hizo de nuevo agarró la escoba, se echó un coño a la boca y abrió la puerta de sopetón. Y al abrir:

—Soy yo, doñita, soy yo que vengo a entrar. Míreme la mano apretá. Es un medio peso afisiao. Míreme el puño, doñita. Le pago éste ahora y después cada sábado le lavo el atrio al cura y medio y medio hasta pagar los dos que dicen que vale.

La jeringonza terminó en la sala ante el asombro de la Grifitos, que no veía con buenos ojos que un muchachito se le metiera en la casa. No por ella, que no comía niños, sino por los vecinos. Un muchachito allí afilaba las piedras y alimentaba las lenguas. Luego, un muchachito bien chito, ni siquiera tirando a mocetón, un muchachito con gorra azul llamado...

—¿Cómo te llamas?

—Cuco.

Un muchachito llamado Cuco, que se quitó la gorra azul y se dejó al aire el cholo pelón.

—¿Qué hace aquí?

—Vine con este medio peso, doñita.

—Yo no vendo dulce.

—Yo no quiero dulce, doñita.

—Pues yo no tengo ná.

—Ay, sí, doñita. Dicen los que han venío que... Cosa que yo no voy a decir pero dicen cosas tan devinas que yo he mancao este medio peso porque tengo gana del amor que dicen que usted vende.

—¿Quién dice?

Gurdelia puso cara de vecina y se llevó las manos a la cintura como cualquier señora honrada que pregunta lo que le gusta a su capricho.

—Yo oí que mi pai se lo decía a un compai, doñita. Que era devino. Que él venía de cuando en vez porque era devino, bien devino, tan devino que él pensaba golver.

—¿Y qué era lo devino?

—Yo no sé pero devino, doñita.

Gurdelia Grifitos, lengüetera, bembetera, solariega, güíchara registrada, lavá y tendía en tó el pueblo, bocona y puntillosa, como que no encontraba por dónde agarrar el muerto. Abría los ojos, los cerraba, se daba tris-tras en las metáforas pero sólo lograba decir: Ay Virgen, ay Virgen. Gurdelia Grifitos, loba vieja en los menesteres de vender amor, como que no encontraba por dónde desenredar el enredo, porque era la primera vez en su perra vida que se veía requerida por un... por un... ¡Dios Santo! Era desenvuelta, cosa que en su caso venía como anillo, argumentosa, pico de oro, en fin, ¡águila! Pero de pronto el muchachito Cuco la había callado. Precisamente por ser el muchachito Cuco. Precisamente por ser el muchachito. En todos sus afanados años se había

enredado con viejos solterones, viejos casados, viejos viudos, solteros sin obligación o maridos cornudos o maridos corneando. Pero, un mocosillo, Santa Cachucha, que olía a trompo y chiringa. Un mocosillo que podía ser, claro que sí, su hijo. Esto último la mareó un poco. El vientre le dio un sacudón y las palabras le salieron.

—Usté e un niño. Eso son mala costumbre.

—Aquí viene tó el mundo. Mi pai dijo...

Ahora no le quedaban razones. Los dientes, a Gurdelia, se le salían en fila, luego, en un desplazamiento de retaguardia volvían a acomodarse, tal la rabia que tenía.

—Usté e un niño.

—Yo soy un hombre.

—¿Cuánto año tiene?

—Die pa once.

—Mire nenine. Voy a llamar a su pai.

Pero Cuco puso la boca apuchurada, como para llorar hasta mañana y entre puchero y gemido decía —que soy un hombre—. Gurdelia, el tris-tras por las metáforas, harta ya de la histeria y la historia le dijo que estaba bien, que le daría del amor.

Bien por dentro empezó a dibujar una idea.

—Venga acá... a mi falda.

Cuco estrenó una sonrisa de demonio junior.

—Cierre lo ojito.

—Pai decía que en la cama, doñita.

—La cama viene después.

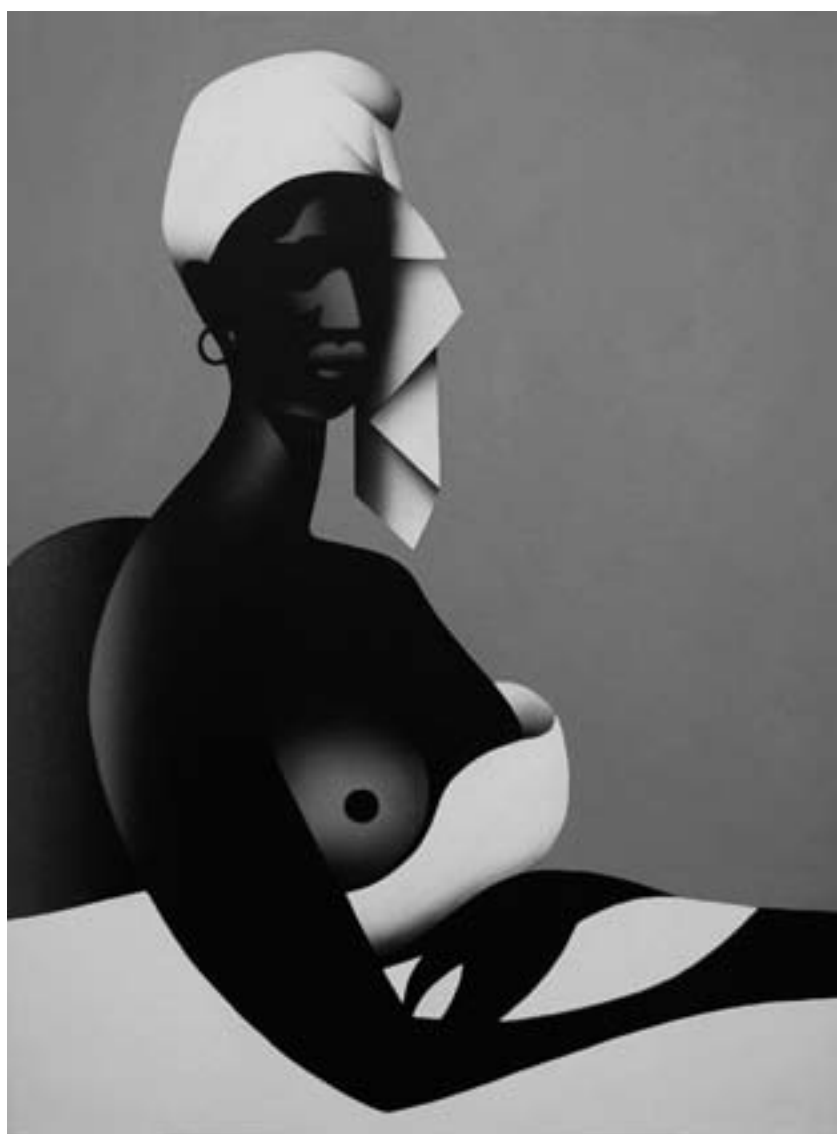
Cuco, tembloroso, fue a acurrucarse por la cama de la Gurdelia. Ésta se estaba quieta pero el vientre volvió a darle otro salto magnífico. Cuando Gurdelia sintió la canción reventándole por la garganta, Cuco dijo —oiga, oiga—. Pero el sillón que se mecía y a la luz que era mediana y el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche empezaron a remolcarlo hasta la zona rotunda del sueño. Gurdelia lo cambió a la cama y allí lo dejó un buen rato. Al despertar, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loco, Cuco, preguntó bajito:

—¿Ya, doñita?

Ella, como sin creerlo, como si se hubiese vuelto loca, le contestó, más bajito aún:

—Ya, Cuco.

Cuco salió corriendo diciendo —devino, devino—. Gurdelia, al verlo ir, sintió el vaivén del que no tiene vaca no bebe leche levantándole una parcela de la barriga. Esa noche apagó temprano. Y un viejo borracho se cansó de tocar. **U**



Víctor Capdevila Ayala, *Retrato de una negra*

Este cuento forma parte del cuarto volumen de *Sólo cuento* editado por la Dirección de Literatura de la UNAM y que ganó el reconocimiento como el mejor libro de ficción otorgado por la CANIEM en 2012.

Renacer

Julio Derbez

Guadalupe González se inauguró muy pronto, tendría diecisiete años cuando empezó a beber alcohol. Su padre había muerto y su madre los cuidaba a él, a sus dos hermanos y a su hermana.

Guadalupe, a quien no le gustaba que le dijeran Lupe, trataba de ocultar su deleite por el alcohol e intentó dos o tres veces despedirse de él. Le costaba mucho trabajo y se mantuvo bebiéndolo todos los días.

Ya era un hombre maduro cuando pudo deshacerse del asunto. Por ahí de los treinta o cuarenta años contrajo matrimonio y fue entonces que por fin le dijo adiós a la adicción. Tenía varios amigos con quienes compartía el tema. A ninguno le interesaba mantenerse en la bebida diaria. Sin embargo, empezó a sentir una falta de memoria y de preocupación por sus hijos. Escribía en una tarjetita lo que hacía por las tardes, de tal suerte que pudiera recordar sus hechos.

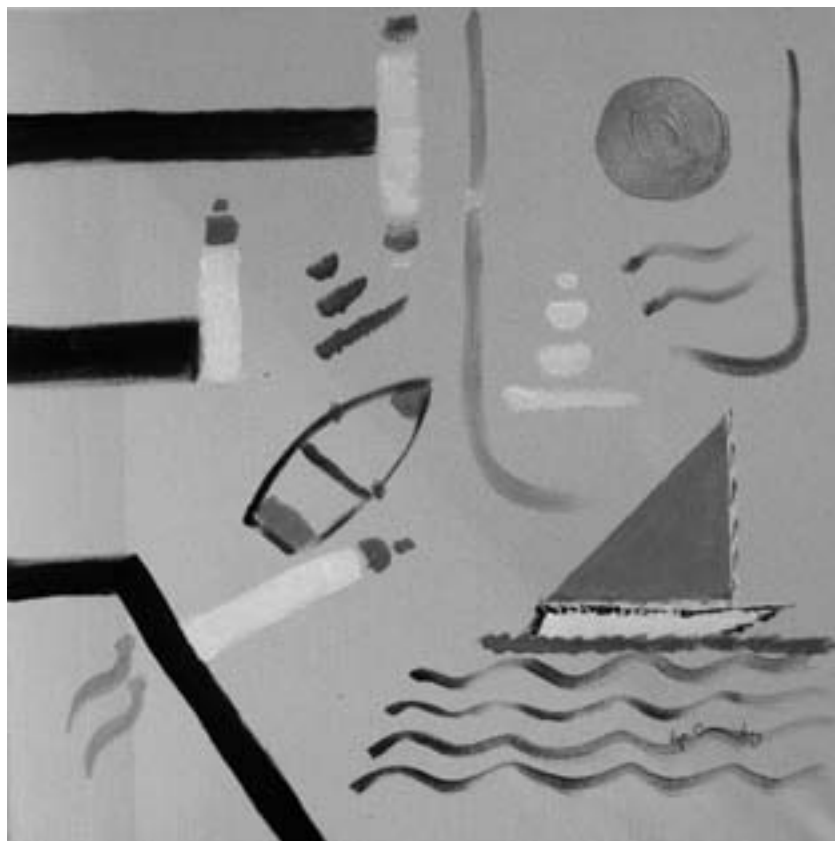
El mayor de sus hijos se llamó igual que él: Guadalupe, la primera hija recibió el nombre de Lorena y el hijo menor fue nombrado Rodrigo. Guadalupe fue muy severo con los tres para evitar que cayeran en el gusto de la bebida. Los reprimía de manera rigurosa para disuadirlos cuando los encontraba tomados y poco a poco pudo contrarrestar el vicio de los muchachos.

Fue un asunto realmente difícil y duró varios años. Su esposa fue quien lo llevó a cambiar de vida; aunque no lo pareciera, de igual manera los hijos se recargaron en ella, sobre todo Lorena. Varios amigos se intrigaban, cómo es que lo había logrado y lo había hecho de manera paulatina pero decidida. Muchos de ellos se alejaron de él y lo abandonaron. No cabe duda de que el alcohol es como la miel, adherente y muy sabroso. Sus bebidas favoritas eran el whisky, la cerveza y a veces el tequila. No pudo olvidarse del alcohol de un día para otro, ya que al beber cambiaba su personalidad, y eso era lo que más le gustaba: la transformación. Uno de sus amigos se sentía invisible cuando bebía y al comentárselo a Guadalupe, él también empezó a cambiar; varias veces, al beber, se transformó de manera notable. Si bien el alcohol puede ser algo maravilloso, también puede ser un elemento corruptor y distractor.



Roger Cummiskey, *La playa I*

Cuando uno deja de beber es incapaz de creer en la transformación y la energía que uno siente. Los tres hermanos, Guadalupe, Lorena y Rodrigo, eran gente nueva, disfrutaron el cambio y sobre todo su cama. Eran personas que no tenían ya inquietudes mayores. Guadalupe, el hermano grande, era, además, incansable y gozoso a diferencia de Lorena y Rodrigo, que siguieron manteniéndose como personas inquietas. Inducidos por el cine de entonces, era de alguna manera normal que se resistieran a abandonar el alcohol. Ellos eran machos completos y su hermana Lorena tomaba como natural el asunto. Olvidaron el machismo y optaron por dedicarse al comercio. Pusieron una casa de ventas. Se dedicaban a importar y exportar, y expandieron sus riquezas, de tal suerte que cada uno pudo comprar una casa individual. Un poco más adelante su negocio perdió vitalidad. Optaron por construir casas, seguros de que ése sería el negocio del siglo y al poco de haberlo echado a andar, se dieron cuenta de que no caminaba mucho. Pero una vez libres se intentan muchas cosas. Después del fracaso con la construcción y la venta de casas a causa de la falta de clientela, dejaron de actuar en grupo los tres hermanos.



Roger Cummiskey, *La playa II*



Roger Cummiskey, *La playa III*

Guadalupe no sabía que contaba con dotes de escritor y las descubrió. Lorena aceptó una propuesta de matrimonio y Rodrigo decidió irse al extranjero, en concreto a los Estados Unidos, donde consiguió un empleo vinculado a sus estudios de biólogo. Pensó: uno no debe buscar la riqueza antes que la salud.

Guadalupe, Lorena y Rodrigo tuvieron el éxito que buscaban una vez transformados y vueltos a ser ellos mismos. Mantuvieron la fraternidad y olvidaron los dineros. Lorena se casó con José Luis, un joven y apuesto abogado. La siguieron Guadalupe y Rodrigo y ambos se casaron con muchachas despiertas, inteligentes y divertidas. Un año después se reunieron los seis. Los tres hermanos se sintieron alegres de la reunión. En privado reflexionaron sobre el haber dejado de beber.

Compartieron lo difícil que les había resultado apartarse de la bebida y los beneficios indudables que otorga la sobriedad. Los tres sentían una evolución que les daba seguridad antes y después, pero distinta. Sobrios era una seguridad real y lo otro, además de acarrear malestares, era efímero. Ninguno de los tres había reincidido, pero no podían negar la sed por volver a tomar, aunque fuera una cerveza. Lograron sostenerse. Ella con el apoyo de su marido, Rodrigo de su amigo psicoanalista y Guadalupe por sus pistolas. Encontraron que era inseguridad en sí mismos. Alguno pensaba que los meseros no le harían caso. Lorena pensaba que no podría tomar el avión para regresar a su hogar en Minnesota y que sería repudiada por José Luis; fue más su miedo a eso que al vuelo, a pesar de que fue un vuelo largo e intenso.

Dos años más adelante volvieron a reunirse. Esta vez compartiendo lo que fueron pensando y con la certeza de que estaba bien. Lorena decía: si nuestros padres nos vieran se sentirían orgullosos de nosotros. Se armó una barahúnda, no era por su retorno que los padres debían sentir orgullo, ya que a fin de cuentas, Rodrigo afirmaba que era culpa de ellos, Guadalupe decía que tal vez y Lorena que de ninguna manera. Ella afirmaba que era su propia debilidad. Una vez calmados los ánimos, Guadalupe afirmó que eso era lo de menos, el asunto es que los tres hermanos se habían liberado de la prisión alcohólica.

¡Y qué bien se sentían los tres! Optaron por reunirse todos en medio año, es decir, con sus respectivos cónyuges y pasar unos días en alguna playa. Le dejaron a Lorena la decisión, ella escogió Puerto Vallarta. Allí fueron con sus cuatro respectivos vástagos. Los llamados, ignorantes de la triste vida de los padres y la madre, se decidieron a conocer a sus tíos y primos. Convivieron, y así los diez compartieron el amor que significa una familia. **u**

Mesías

Patricia Suárez

Cuando abrí los ojos, un rayo de sol desde la ventana me hizo volver a cerrarlos. Ya había amanecido, pero era un día de éstos en los que el sólo mover un dedo parecía imposible. Todavía no encontraba un motivo suficiente para seguir con la rutina pero me levanté porque ya me dolía la espalda. Me asomé a la calle y lo vi.

Desde que me mudé a este edificio, él ya formaba parte del paisaje. Siempre estaba sentado en la banqueta con el brazo estirado, pidiendo limosna y, por más intentos que los vecinos hacían por quitarlo, nunca se movía. A veces, cuando llamaban a la policía, él se esfumaba, aunque después de un rato aparecía como por arte de magia en el mismo lugar.

Yo disfrutaba observándolo porque parecía que nada le preocupaba. Me había acostumbrado a su presencia, a su olor a mugre, a su cara casi imperceptible detrás de su larga barba, a sus siestas interminables a lo ancho de la entrada; hasta me daba un poco de lástima. Cada vez que podía le daba dinero: él me dirigía una mirada profunda, mostraba un gesto que parecía una sonrisa y mascullaba algo que yo interpretaba como un *gracias*.

Mientras lo observaba desde la ventana, pensaba en qué tendría que pasarle a alguien para que terminara así y me inventaba historias que lo justificaran, algunas se parecían un poco a la mía. Me di un baño, me puse el vestido negro, me maquillé un poco para disimular la palidez de mi rostro y, sin ganas, me fui al trabajo.

Al regresar, estaba cayendo una tormenta. Encontré al pordiosero sentado junto a la puerta, resguardándose. Traté de pasar junto a él sin molestarlo cuando se levantó y me saludó. Respondí sin mayor interés, pues pensaba que si lo miraba insistentemente podría incomodarse. El olor a orines que percibí me provocó náuseas. Entré y aproveché para meterse rápidamente detrás de mí. Supuse que se quedaría en la escalera hasta que pasara la lluvia, así que no quise correrlo. Hice como si no tuviera importancia. Subí. Él me siguió. Cada paso resonaba en mi cabeza y se multiplicaba, combinándose con el ruido de la lluvia. Lo sentía muy cerca. Las piernas me temblaban. Imaginé todo tipo de escenas mientras ascendíamos: temí que me atacara por la espalda,

que me cubriera la boca, que robara las llaves y se quedara a vivir en mi departamento.

Me detuve ante la puerta y con miedo me volví a mirarlo. Él sonrió y dijo algo que otra vez no pude entender. Abrí y él dio un paso como si hubiera sido invitado a entrar. Entonces me armé de valor y le pregunté qué quería. Con una voz indescriptible, que no se asemejaba a los sonidos que había emitido antes sino con un tono que no parecía humano dijo *Quiero platicar contigo*. Mi piel se erizó y me paralicé al grado de que me fue imposible negarme. Mientras cruzaba el umbral de la puerta volví a aspirar su repugnante aroma y me arrepentí de haberlo dejado entrar pero ya era demasiado tarde.

Se dirigió a la sala como si el lugar le pareciera familiar, no sólo familiar, como si tuviera mucho tiempo viviendo ahí. Se me ocurrió que le vendría bien algo caliente, de modo que fui a prepararle un café. Se lo llevé hasta el sofá, donde descansaba ligeramente recostado. Yo pensaba en el trabajo que me costaría quitar la mancha del sillón blanco. Tenía los ojos cerrados. Su respiración era tan tranquila que creí que se había dormido. Cuando puse la taza sobre la mesa, abrió los ojos y su mirada se clavó en la mía durante unos segundos en los que podría asegurar que robó mis pensamientos.

Bebió el café de dos tragos. Me preguntó si podía darse un baño. Pudo ser el miedo lo que me hizo decirle que sí. Le mostré el camino y por un rato me quedé junto a la puerta, escuchando el agua y algunas expresiones que me hacían pensar que de veras lo disfrutaba. Estuvo ahí alrededor de una hora y salió, envuelto en mi toalla favorita, pidiéndome algo de ropa. Le di una playera y unos pants que le quedaron algo cortos.

Luego de decirle que había sido un placer ayudarlo le pedí que se retirara, pero él había venido a hablar conmigo y eso todavía no lo hacía, así que se volvió a sentar en la sala. *Estás triste. Te sientes sola y crees que ya no hay motivo para vivir. Lo que vine a decirte es que Dios no te abandona. Él está siempre contigo*.

Me levanté y enérgicamente le dije que no creía en sus patrañas y que era momento de que se fuera porque yo no tenía necesidad de escuchar los delirios de un pordiosero. Entonces habló de la profunda soledad que

él creía que me rodeaba, de mi alejamiento del mundo y de las personas. Me sentí descubierta, como si con una palabra me hubiera desnudado. No supe qué decir y me derrumbé en el sofá, frente a él. Se acercó, tomó mi mano, y con un beso me arrancó las lágrimas que estaban guardadas en mi pecho. El llanto fluyó como hacía tiempo no sucedía. Me abrazó y con su calidez aligeró mis cargas.

Dijo que desde ahora él estaría a mi lado y que Dios le había dicho que me guiara para entrar juntos en su reino, que él me mostraría la luz. No sabía qué hacer y lo único que se me ocurrió fue que ese hombre estaba loco. Habló sobre su Dios durante mucho tiempo, hasta que le dije que yo no creía en un ser superior y que mi salvación o perdición sería yo misma. Él insistió y puso su mano sobre mi frente. Tuve una sensación de paz que casi me hizo creerle. Me levanté, lo tomé del brazo y lo llevé a la salida. Abrí la puerta. En ese momento sus ojos se fijaron en el techo como si tuviera una visión, como si estuviera esperando una señal para continuar. *Dios existe y hay que recibirlo cuando lo encontramos. Todo lo material es efímero, solo él es eterno...*

Acaricié mi mejilla y volví a sentir un alivio casi mágico. Se fue. Cuando cerré la puerta gritó *Todavía no es tu momento, pero cuando estés lista, entraremos juntos en el reino de mi padre, de nuestro padre.*

Su aroma quedó en el aire durante horas. Pensé que la razón era la ropa sucia que se había quitado, así que fui a buscarla y no la encontré. Quizá la tiró por la ventana porque no vi la llevara consigo.

Al día siguiente pensé que lo encontraría afuera, pero no. Durante varios días estuve pensando en él, en sus palabras, en mi llanto, en la serenidad que me dejó. Me había hecho sentir bien por unos instantes, pero yo nunca había creído en dioses, no iba a empezar ahora.

Todas las mañanas, lo primero que hacía era asomarme a la calle para ver si había regresado. No lo vi durante varios días, pero me fue imposible olvidarlo. Lo busqué en las calles cercanas.

Lo encontré una tarde en un parque en medio de un tumulto. Me acerqué y lo escuché predicando, hablando de otro mundo, de otra dimensión en la que todos estaríamos mejor. Me reconoció de entre la gente, se dirigió a mí y pronunció una oración que me trajo el mismo descanso de aquel día en mi casa. Eran palabras comunes, que —sin embargo— me transmitían calma. Estuve ahí al día siguiente..., y al siguiente, únicamente para escucharlo. Una noche tuve la idea de que quizás él predicaba en otros momentos, cuando yo estaba dormida o cuando estaba trabajando. Me levanté en la madrugada y me fui al parque a esperarlo. Me convertí en su seguidora. Lo vi transformarse. Consiguió una túnica blanca que lo hacía verse radiante, como envuelto en un halo de luz. Levantaba los brazos al cielo, a la vez que ordenaba a todos que se arrodillaran ante él. Algunas personas lo escuchaban con atención; otros se burlaban. Tenía un séquito de indigentes.

Como no quiero perderme una sola de sus palabras, he dejado de hacer cualquier actividad que pueda distraerme o alejarme de él pero no ha venido. Hace mucho que estoy en esta banca, esperándolo. Las personas que pasan por aquí me miran con repugnancia, huyen de mí y, por más que pregunto, nadie me dice dónde está. Voy a seguir buscándolo porque él era el único que siempre me obsequiaba una oración.

Yo no creía en sus milagros, y me habría gustado decirle que en mi vida, lo más parecido a Dios había sido él, el indigente que me bendijo y con quien sólo podría entrar en un reino. **U**



El aliento

Rowena Bali

Estás empezando a desesperarme. Hace más de dos horas que estoy derramándome sobre ti sin recibir respuesta, nada pasa, nada. Sólo esta espera inmóvil fuera de mi turbulencia. Te arriesgas a que mis ojos de lupa terminen incendiándote. Quiero ver alguna señal de que éste no es un acto solitario, algún rumor saliendo de ti, pero sólo veo absurdos y surgen de mí.

Aquí en la antesala soy lo que quieres que sea: un paciente que espera tu voz mientras escribe.

Al fin la recepcionista habla:

—Es su turno, señor.

Te cierro de golpe, más tarde nos veremos, te sacaré una respuesta.

Entro al consultorio y verifico las señales de vida. El doctor es un tipo extremadamente cortés cuyos ojos solemnes parecen habituados a un camino invariable: de la casa al consultorio. Su nariz puntiaguda aspira con una precisión matemática y sus labios, tensos e impávidos, ceden una apertura de siete milímetros a un conjunto de palabras breve, pausado, perfectamente coherente. Su cuello, por el contrario, palpita con irregularidad y su piel pálida en el rostro se sonroja ligeramente ahí; esto se debe a que el nudito de su corbata está más apretado de lo recomendable. Sus dedos ejecutan movimientos injustificados, incluso cuando escucha en silencio mis confesiones. En una escala de vitalidad del uno al cien, él alcanzaría una posición por encima del treinta, esto gracias a la notable puntuación que le aporta su nerviosismo dactilar.

Empieza cuestionando mi egocentrismo, mis repeticiones constantes de la palabra yo. Me pregunta si hice el ejercicio que me dejó la sesión pasada, le digo que no, que estuve ocupado, que no puedo perder el tiempo en contar cuántas veces digo la palabra yo, que no puedo hablar de otro que no sea yo, y que no conozco un tema de conversación más vasto que yo. Me cuestiona sobre la realidad de los otros: le digo que mi realidad se impacta frecuentemente contra sí misma y que, por cierto, mis yos han sufrido serios descalabros. Le digo que no soy un ególatra, que también amo otras cosas y que, de hecho, nunca me he amado más que a ellas.

Entonces contraataca.

—Hábleme de su vida amorosa.

Es un tipo listo, me ha hecho esa petición muchas veces, sabe que oculto algo. Trato de escapar, emprendo mi huida hasta el diván, me concentro en su superficie gris y descubro cierto brillo vital ahí y entonces tallo y tallo y antes de conseguir que la felpa me responda con sus múltiples saludos eréctiles, el doctor me pide cortésmente que deje de hacerlo y que proceda a hablar sobre mi vida amorosa.

Para darle por su lado comienzo por repetirle la historia de mi padre, de mi madre, de mi hermano, de mi abuela, de la regadera. Pero antes de dejarme continuar me embosca.

—¿Estableció usted relaciones amorosas con algún miembro de su familia?

—No.

—¿No? Hábleme sobre su vida amorosa.

Tengo entonces que confesar, débilmente, que el amor es una de mis más derrengadas obsesiones, que me he visto atormentado por la pérdida de libertad que conlleva en todos los sentidos; si amo a una mujer tengo que ser extremadamente delicado, renunciar a mi naturaleza de animal enfermo, ésa es la actitud más apropiada. Introducir un miembro en la vagina de una mujer ha sido el acto más brutal que he cometido. Muchas veces, lleno de culpas, después de hacer eso con una mujer, solía imaginarla con otra, en su estado ideal, introduciendo sus dedos en una entrepierna más que reconocible, rememorando las noches en que, antes de mi absurda intromisión, se procuraba el placer más puro de su vida. Pero su tonta heterosexualidad la había llevado a desear mi burda compañía, a consentir que le rompiera la carne.

Si amo a un hombre puedo ser todo lo brutal que desee, aunque nunca he deseado serlo demasiado, actuar sin remordimientos, hacer y dejar hacer en un acto equilibrado. El amor homosexual es, dentro de una habitación, un acto perfectamente justo. Mas si salgo a la calle y en un acto de complacencia agorafóbica nuestras caderas, mórbidamente masculinas, se juntan y vemos a otros amantes; piezas que encajan en la ortodoxia y la epidermis, distintas a nosotros que siempre atentamos en coplas sobradas de espacio y de rebabas...

El doctor irrumpe:

—Pensé que el problema de su homosexualidad estaba resuelto.

Mi mente sufre un tormento terrible en ese instante; tres preguntas me agujeran el seso. ¿Es un problema que, como todo hombre, quiera dibujar mi ira en el cuerpo de otro hombre? ¿Es necesario redimir a la mujer de ese milenarismo empacho de manzanas? ¿Es un asunto de vida o muerte amarla?

Mis problemas empezaron el día en que empecé a enamorarme del jabón y terminé eliminándolo en el baño más caliente que me he dado en la vida, y se hicieron mayores cuando me enamoré del retrete y, después de emborracharme y vomitarle todo lo que podía darle mi corazón al suyo, me envió una cruel corriente que llevó mis entrañas al inframundo. Luego me enamoré de la cuadra de enfrente, de sus altas banquetas arboladas, fui su fiel novio indigente hasta que una fállica mole de dieciocho pisos y medio me suplantó y tuve que cruzar la calle y mirar su obscuro cortejo hasta que otros amores igualmente imposibles me distrajeran.

Es terriblemente desgastante susurrarle palabras de amor a una cosa que jamás nos retribuirá, que permanecerá inmutable ante nuestro derretimiento y, además, ¿qué tal si la cosa sí quiere corresponder?, ¿es posible imaginar la injusticia de un amor sitiado en la no existencia?

No puedo seguir, no puedo, no sé hasta dónde han llegado mis palabras; a estas alturas seguramente el doctor me ha descubierto, sabe quién soy, pero, ¿quién soy?

Una voz desde la recepción me lo recuerda:

—Su tiempo terminó.

Soy un paciente que sale del consultorio, que aprieta la mano del médico mientras dice hasta luego y piensa, piensa que todos están equivocados y se pregunta: ¿por qué el doctor con tanta contundencia afirma que es un síntoma esquizofrénico pasar por la calle y esperar que ésta se queje, que dé vuelta al frente, que dé una respuesta? ¿Por qué el doctor dice que los muros, los envases de plástico o los cuadernos no pueden gritar, romper al unísono su silencio mitómano? Seguramente porque está equivocado; es incapaz, como todas las cosas, de darme una respuesta satisfactoria, una respuesta que no se desfonde con el peso de una manzana. Entonces, en esa euforia castrada por el altavoz, vuelvo a ti, a nuestro devastado tálamo de papel. Lo siento, he sido duro contigo, pero tienes que entender: sólo te quedan algunas páginas para vivir, estoy empezando a desesperarme, si me dijeras algo yo conocería el significado de la vida, dejaría de pensar. Pero te callas, dejas que mi sudor se derrame sobre ti. Amigo, responde, ¡que respondas!, se te están acabando las entrañas, ¡grita!, ¡que grites! Haz algo por el amor de Dios, aprovecha esta oportunidad.

Entonces, en la jaculatoria gráfica de la última página, irrumpe tu voz carrasposa, tal como la imaginé; voz de papel, esa voz me transforma en lo que tú y el doctor querían que fuera: un hombre feliz. Me detengo bruscamente para escucharte.

—Señor, está usted rasguñándose la espalda con su pluma, por favor, deje de escribir. **u**

Este cuento pertenece al libro *La herida en el cielo* de próxima aparición bajo el sello Axial-Colofón, colección Tinta nueva.



Antonio López, *Lavabo y espejo*, 1967



Antonio López, *Taza de wáter y ventana*, 1968

El canario y la mina

Federico Campbell

El adelgazamiento de la superficie del Ártico, provocado por el calentamiento global, nos deja entrever un presente y un futuro terribles. Federico Campbell reflexiona acerca de las consecuencias ominosas para la vida en nuestro planeta.

*El Ártico es al clima lo
que el canario a la mina.*
Warwick Vincent

Por lo menos apocalíptica resulta la nueva sensación que se tiene a partir de los informes sobre el recalentamiento del planeta. Tal vez sólo a principios de los años cincuenta —ante la inminencia de un ataque atómico con el que amagaban los protagonistas de la Guerra Fría— se tenía un temor semejante: la sospecha de que se podría acabar el mundo.

Hay indicios ahora que no se tenían en el pasado. Se prevé que el verano será más largo y más caliente. Los países europeos se preparan para evitar en lo posible la muerte de ancianos por el calor como sucedió en Francia. En algunas regiones del mundo, en la parte más septentrional, se han advertido ya cambios en la conducta de ciertos animales —el oso polar, por ejemplo— que salen de mal humor a buscar un alimento del que aún no se dispone y se vuelven más agresivos y peligrosos porque se les ha interrumpido su sueño invernal.

El calentamiento del planeta también afecta a las brisas. A mayor calor del agua, el viento sopla menos. Por eso las competencias de regatas han tenido que establecer nuevos parámetros relacionados con la velocidad y las distancias.

A las aves migratorias también les está afectando el cambio de clima. No son insensibles, como otros sistemas biológicos, a los efectos del calentamiento global derivado de las emisiones humanas de dióxido de carbono. Y es que una de las primeras consecuencias de esta nueva condición física es la floración anticipada. En Europa se ha adelantado unos siete días. En España, donde la flor del almendro ya no brota en marzo, sino a mediados de febrero, el adelanto de la primavera sumado al retraso del otoño está dando como resultado tres semanas más de calor cada año.

En algunas aves el cambio del clima causa variaciones de orden genético y migratorio. Los trastornos en las costumbres migratorias de muchas especies están produciendo mutaciones morfológicas y genéticas en el pájaro herrerillo y el carbonero. “Los episodios de microevolución, que se han detectado en periodos inferiores a veinte años, se producen al haber comenzado a competir la aves por la comida y el territorio, de modo que los pájaros de mayor tamaño tienden a engordar y los de menos envergadura pierden peso y volumen”.

Si en el norte preservan sus zonas de cría, ahora más cálidas, se empieza a notar que ya pasan menos tiempo en el sur donde tienen sus cuarteles de invierno.

Hay lugares en Suiza y en el norte de Italia que siempre han estado bañados de nieve a principios del año.



Ahora, en enero, triunfaba ya la primavera y empezaban a florecer ciertos arbustos.

Para ilustrar la gravedad del problema, que quizá no tenga solución (según los más pesimistas), se han tomado como indicadores ciertos indicios que se dan en los polos, tanto en el Ártico como en el Antártico. El desprendimiento de enormes bloques de hielo, a veces tan grandes como la isla Tiburón, ha significado una señal de alarma para los estudiosos de estos fenómenos. Uno de esos bloques en la costa de Canadá ha medido más de quince kilómetros de largo, cinco de ancho y ha pasado a ser una isla a la deriva. El verano recorre las islas. Se supone que se soltó, del fiordo de Ellesmer, una isla canadiense, y desde entonces ha navegado más de cincuenta kilómetros. La causa es la misma: el cambio climático. El Ártico es el lugar del planeta que más se está calentando. Se deshiela Groenlandia, los glaciares de Alaska se funden y para el año 2040 no quedará hielo en el océano durante el verano. Ya hay planes de sacar petróleo de zonas hasta ahora inaccesibles e inexplorables.

Warwick Vincent, de la canadiense Universidad de Laval, no oculta su preocupación: las seis barreras de hielo permanente en el Ártico se han reducido en un 90 por ciento. Y ese indicador es muy importante, supone un presagio ominoso.

Dice el científico que el Ártico es al clima lo que el canario a la mina. “Si así es, tenemos un canario agonizando a nuestros pies, el grisú (metano desprendido de las minas de hulla que al mezclarse con el aire se hace inflamable y produce violentas explosiones) nos llega al cuello y seguimos picando”.

La comparación literaria alude a muchos cambios que se han dado en los últimos cien años, tanto en lo tecnológico como en lo climático. Los mineros se protegen ahora con máscaras antigás y con equipos especiales para medir la densidad del gas, pero durante muchísimos años se servían de un canario para medir la toxicidad de la mina. No era extraño ver a la entrada de los tiros varias jaulas portátiles que iban recogiendo los mineros antes de introducirse en el foso. Se trataba de uno de los recursos más antiguos para detectar la presencia de gas metano en las minas de carbón. Era un método muy efectivo y muy fácil de interpretar: si el canario moría los mineros tenían que salirse de inmediato.

Y tenía que ser un canario. Un ratón podía dar señales equívocas porque después de empezar a desfallecer tarda más tiempo en morir. El canario es muy sensible al monóxido de carbono. Canta durante todo el día y pía, pero en cierto momento su metabolismo advierte el metano y el monóxido de carbono, que anticipan posibles explosiones y aire envenenado, y se queda inmóvil y horizontal como si estuviera dormido. **U**

Nahui Olin, sin principio ni fin

Devorada por sí misma

Silvia Molina

A partir del comentario del libro Nahui Olin, sin principio ni fin de Patricia Rosas Lopátegui, Silvia Molina nos ofrece el bosquejo de una de las figuras más destacadas de la vida cultural y del imaginario erótico del siglo pasado.

Estudí en el Colegio Francés de San Cosme, donde lo hizo Carmen Mondragón (1893-1978). Y cuando lo pienso y vuelvo a las aulas y corredores llenos de voces de las *mesdames* viejitas —como Marie Louise Crescen- ce, a quien le dedica *À dix ans sur mon pupitre*— que se dirigían siempre a nosotras en francés, puedo ver en 1904 a la niña Carmen Mondragón, de uniforme azul marino y trenzas rubias, jugando quemados a la hora del recreo en el patio mayor, sin imaginarse siquiera que le esperaba una vida llena de tragedias.

La “chica” Mondragón, que tiempo después no re- conocieron como suya las mismas *mesdames* del cole- gio, cargaría desde entonces la ansiedad en su pluma y la cruz de su belleza y sensualidad —aterradoras para la mirada de su tiempo—, como la premonición de un fu- turo conmovedor.

A lo largo de su vida, ochenta y cinco años, iría acu- mulando los secretos de su desequilibrio emocional. Quizá los más terribles fueran la actuación de su padre, el general Manuel Mondragón, durante la Decena Trá- gica, nada menos que contra el esposo y el cuñado de su madrina de bodas; la vergüenza del único matrimo- nio que tuvo; la muerte de su hijo; el infierno de los ce-

los al Dr. Atl; la partida del capitán Agacino, la sole- dad, la pobreza, los gatos y la locura.

Sobre el pasado de su padre, no pudo más y alzó la voz: en 1925 escribió una carta en respuesta a Jorge Sán- chez Azcona que involucra al general Mondragón en los hechos de la Decena Trágica:

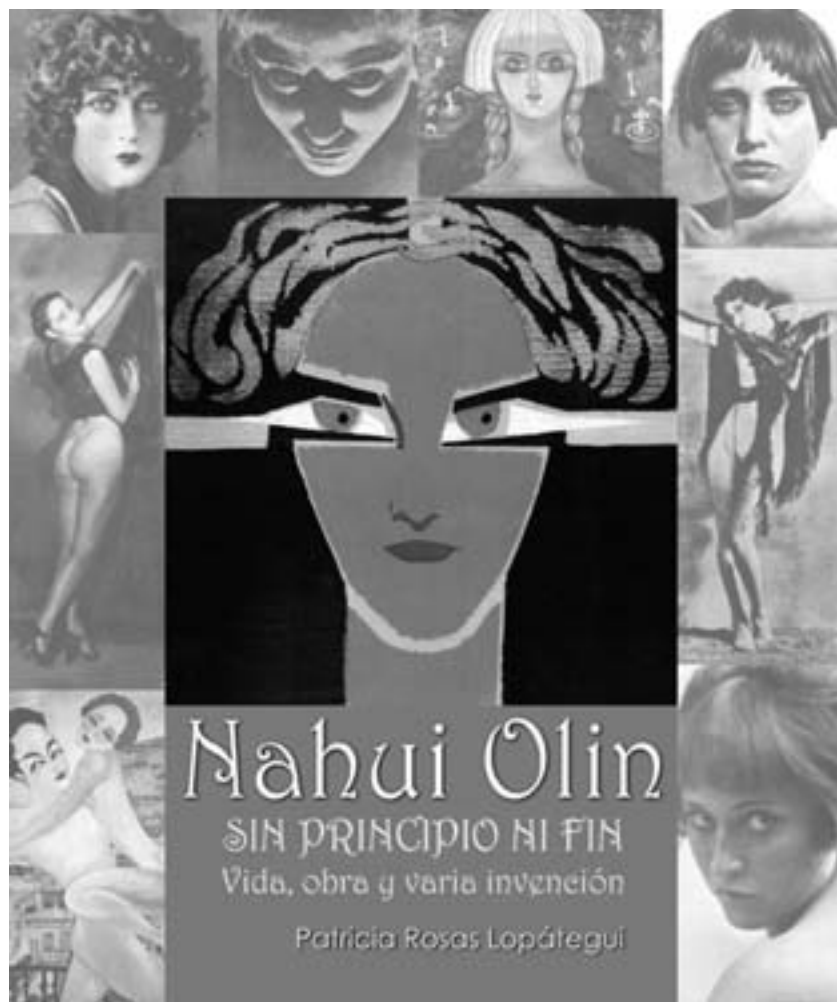
Yo, como mujer, no puedo lanzar el guante personalmen- te contra acusadores inofensivos, pero sí lanzo el guante para batir con la pluma a todo aquel que tocara el nom- bre de mi padre sin justificarlo,¹

y donde anuncia un libro que nunca, por desgracia, nos llegó:

Este libro será una obra firme que ya está en prensa, en Europa, donde tanto han admirado el talento de este úni- co artillero y técnico mexicano.²

¹ Patricia Rosas Lopátegui, *Nahui Olin, sin principio ni fin. Vida, obra y varia invención*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Mon- terrey, 2011, p. 297.

² *Idem*.



Aquella “chica” que no sabía que iba a ser satanizada como Guadalupe Amor con quien se emparenta, sobre todo en la vejez y en varias de las manías como aquella de errar sin rumbo por las calles de la ciudad, y que cegó con la luz de sus ojos verdes a jóvenes y viejos, terminó siendo la sombra de su sombra, como lo cuenta Elena Poniatowska, en voz de Lola Álvarez Bravo y Juan Soriano, en *Las siete cabritas*. Habla doña Lola:

Andaba por Puente de Alvarado como ruleteando, la pobrecita. Se ponía unos vestidos de una tela muy brillante, muy corriente, totalmente ceñidos y muy escotados, con una florezota de papel en el pecho.³

Relato desolador, donde la vemos con el brillo de sus ojos tan apagado que para atraer a sus visitantes prende con el calor de sus manos un foco, lo que desconcierta más a los intrusos de su intimidad.

Cuando escribió aquella carta queriendo justificar a su padre tenía dos años de casada y sólo veintidós de edad, pero era consciente de que con la pluma se puede batir a los gigantes y a los magos que los convierten en molinos. Qué seguridad la de su escritura, entrenada

³ Elena Poniatowska, *Las siete cabritas*, Ediciones Era, México, 2000, p. 73.

desde los diez años, qué manera de verse, expresarse, juzgarse y observar el mundo que la rodeaba.

Nueve años de matrimonio incierto terminarían en una desbordada pasión con el Dr. Atl, quien como sabemos la conduce por los caminos telúricos del arte y el ardoroso de la entrega.

El mismo Atl, que la bautizó en náhuatl con el nombre de Nahui Olin, hizo desaparecer una *e* a su sobrenombre quizá para impedir que la palabra, malentendida y peor pronunciada, la fuera a ensuciar, sin darse cuenta, entonces, de que él mismo contribuiría a hacerlo. En la nación mexicana sólo unos cuantos conocen la lengua de los aztecas y le habrían dicho “Ollín” aunque se pronuncia “Ólin”.

Nahui (que no Nahuí como se le dice) escribe sin freno y rigor, y pinta sin enredarse en técnicas ni escuelas aunque fue iniciada en la pintura, pero se deja ir para expresarse libremente. Hace ambas cosas, e incluso música, como le dicta su corazón inocente de *petite fille* del colegio francés: con espontaneidad, ingenuidad y frescura.

EN MIS MEDIAS⁴

En mis medias / hay / una cosa / que es mi carne / que se mira / sintiendo / placer / y son / medias / de seda / de color / negro / que tienen / una cosa / dentro que se mira / de lejos / de cerca / con placer / allá — acá — / hay / en mis / medias / una cosa / que se mira / con gula / y por más que se diga / es mi carne / la que se ve / a través de / la seda / de mis medias / acá / allá.

Asimismo ama sin freno, da rienda suelta, se exhibe sin bridas; se convierte en esa llama que confiesa ser abrazada por sí misma.

¡Qué libro el que nos entrega Patricia Rosas Lopátegui! Una enciclopedia de casi seiscientos sesenta páginas sobre Nahui Olin, el cuarto movimiento o lo que es lo mismo, el Quinto Sol (esos soles podrían ser ella, Pita Amor, Frida Kahlo, Nellie Campobello y Elena Garro), cinco mujeres que brillaron por sí mismas en un tiempo de tinieblas adversas a su inteligencia.

Sin duda, esta obra contribuirá a sacarla del rincón donde ha sido castigada por la osadía de manifestarse con libertad, posar para los mejores pintores (Diego Rivera, Roberto Montenegro, Atl, Rosario Cabrera, Santoyo, etcétera) y fotógrafos de la época (Antonio Garduño, Edward Weston, etcétera) y entregarse desenfrenadamente como sólo lo podía hacer una mujer que tuvo por marido a un hombre que no podía darle gusto.

Patricia Rosas Lopátegui recoge en este libro *Nahui Olin, sin principio ni fin. Vida, obra y varia invención*

⁴ Transcribo el poema sin respetar la formación original por razón de espacio. En Patricia Rosas Lopátegui, *ibidem*, pp. 84-85.

publicado por la Universidad de Nuevo León —que al paso que va será la envidiable editora de todos los trabajos de esta mexicana de la Universidad de Texas a quien le ha dado por trabajar con avidez la obra de las escritoras mexicanas—, no sólo los escritos *casi* completos de Nahui Olin (porque al parecer Tomás Zurián, su mayor devoto y a quien le debemos su rescate lo mismo que a Adriana Malvido, tiene dos manuscritos que piensa dar a luz. Tal vez uno de ellos sea aquel que dijo haber escrito sobre su padre) sino los principales testimonios que tenemos sobre esta mujer, pintora, escritora y compositora, lo que por cierto casi nadie consigna, quizá porque no fijó en el pentagrama las notas de sus composiciones.

Leemos con alegría y enorme curiosidad reseñas periodísticas, notas, artículos, poemas y testimonios que van del Dr. Atl, pasando por los recién nombrados Zurián y Malvido, Adela Fernández, Armando Ponce, La China Mendoza, Adriana Moncada, Elena Poniatowska, Raquel Tibol, José Emilio Pacheco, Héctor Trillo, Guadalupe Amor, Felipe Gálvez, Sergio González Rodríguez y muchísimos más porque la lista es larga. Nahui vista como mujer, como pintora, como escritora en su contexto histórico y cultural.

El libro tiene un prólogo de Tomás Zurián, unas palabras preliminares y un proemio de Patricia Rosas Lopátegui y siete partes: Obra de Nahui Olin, Nahui Olin en la obra del Dr. Atl, Rescate hemerográfico y otros documentos de y en torno a Nahui Olin, Un poema y dos semblanzas, Estudios biográficos: vida y obra de Nahui Olin, Los años noventa y el nuevo milenio. Y luego vienen: A manera de epílogo, Cronología de la vida y obra de Nahui Olin y Bibliografía general.

¿Por qué se olvidó o se relegó a esta pintora y escritora si cuenta con la admiración de tantos intelectuales? ¿Por qué su escritura tiene algo de esa niña espontánea del Colegio Francés? ¿Por sus amores o su locura o su propia marginación? Quizá por su postura impetuosa y su estilo de vida desconcertante. Es hora de hacerle justicia: ya se la han hecho Zurián, Malvido y Rosas Lopátegui con este estudio que servirá para estudiarla en serio porque sus libros eran inconseguibles. Si la obra de Nahui Olin no valiera la pena, Patricia no podría haber recogido tanto testimonio ni tantas notas en torno a su vida y a su obra. Pienso que Nahui fue vanguardista y que hay que juzgarla como una mujer que nació a finales del siglo XIX y se formó a principios del siglo XX.

Ojalá que las palabras de José Emilio Pacheco⁵ se hicieran realidad y la fridomanía diera paso a la nahuimanía:

⁵ En Patricia Rosas Lopátegui, *Carmen Mondragón (1893-1978). Más que tuya Nahui Olin*, p. 516.



Nahui Olin en una fotografía de Antonio Garduño, s/f, colección Tomás Zurián Ugarte



Nahui Olin en una fotografía de Antonio Garduño, s/f, colección Biblioteca de arte mexicano Ricardo Pérez Escamilla

Todo empezó en 1975. Las cartas a Manuel Rodríguez Lozano de Antonieta Rivas Mercado iniciaron un movimiento al que dieciocho años más tarde debemos *Tini-sima* y la divinización de Frida Kahlo. *Nahui Olin. Una mujer de los tiempos modernos*, el libro de Tomás Zurián con textos de Rafael Tovar y de Teresa, Gerardo Estrada y Blanca Garduño, que sirve de catálogo a la exposición en el Museo Estudio Diego Rivera, parece destinado a ser el comienzo de la apoteosis de Nahui Olin; seguirán una biografía por Fabienne Bradu, autora de *Antonieta*, obras teatrales de Emilio Carballido y Víctor Hugo Ras-cón Banda, una película de Yamina del Real.

Si no recoge el desafío Madonna que en su antilibro *Sex* intenta, mediante el maquillaje, la escenografía y la mercadotecnia, lo que Nahui Olin hizo en la realidad y sin parafernalia, casi puede afirmarse que otros se encar-garán de convertir a Nahui Olin en el último mito sexual del siglo agonizante. La nahuimanía reemplazará a la fri-domanía. Habrá posters, postales, camisetas, gorras con las iniciales N.O., líneas de perfumes y productos de be-lleza. Los desnudos de Carmen Mondragón poblarán las ciudades...

Ojalá esa nahuimanía no fuera sólo como un mito sexual sino como un homenaje a una mujer de gran sensibilidad, con talento, que practicó varias artes y que se sabía diferente:

*Lloro de dolor*⁶ / Desgraciada de mí / no tengo más que un destino: morir / porque siento mi espíritu / de-masiado amplio y grande para ser comprendido / y el mundo, el hombre y el universo / son demasiado pe-queños para / llenarlos. / Quiero morir / es necesario desaparecer / cuando no se puede respirar / ni desplegar las alas.

Viva Nahui Olin. Feliz cumpleaños te deseamos tus admiradores. **u**

⁶ En Nahui Olin, *Una mujer de los tiempos modernos*, INBA, Méxi-co, 1992, p. 117 (fragmento).

En esta dirección se pueden ver obra y fotografías de Nahui:
<http://es.scribd.com/doc/75323853/Nahui-Olin-Una-Mujer-de-Los-Tiempos-Modernos-Completo>



Anónimo, Nahui Olin con dedicatoria al Dr. Atl, s/f, colección Tomás Zurián Ugarte

Reseñas y notas



Claudia Guillén



Henri Bergson



Eduardo Mata



Guillermo Fadanelli



Peter Sellers



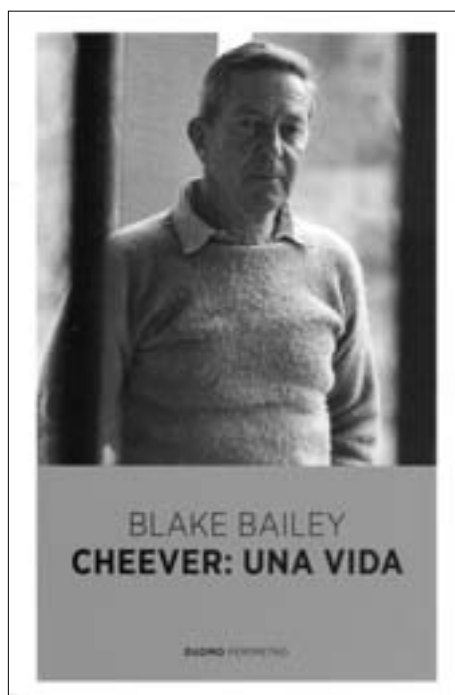
Charles Lamb

Cheever, condenado invencible

Edgar Esquivel

“Me llamo John Cheever y usted se ha vuelto loco”. A mediados de la década de 1970 farfulló estas palabras a un policía el delirante y excepcional autor de *Falconer* y *La geometría del amor*, quien se encontraba sentado en una banca de la avenida Commonwealth, en Boston, bebiendo junto a un vagabundo. Deambulaba por la ciudad (donde impartía una cátedra universitaria) completamente ausente y arrobado por el alcohol, las depresiones y un pasado lacerante.

Tres décadas después de su muerte, ocurre el 18 de junio de 1982, John Cheever se mantiene impasible ante la futilidad de la fama literaria haciendo apología de sus secretos y sus desencuentros con la realidad. Y es que no todas las vueltas de tuerca son iguales: Cheever no se perdió, sólo ha ponderado su presencia y obra ante las exequias del tiempo. Quizás es algo semejante a lo que se narra en “Oh ciudad de sueños rotos”, donde el pasmoso Evarts Malloy —un improvisado y gris dramaturgo— y su familia deciden, después de una inaugural y breve estancia, abandonar la ciudad de Nueva York por motivos parecidos a los que huyen de la incompreensión y el fracaso. Debut y despedida: por vez primera conocían una urbe semejante, no había mejor sitio para que Evarts se revelara al mundo como creador de excepción; habían dejado su tierra (Wentworth, Indiana) para exhibir su talento y obtener la justa recompensa: fama y fortuna. Todo iba bien para acabar mal. La presurosa salida de la familia Malloy de la gran ciudad es un regreso con sólo dos estaciones posibles: tornar a casa o continuar el viaje hacia otras latitudes, donde no existe un pasado que les condene; la impasible búsqueda del reconocimiento sin tregua. El final de la breve y anodina estancia de los Malloy en Nueva York, donde la



suerte es ausencia definitiva, emplaza al lector a no dar crédito, pese a la sugerencia contraria, al desenlace elemental de un trajinar que se antoja absurdo e inevitable: lo que puede ser un viaje ideal termina por incitar lo contrario, un *lado B* de las cosas, amargo y frustrante, propio también.

“... diré que no poseemos más conciencia que la literatura; que su función como conciencia es informarnos de nuestra incapacidad de aprehender el horrendo peligro de la fuerza nuclear. La literatura ha sido la salvación de los condenados; la literatura, la literatura ha inspirado y guiado a los amantes, vencido la desesperación, y tal vez en este caso puede salvar el mundo”. Apremiante convicción que le confortó y guió aun en los momentos más terribles de la duda, la frivolidad y los excesos; en el hecho de llevar consigo la ambivalencia de la farsa; de tener “muchos esqueletos en el armario”, un infierno privado en el que la debilidad por la bebida y los ocultos apetitos carnales le condenaban y redimían.

En la biografía escrita en 2009 por Blake Bailey (*Cheever: una vida*, monumental testimonio editado en español por ediciones Duomo en 2010), no se hace el rescate de

un autor que refrescó la literatura en la época posterior a la Segunda Guerra (no lo necesita), sino que ilumina con profusión el batallar cotidiano de encontrarse: escritor de la clase media que afirmaba su época trascendiéndola a empujones de pose y lances de celebridad que socavaban esa intimidad que auspiciaban al creador puro y su derrotero: el temor a ser comprendido. Por años Cheever lindó un abismo y supo delinear un paisaje personalísimo, en el que supo poseer con discreta diligencia sus placeres. Estuvo a la altura de sus afirmaciones, de sus miedos y melancolía: la apariencia de felicidad plena era el mejor escape, de la misma forma que —aventuro por intuición— la academia le ha relegado por desdén o falta de entendimiento (el propio Bailey lo afirmó en una entrevista para el diario *El Clarín*) le ha conferido una reputación distinta, no de aula —filistea—, sino *cocteauniana*: “La literatura es una forma de la memoria que no recordamos”.

“Para mí, una página de buena prosa es aquella en la que puedes oír la lluvia, una página de buena prosa es aquella en la que oyes el sonido de la batalla... Para mí, una página de buena prosa es el diálogo más serio que pueden mantener los hombres y las mujeres inteligentes de hoy en día en sus intentos por cerciorarse de que los juegos del planeta arden de manera apacible”. Quiso John Cheever escapar de su soledad mediante la escritura y en esa intencionalidad, ha referido su hijo Benjamin, desarticuló el aislamiento de otros: aprehender el mundo en su exacta perplejidad y dureza aterciopelada mediante un puñado de relatos excepcionales. La actualidad literaria podrá ignorarlo o decir que no lo logró, pero con él constancia queda que “una página de buena prosa siempre será invencible”. **U**

Poesía

Prurito del sinsaber

Jorge Contreras Herrera

Sinsaber, el nuevo poemario de Guillermo Vega Zaragoza, es un territorio, una isla, un destino. Consta de cuarenta poemas repar-tidos en dos secciones: “Registro de causan-tes” y “Sinsaber”, por lo que se puede hablar de dos edades: en la primera, el au-tor se arroja a la conquista de las mujeres y se intoxica de todo cuanto hay en el amor. En la segunda, las mujeres se han ido, les reclama, le duelen, las invoca.

El poema que abre el volumen es “Prurito amoroso” y el prurito, nos dice el *Diccionario Enciclopédico Océano*, es: “Comezón viva y prolongada, así como el empeño en hacer algo de la mejor forma posible, por amor propio”. Solemos relacionar el deseo con la comezón y el rascarse con el placer, aunque para ello nos broten heridas que a su vez, como es natural, nos sangran, y como diría Octavio Paz: “cada herida es una fuente”. Así, la herida del poeta es la vulva por la que nace la amada, musa, novia, amante o asesina (nuestra, claro está). A Zeus le brota la idea, al poeta su propia patria, es decir, la mujer en la que habita, a la que dedica sus cantos, poemas y conjuros de amor y de la que constantemente está exiliado.

La herida, al mismo tiempo, es por donde brotan los poemas y por donde podemos ver el alma, el hueso con que se burilan las palabras sacras, que no han de borrarse ni con el olvido; brotan poemas que son frutos hechizados con los que la musa ha de alimentarse: quizás ahí el placer derive de placenta y rascarse sea otra forma de caricia violenta y apasionada.

No es fortuito que ese primer poema se inicie como incitando a una tertulia filosófica y poética: “El amor / (lamento contradecirlos / señores poetas / de éste y otros siglos)”. Este poemario es comezón viva que arde con el fuego de los enamorados mal

correspondidos, de quienes surgen los me-jores poemas, pues es el deseo el que les hace alcanzar lo deseado. Por eso al autor nadie lo engaña: sus poemas son el mapa por el que recorre a la mujer como una ciudad, incluyendo “el suburbio más húmedo”, donde su alma es un purgatorio y habitan aquellas almas que no se salvan de ser poseídas, devoradas y gozadas.

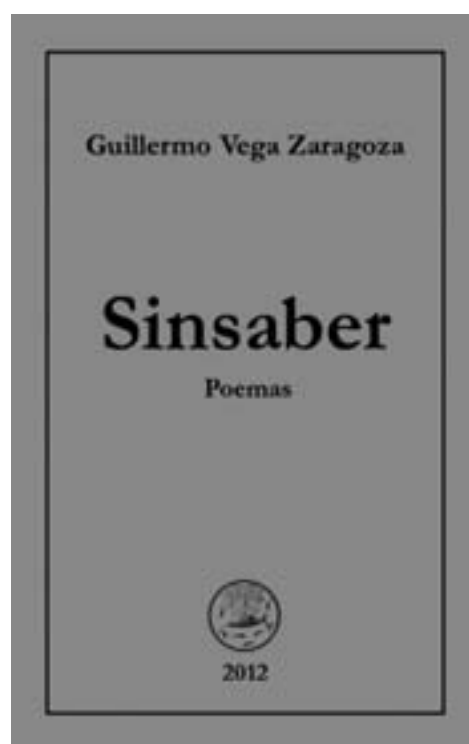
Otro destino del poeta es renombrar el mundo, crear el amor y nombrarlo con nombres nuevos. Nuestro autor lo logra en sus versos, y así, la noche es la distancia; la mujer, misterio; su cabello, capricho desatado. Se podría hacer todo un glosario al respecto, pero basta con leer y releer este poemario, retrato de ansiedades.

Vega Zaragoza presenta este libro como un territorio edénico para la amada que arde en su propio deseo, diciéndole: “Déjate ir, aunque te pierdas, / estás segura en

el jardín de mi pecho”. Y acaso haya otro tema, incluso la muerte o la vida, pero son también temas del amor, por un lado, el aterrador dardo untado de veneno enamorado de Eros, y ay de aquel que lo respire, lo mire o sea herido por su saeta. No habrá marcha atrás que armarse de poesía para batirse en duelo de cortejos para enamorar o morir. Y por otro el *thanatos*, el ángel de la muerte que apunta hacia la vida, la tensión vida-muerte siempre constante en su poética.

Los poemas también embriagan y en este libro hablan de un hombre que ha amado tanto a la mujer como a las letras, y en las palabras ha sabido contener ambas, sin que ellas puedan hacer algo por salvarse o no entregarse. Es, en este sentido, un poeta mago, un brujo que a veces se convierte en árbol para ofrecerle frutos que la alimentan, otras veces es dolor semejante al parir del mundo una montaña.

Entrar en la poética de Guillermo Vega Zaragoza es ingresar en los instantes o silencios precisos en los que la soledad es una copa de nostalgias y embrujos por amarse en la amada. Además —y no sé si lo haya hecho con premeditación—, realiza perfectamente una antigua fórmula poética: en *La Diosa Blanca*, Robert Graves nos habla de “El cuento de Taliesin” (el poema enigmático de Gwion). Al nacer Taliesin es sumergido por las brujas en un caldero, dejando sólo fuera de éste su talón; el niño al crecer es perseguido por la Gran Bruja, pero él también tiene atributos mágicos, así que se transforma en liebre, y la bruja en águila; al final, ella se convierte en gallina y él en grano de cereal, la bruja lo come y ella queda preñada de él, con el tiempo nace, y como ahora es su hijo, no se atreve a matarlo. Guillermo Vega nos dice: “Para



cumplir con su cometido / los que besan deben consumirse mutuamente”. En otro: “Me ama tanto / que quisiera devorarme y me invade la angustia”. Otro más: “de la fusión inevitable, eterna y fugaz, / que es morir trenzados”. Hay más: “Me gusta cómo te bebes la vida, sin dejar una sola gota de momentos. / Quisiera ser el vaso interminable de tu sed”. Sin duda, el alimento es uno de los temas constantes en su poética; así podemos encontrar más ejemplos. El deseo y el recuerdo, incluso el olvido son bebida que se toma con impaciencia.

El deseo habita los versos del poeta, echa sus verdades que golpean como campanadas en el pecho. Uno puede elegir casi cualquier poema y dedicárselo a más de una o a todas las mujeres que ya no están y a las que están por llegar. En este sentido, el poema, como obra de arte, es el quehacer más íntimo, el que requiere más concentración; no nace del mismo modo que nace una novela o un cuento; en el poema hay más que

alma y es un instante intenso como la explosión de una estrella o la implosión de un beso. Hay poetas que se esfuerzan por hacer los versos más oscuros y con parafernalia, con la intención de impresionar, pero Guillermo Vega sabe qué hay que decir: no sólo lo que se quiere decir sino lo que debe decirse.

El poeta es un cínico elegante: ha logrado dominar la palabra igual que el shakespeareano Próspero. Ha logrado poseer a las mujeres que ha querido poseyendo lo que otros no han logrado, que es entrar a sus mentes, a las regiones más íntimas de la mujer, por eso no importa que se vayan o que se queden. El poema es una extensión que se queda como una voz que las recorre eternamente. Las hace suyas con el hedonismo de saberse único, de sembrar caricias insondables que reventarán, quién sabe cuándo, que son bombas de tiempo que explotarán como un orgasmo en el instante en que ambos se piensen o se reconozcan.

Hay una musa en este libro, quizás ella sabe que los poemas tienen esa provocación que desata huracanes de cabelleras isleñas. Yo no sé, intuyo apenas que la voz de estos poemas retumba con mayor sonoridad en las islas, rodeadas de cielo, mar y tierra. El fuego está en los versos. Cito nuevamente a Octavio Paz: “Todos los hombres son hombre que es otro y yo mismo. Yo es tú. Y también él y nosotros y vosotros y esto y aquello...”. El poeta se reconoce y nosotros nos reconocemos en él.

Finalmente, en el último poema de *Sinsaber*, Guillermo Vega dice: “Dios: Líbranos de los poetas”. Pero qué nos queda sino salpicarnos con esas verdades que nos hieren, que nos sangran y que le dan sentido a la vida, que le dan sabor a lo indefinible para alimentarnos con retumbos de verdadera poesía. **U**

Guillermo Vega Zaragoza, *Sinsaber. Poemas*, edición de autor, México, 2012, 76 pp.



David Mardi, *El deseo se marca en sonidos*



Dita Léndez, *Oscuridad interior*

Lo que sea de cada quien

La aritmética de González Uribe

Vicente Leñero

Cuando José Sánchez Villaseñor planeaba la carrera de Ciencias de la Comunicación para la Universidad Iberoamericana, yo solía acompañar a Ramón Zorrilla a visitar al jesuita. Los oía debatir sobre los planes de estudios y a veces metía mi cuchara para proponer materias prácticas del oficio reporteril. Ellos no querían formar reporteros, querían líderes de opinión.

En 1962, sin embargo, me invitaron a dar una clase de periodismo a la segunda generación, en la unidad de la calle Zaragoza. Acepté más por apremios económicos que por vocación de maestro. Esto no era como la Septién García, con muchos sencillos, sin pretensiones universitarias, sin aspiraciones filosóficas.

Los alumnos me vapulearon desde el principio. A ellos les interesaban sobre todo las teorías en boga de McLuhan —el medio es el mensaje—, no el qué cuándo dónde cómo de la estrategia noticiosa. El día en que intenté inculcarles conocimientos tipográficos ellos reaccionaron apodándome “el cuadratín”, un sobrenombre que me hacía sentir cajista de imprenta, no profesor universitario.

El grupo se me salía de las manos frecuentemente. Mientras escribía en el pizarrón sobre picas y puntos (10/10, 11/12) oía a mis espaldas murmullos, risitas, revuelos de quienes se escapaban del salón. Entonces me daba la vuelta de repente y clamaba:

—Examen sorpresa de conocimientos periodísticos. Saquen un papel. Contesten. Quién es el subsecretario de Economía. Quién es el presidente de Costa Rica. Quién es el secretario general de la OEA. A qué país pertenece la isla de Tasmania.

Estaban justificados mis miedos porque en aquel grupo militaban alumnos que con el tiempo se volverían gente importante:

Francisco Prieto, Bruno Newman, Raúl Cremoux, Cristina Romo, Francisco Rodríguez Ezeta...

Así la fui llevando con esa generación. Incluso acepté un segundo grupo —los apremios económicos se mantenían— cuando la Iberoamericana se cambió a la Campesstre Churubusco. Una mañana, después de clase, me llamó a su despacho el jesuita Héctor González Uribe, director de la carrera. Los alumnos le decían El Rino, en relación con una obra de Ionesco, *Rinoceronte*, pero nunca entendí la conexión.

Temí un regaño por alguna queja escolar contra la superficialidad de mis clases. Sin embargo, González Uribe me recibió con extrema afabilidad:

—Tome asiento, maestro. ¿Gusta un café?

—Gracias.

—Necesito hacerle unas preguntas de orden logístico —dijo—, nada importante.

—A sus órdenes, doctor.

—Usted da dos horas de clases, ¿verdad?

—Martes y jueves de ocho a diez, doctor.

—¿Llega a las ocho en punto, o un poco después?

—A las ocho cinco, a las ocho diez... según el tráfico.

—Digamos a las ocho y diez —y se puso a escribir números en un papel—. No hay problema, es correcto. ¿Y se sigue hasta el final?

—No, hacemos un *break* a la mitad.

—Muy razonable, maestro.

—Tomo un café con los alumnos. Conversamos de asuntos periodísticos, de literatura...

—¿De cuántos minutos es eso que usted llama *break*?

—Quince, veinte minutos, doctor... ¿Está mal?



—Para nada, maestro, para nada —y anotó—. Digamos quince minutos.

—Luego sí, ya me sigo hasta el final.

—¿Y se va a las diez en punto o un poco antes?

—Un poco antes, a veces. Cinco minutos antes, doctor.

—Muy razonable.

González Uribe, El Rino, se puso entonces a sumar. Levantó la cabeza, se compuso los lentes:

—Tenemos entonces lo siguiente, maestro: diez minutos al empezar, más quince minutos de *break* y cinco minutos al final... suman treinta minutos. Eso quiere decir que estrictamente hablando usted no da dos horas de clase sino una hora y media. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, doctor.

—Por lo tanto, en lugar de pagarle dos horas como hemos hecho, le pagaremos, en justicia, una hora y media a partir del mes siguiente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —volví a decir, y a partir del mes siguiente dejé de dar clases para siempre en la Universidad Iberoamericana. **u**

A través del espejo

Súbito elogio del aburrimiento

Hugo Hiriart

Nuestra vida diaria se caracteriza por el quehacer, por nuestros pequeños fines inmediatos (voy a comer, bañarme, recoger esto, a la oficina, tengo que hablar con X, comprar Y, preguntarle algo a Z), llenamos nuestro día con urgencias inmediatas. Ordenamos a través de tensiones hacia el futuro, así ordenamos como oímos música: ¿y luego?, ¿y luego?, ¿qué sigue, qué sigue? Saturamos a veces, “no tengo tiempo de nada” o “esta ciudad es imposible”, nos quejamos.

En una ordenación como ésta no tenemos la menor oportunidad de volvernos hacia nosotros y captar el microcosmos que ahí delicadamente se manifiesta. Tampoco podemos reflexionar sobre nada que no sea quehacer inmediato. No es que ya no razonemos, razonamos, y mu-

cho, pero razonamientos prácticos, para la acción, no meditación lenta, de mayor calibre y gratuidad.

Volvernos sobre nosotros o reflexionar supondría dos cosas, ambas prohibidas: una, detenernos, y otra, ser capaces de permanecer ociosos. No son lo mismo. El enemigo de ambos es la ansiedad. Los quehaceres continuos enajenan, pero alivian la ansiedad. Dan sentido, frágil y en el fondo falso, a las cosas. El mundo detenido casi inmediatamente empieza a parecer absurdo. Hay que ponerse en movimiento, hay que actuar, hacer algo. Leer el periódico, ver la tele, hablar con alguien, lo que sea antes de permanecer ociosos. Nos da temor, mucho o poco, según, estar sin hacer nada.

Es un error toda la moralina contra la ociosidad, “madre de todos los vicios”. Ante todo porque la ociosidad ayuda como nada a rumiar las ideas, a meditar, a reflexionar, mira a ese paseante solitario que avanza entre los árboles del parque con las manos anudadas a la espalda y paso tardo, demorado, ¿crees que pudiera proceder así, con esa ilustrada impasibilidad, si no estuviera, al menos de momento, completamente ocioso?

Claro que en la ociosidad, además de la ansiedad, el aburrimiento acecha. Es cierto. Pero no hay que tenerle miedo al aburrimiento, tiene mala fama, pero es el camino de muchas cosas.

El aburrimiento paraliza el tiempo, también la meditación del Vedanta se propone es fin, detener la inquietud constante de la mente, vaciarla de su gratuito y azaroso contenido. Ciertamente, el aburrimiento pocas veces logra vaciar la mente de todo contenido (propósito inicial de la mística indostánica), pero es un camino para lo-

garlo, tanto que a ciertas formas extremas de aburrimiento poco les falta para llegar a ser desbordamiento místico.

Por otra parte, el tiempo paralizado y la falta de objetivos inmediatos en que propiamente consiste el aburrimiento forman el sustrato perfecto para el surgimiento de grandes arrebatos de creatividad, las ideas súbitas, las grandes iluminaciones que afloran de los pozos de la inconsciencia.

Esos hallazgos, esos momentos estelares de creatividad, no se suscitan jamás enfocando directamente al asunto, tratando de taladrar el problema con razonamientos, al contrario, aparecen cuando menos lo esperamos, cuando la mente ociosa abre una brecha en sus tareas y permite la salida de la iluminación desde el magma incandescente de la inconsciencia.

Ya Shakespeare, como casi siempre, lo había dicho:

But thought's the slave of life, and life's
[time's fool,
And time that takes survey of all the
[world
Must have a stop.

Pero el pensamiento es esclavo de la
[vida, y la vida del tiempo, bufón,
Y el tiempo, que lleva el paso a todo el
[mundo,
Debe detenerse.

Un buen propósito sería tener menos quehaceres y mayor ociosidad, porque la ociosidad, siempre y cuando nos dejemos ir con ella sin resistirla, es el camino de muchas cosas, entre otras, dice la meditación indostánica, para llegar a la verdadera realidad que yace detrás de las apariencias que nos tienen embrujados. **u**



Miguel Ramírez, Soledad paseando

A veces prosa Patria de la memoria

Adolfo Castañón

El antiguo Palacio de las Comunicaciones, construido por el arquitecto italiano Silvio Contri en la Ciudad de México en 1904, además de ser un espejo ejemplar del estilo híbrido de la época llamada convencionalmente modernista —con su mezcla festiva de líneas góticas, trazos helénicos, ángulos románicos, curvas barrocas y bizantinas, rayanas a veces en lo morisco—, abre sus puertas y ventanales, *comunica*, con inquietante precisión, hacia el mundo del sueño, hacia el otro continente que se abre bajo los párpados (para saludar al paso a Jacobo Siruela). No parece un edificio convencional este enjambre de espacios y geometrías que aloja desde hace treinta años al Museo Nacional de Arte (Munal) y fue antes edificio de telégrafos y hasta sede del Archivo General de la Nación —funciones todas que aún parecen cumplirse en un sentido latente o subliminal entre sus pasillos y corredores que parecen hechos para el juego y la danza, la fiesta, el paseo, el ritual ameno de la convivencia.

Se alza entre sus patios, piedra a piedra, peldaño a peldaño como un espacio de fantasías petrificadas, con sus amplias escaleras que serpentean hacia una poética de las esferas encantadas, que parecen desembocar, como un río de formas arquitectónicas, en el ámbito de la otredad deseante que ellas mismas, en su laberinto, evocan y hasta parecerían proyectar espontáneamente... No sabemos (o preferiríamos no saber) a qué genial eminencia gris se le ocurrió sustrair al oído adecuado y ejecutivo hace treinta años que se alojaran *aquí*, en esta *forma* tan rara, en este espacio tan palacio las nobles colecciones y acervos que conforman ahora el Museo Nacional de Arte. Sólo podemos constatar que la decisión dio en el blanco que está colgando en el muro



Interior del Museo Nacional de Arte

del tiempo. Y es que en la fibra más íntima de los cuadros y obras aquí expuestos —pongamos por ejemplo extremo las obras de José María Velasco, contemporáneas por cierto del edificio— parece estremecerse el mismo aire epocal que recorre el edificio. Epocal: referente a la época, a esa edad del modernismo en la cultura que jugaba a poner entre paréntesis (*epoché*) al mundo para evadirse de él: desde la *epojé*: epocal así en un doble sentido, como en un juego de espejos que parece ser la regla de construcción de este edificio tan incomparable como didáctico. El Palacio habla: hace una vasta crónica impersonal de los tiempos que fueron y que no fueron; cuenta arterciopeladamente el drama o tragedia de una nación vacilante en busca de sus máscaras y de sus rostros; canta con sus piedras el tesoro de la memoria perdida del tesoro...

Al trasponer las grandes puertas férreas de este Palacio, no siempre evoco a los temblorosos personajes de Franz Kafka que me rodean alrededor del Castillo; vienen a mí más bien los perfiles de aquellos antiguos y viejos sabios chinos que sabían practicar el arte de hacerse pequeños como una mota de polvo para explorar desde lo ínfimo e

íntimo las entrañas de la roca tapizada de cristales.

No extraña que este antiguo Palacio de las Comunicaciones, que tanto y tan bien lleva su nombre, tienda correspondencias con los poemas de Rubén Darío y los dramas de Gabriele D'Annunzio con las circunvoluciones prosódicas de José Enrique Rodó y de Leopoldo Lugones, haga guiños al bestiario musical, a veces trágico, a veces cómico, a veces mustio de los compositores de fin del siglo XIX y albores del XX como Richard Wagner, Hector Berlioz, Giacomo Puccini, Richard Strauss, Isaac Albéniz.

Para nadie es secreto: se trata de un lugar auspicioso para el ensueño, un territorio que alguna vez fue exótico y que ahora se ha naturalizado entre nosotros como los aerolitos que lo vigilan enfrente desde el Palacio de Minería, exótico como la estatua del Caballito al cual también nos hemos acostumbrado sin preguntarnos más... Éstas pueden ser quizás algunas explicaciones de por qué sentimos que este Palacio está habitado por el sueño creador de la obra de arte, de por qué se siente como un ámbito abierto al despertar en lo otro. **U**

Aguas aéreas

El cuervo y el cisne

David Huerta

En el *Viaje del Parnaso*, poema entretenidísimo de Miguel de Cervantes, las diferencias entre los cisnes y los cuervos no pueden ser más radicales, más tajantes, más contundentes. El albo pájaro —habitante suntuoso de las aguas lacustres o fluviales— representa a la buena poesía y a los poetas de mayor calidad; el cisne aparece en el estandarte de los escuadrones encargados de defender el Parnaso de una agresiva multitud dispuesta a tomar por asalto el dominio apolíneo de las Musas. Por el contrario, el cuervo está impreso o bordado en el otro estandarte, el de los enemigos de Apolo, de las Musas y de Miguel de Cervantes, listos para el asedio del monte sacro. A los malos poetas los representa el ave negra y ronca, de mal agüero, símbolo de la poesía de baja calidad.

Desde luego, Miguel de Cervantes milita en el ejército de los buenos, ni qué decir tiene: es el “Adán de los poetas”, fórmula con la cual ha sido saludado, al principio de esas “jornadas parnasianas”, por el dios Mercurio, mensajero olímpico de Febo-Apolo. Pero en un pasaje muy significativo, y a mi juicio también muy revelador, Cervantes confiesa tener porciones de ambos pájaros, del cisne y del cuervo; lo hace al explicar a los lectores su honradez como poeta y su relativo desdén de la riqueza.

Afirma Cervantes: “yo soy un poeta desta hechura”, es decir, un poeta honrado y despreocupado de los bienes materiales. De inmediato agrega estos versos para completar el cuadro con una especie de apunte autobiográfico-poético, diciéndonos cómo se ve a sí mismo en tanto poeta:

...cisne en las canas, y en la voz un ronco
y negro cuervo sin que el tiempo pueda
desbastar de mi ingenio el duro tronco.

La blancura de las canas emparenta el pelo del poeta con el plumaje del cisne. El cisne canta en momentos de agonía, desvanecido por la desgracia amorosa —canta desencantado, despechado, embargado por una tristeza profunda, según la simbología poética, y muere poco después. He ahí la poesía lírica en la plenitud de su vertiente lastimera.

En el habla común se dice: un poeta, o un autor, consiguió componer en la ancianidad un poema, o un libro, muy bueno y en ello leemos su “canto del cisne” —por ahí va la cosa en ese terceto del *Viaje del Parnaso*, según mi muy personal y viva impresión. Cervantes quiere decirnos, entonces, sencillamente: canto en la cercanía de la muerte y mis canas son como el plumaje del cisne pues soy el “Adán de los poetas”.

El cuervo ronco y negro es la antítesis del poeta melodioso, lírico y trágico. El canto —Cervantes dice “la voz”— de esa criatura es ronco, y por lo tanto desagradable, inarmónico, poco o nada poético. No es imposible estar aquí ante algo ya señalado por los estudiosos de la vida de Cervantes y quizá refrendado en este contexto: su tartamudez. Hay negrura en la vida de Cervantes, sin duda: es un “cuervo negro”; pero también es poeta: un cisne. El elemento corvino coexiste aquí, entonces, con la blancura de la pureza poética pues nos encontramos ante un “ingenio lego”, ante un escritor imperfecto, ante un poeta poseedor de los ideales del cisne y de las realidades del cuervo.

En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, leemos lo siguiente: “he quedado en blanco y sin figura, [y] será forzoso valerme por mi pico, que aunque tartamudo, no lo será para decir verdades, que, dichas por señas, suelen ser entendidas”. Es notable en esta

declaración la aparición de la palabra “tartamudo”, con todas sus letras: ¿era Cervantes tartamudo? Es muy posible. Con él tendríamos una extraña genealogía de autores tartamudos, entre ellos los ingleses Lewis Carroll y el joven novelista David Mitchell, autor de *Cloud Atlas*, novela con acentuados rasgos cervantescos.

Una voz muy querida y muy sabia me hace ver la posible nota ovidiana en ese pasaje del prólogo a las italianizantes *Novelas ejemplares*, elogiadas por Lope, curiosamente, algunos años después de muerto su rival Cervantes: en el Libro II de las *Metamorfosis* se habla, en el contexto de la historia de Apolo y Coronis, de la charlatanería del cuervo, ave antes blanca, metamorfoseada en pájaro negro por la decisión punitiva del dios solar.

Tendríamos, así, frente a esos pasajes cervantinos, dos o tres elementos de la fisonomía del cuervo: su ronquera, su tartamudez, la negrura de su plumaje. Y una nota moral: la voluntad o la vocación para decir la verdad.

La repetición del tosco graznido equivaldría, entonces, a la repetición pedregosa en la voz del tartamudo. La visión doble de Cervantes ante su propia poesía quedaría completa: con algo del cisne y otro tanto del cuervo. El tema de la senectud obsesiona, desde luego, a Cervantes, modelo del escritor de muchos años, capaz de dar al mundo auténticas obras maestras —en este sentido, Victor Hugo y Walt Whitman son descendientes del español.

Vuelve a la memoria otro verso autorretratístico del *Viaje del Parnaso*: “Yo, socarrón; yo poetón, ya viejo...”. La rima interna en *-ón* destaca el humor afable de este apunte. El propio Francisco Rico, editor ejemplar de Cervantes en el siglo XXI,

ya había destacado esa nota en la personalidad de Cervantes: su socarronería. Me imagino a Cervantes muy semejante, por su conducta en la conversación, a Arthur Rubinstein, otro genio socarrón: quien haya visto y oído alguna entrevista del pianista polaco, entenderá lo dicho aquí. Mi padre tenía una gestualidad parecida a la de Rubinstein, rasgo destacado o descubierto, en ocasión memorable, por mi hermana Andrea.

¿Son los cuervos socarrones? Su inteligencia es indudable y su actitud, interpretada con un cierto criterio antropomórfico, sería, acaso, la de individuos *socarrones*.

Evoco sin falta a un poeta inglés cuando oigo hablar de cuervos: el inmenso Ted Hughes. Paralelamente, evoco sin falta a un enorme poeta nicaragüense cuando se habla de cisnes: Rubén Darío. Lejos estaría de identificarlos, respectivamente, con esas dos aves: Hughes es para mí, más bien, un lobo o un gavilán. Darío no podría ser, jamás, un cisne: lo veo más bien como un oso o como un tapir. Sin embargo, cualquier lector de poesía está al tanto del genio con el cual escribieron estos dos acerca de cisnes y cuervos.

El libro de Hughes titulado *Crow* (1972), vertido al español con brillo por Jordi Doce, juega con el simbolismo del cuervo en diferentes ámbitos culturales, con especial atención a las leyendas de los indígenas canadienses de la costa del Océano Pacífico, formidables constructores de tótems, muchos de ellos en forma de cuervo. El cuervo es para ellos el *trickster*, el bromista y engañador, semejante al bullicioso y relampagueante dios nórdico llamado Loki. Como para muchos, uno de los primeros libros de Hughes, o el primero, fue para mí *Crow*. En él hay piezas extraordinarias sobre el mundo animal. La última composición llegó a obsesionarme durante algunos meses: se titula “Littleblood” y habla de una criatura diminuta y misteriosa. “Pequeñasangre” es un mito sin historia; solamente tenemos de él un destello, una sombra vespertina, la silueta de su aparición sobre el dedo del poeta, un puñado de palabras, el poema donde aparece. Llegué a soñar con Littleblood como un cuervo microscópico en el centro de un triángulo formado por tres diversos mundos, a veces convergentes y casi siempre separados: el mundo de los vivos,



Michelangelo Buonarroti, *Leda y el cisne*, 1530

el mundo de los muertos, el mundo de los animales. Littleblood reina sin el menor poder en ese enclave triangular.

Rubén Darío le consagró una breve sección de su libro central, *Cantos de vida y esperanza* (1905), a los cisnes; ese puñado de poemas está dedicado “A Juan R. Jiménez” y vale la pena recordarlo siempre: la amistad entre el poeta maduro, Darío, y el poeta joven, Juan Ramón, es verdaderamente ejemplar y conmovedora.

Darío ve en el cuello de los cisnes un emblema de las preguntas últimas acerca del sentido de la existencia. El crítico francés Hervé Le Corre advierte un posible aprovechamiento de la homofonía *cygne/signe* (cisne/signo). En manos del buen afrancesado Darío, esa semejanza fonética justifica esa visión: la esbelta y larga *s* del cuello de los cisnes no es una letra sino un signo de interrogación:

¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu
encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?

Darío también vio con lúcidos ojos a los cuervos, como en este verso del mismo libro de 1905:

Un gran vuelo de cuervos mancha el
[azul celeste.

El tema de los dos pájaros —tema doble o par de temas, según se vea— es de una riqueza enorme: variedad, abundancia, amplitud; al mismo tiempo, profundidad simbólica, multiplicidad significativa.

Podría ahora mismo, sin un esfuerzo especial, tapizar estas páginas con citas sobre

cisnes y cuervos de los dos más notorios y espesos diccionarios de símbolos de mi biblioteca: el de Chevalier-Gheerbrant o el del poeta sabio Juan Eduardo Cirlot; pero, sin duda, sería hacer trampa —transcribir, así nomás.

Cisnes, cuervos: podrían averiguarse y examinarse cientos de datos, historia, metáforas e imágenes sobre esas aves y quedaría todavía mucho por explorar. Unos cuantos nombres dan idea de ese mundo abigarrado, pobladísimo: el mito de Leda, los cuervos septentrionales Munin y Hughin, el rey decadente Ludwig de Baviera, el poeta alcohólico Edgar Allan Poe, muerto en Baltimore durante una horrible jornada electorera. Ni siquiera he dicho nada, aquí, sobre los excelentísimos Garcilaso de la Vega y Luis de Góngora (en su tiempo, la admiración llamó a este último “cisne del Betis”, lo cual equivale a decir: sublime aeda-poeta del Guadalquivir). ¿Y el Cisne Negro del ballet más célebre?

Cuánto me gustaría investigar algo digno de ponerse en estas páginas sobre el extraño *Cisne de Apolo* de Luis Alfonso de Carvallo. O hacer pesquisas de orden antropológico o etnográfico sobre cuervos, zanates y urracas en la poesía de los mal llamados pueblos “primitivos”. El solo asomarme a la iconografía me da mareos: he aquí, por ejemplo, el tema de Leda y el cisne abordado magníficamente por Vlady; he aquí soberbios y chocarreros zanates de Francisco Toledo.

Queden aquí solamente, entonces, unos minúsculos apuntamientos amparados por nombres admirables e ilustres —Miguel de Cervantes, Rubén Darío, Ted Hughes. **U**

La crisis de los misiles en Cuba

Mauricio Molina

Hace medio siglo, en 1962, tuvo lugar uno de los eventos más escalofriantes de la posguerra: la posibilidad real de un enfrentamiento nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

A raíz del intento de invasión por los norteamericanos en Bahía de Cochinos, de la isla de Cuba, aliada con los rusos, se intensificó un operativo de espionaje y contraespionaje, uno de los momentos más álgidos de la Guerra Fría. Los soviéticos, preocupados por los misiles nucleares que apuntaban hacia Rusia desde Turquía y Alemania, habían decidido mover sus piezas hacia Cuba. El líder del Soviet Supremo Nikita Jrushov buscaba presionar a los Estados Unidos para que se replegaran. El despliegue de misiles nucleares en la isla caribeña puso en jaque a los norteamericanos. Ante un inminente conflicto nuclear, acicateado por los generales de los ejércitos ruso y norteamericano, el presidente Ken-

nedy y Jrushov negociaron secretamente la retirada de los misiles de Cuba y la de los que se encontraban en Turquía.

El mundo, sin saberlo, se había salvado de un inminente holocausto nuclear, si bien la Guerra Fría, cuya lógica era la de la destrucción mutua, continuaría hasta la desaparición de la Unión Soviética y la caída del comunismo.

Dos años después, una vez que los hechos se conocieron a nivel mundial, el director Stanley Kubrick filmaría una de sus películas emblemáticas: *Dr. Insólito o: Cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba*, una sátira política acerca de la paranoia estadounidense ante la amenaza soviética. Estelarizada por un genial Peter Sellers, quien encarna a tres personajes: el presidente de los Estados Unidos, un capitán de aviación inglés de visita en una base nuclear americana y a un ex científico nazi quien, desde su silla de ruedas,

hace el saludo hitleriano compulsivamente. La película narra la estrambótica historia de un general norteamericano enloquecido cuyo nombre es Jack D. Ripper (Jack el destripador) en posesión de una base nuclear, quien afirma que los soviéticos están contaminando el agua para convertirlos al comunismo y que no hay otra forma de detenerlos sólo si se lanza un ataque preventivo contra Rusia. El filme culmina con un general cuya locura desata la guerra nuclear.

A medio siglo de la Crisis de los Misiles de Cuba y a un poco menos de *Dr. Insólito*, el mundo parece no haber cambiado.

En los tiempos que corren, cuando se sigue jugando con la guerra nuclear, es preciso recordar la famosa frase atribuida a Einstein:

Si la Tercera Guerra Mundial se hace con bombas atómicas, los ejércitos de la Cuarta Guerra Mundial combatirán a pedradas. **U**



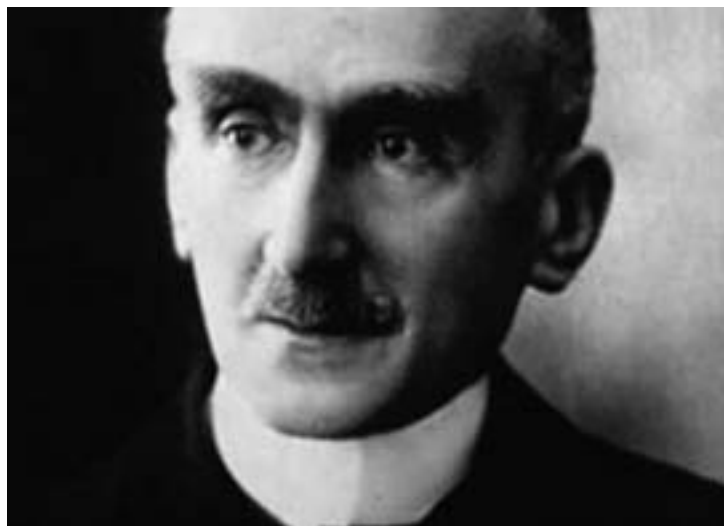
Dr. Strangelove, 1963



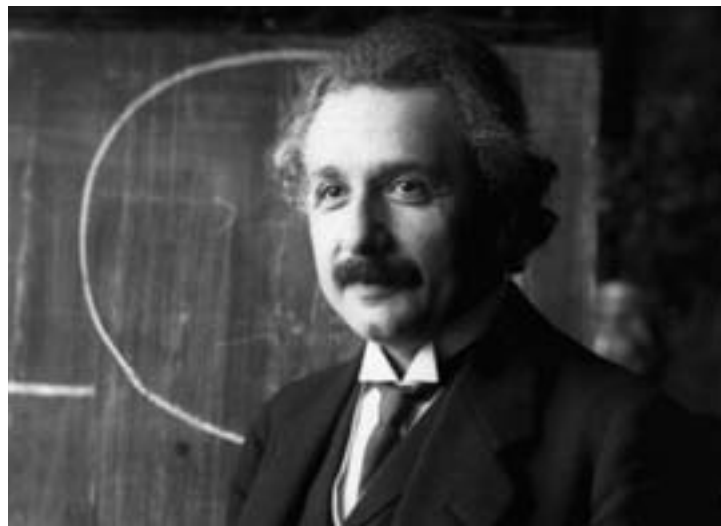
Peter Sellers en su caracterización de Dr. Strangelove

La epopeya de la clausura ¿El depósito de lo eterno?

Christopher Domínguez Michael



Henri Bergson



Albert Einstein

Para escribir un ensayo sobre José Vasconcelos en el que no diga lo que ya he dicho una vez más, me puse a estudiar a su filósofo de cabecera, Henri Bergson. Leí lo que pude en desorden: Thibaudet, Jankélévitch, Deleuze, Benda. La teoría del tiempo y la duración, que yo conocía de oídas, me pareció prodigiosa de leer. Cito uno de mis subrayados de la edición prologada por García Morente de la *Introducción a la metafísica*. Dice Bergson:

Cualquiera que haya ensayado con éxito la composición literaria, sabe que, cuando el tema ha sido largamente estudiado, todos los documentos recogidos, todas las notas tomadas, es necesario, para comenzar el verdadero trabajo de composición, algo más, un esfuerzo, a menudo penoso, para colocarse de golpe en el corazón mismo del tema y para buscar, lo más profundamente posible, un impulso, al que, después de todo, habrá que dejarse ir. Ese impulso, una vez recibido, lanza al espíritu por un camino donde encuentra los datos que había recogido y otros detalles más; se desarrolla, se

analiza a sí mismo en términos cuya enumeración sería infinita...

Mi ignorancia de Bergson, al menos, puede acogerse en un comentario de Jacques Monod, quien en 1970 se preguntaba intrigado qué demonios le había pasado a la popularidad del único filósofo ganador del Premio Nobel de Literatura, lectura de preparatorianos antes de la Segunda Guerra Mundial y después de ésta convertido en antigualla. Bergson no está en la Pléiade y apenas en 2006 empezó a aparecer en Francia una edición crítica, la primera, de sus obras. Y una vez ratificada mi ignorancia como hija de mi tiempo, leo los panfletos (1926) de Benda contra Bergson, su bestia negra. Dijo mi admirado Julien Benda que Bergson es un filósofo para señoras mundanas y para literatos. “Pues eso soy, literato y mundano”, me digo satisfecho y aprovecho un viaje a París para comprarme mis bergsones. A las burlas de mi otro yo, en el tenor de “Mira que venir a descubrir a Bergson a los casi cincuenta años y en la segunda década del XXI”, le respondo: “¿Qué tiene de

malo? ¿No es acaso la filosofía el depósito de lo eterno? ¿Qué más da descubrir a Aristóteles en el siglo XIII o en el XXV?”.

Sin dejarme intimidar, seguí bordando con mi nuevo hilo negro hasta que buscando otra cosa (siempre estoy buscando otra cosa), me topo con *Einstein. Notas de lectura* (FCE, 2009), el librito que hicieron Carlos Chimal y Gerardo Herrera Corral, rescatando un folleto que Alfonso Reyes hizo imprimir en sólo cincuenta ejemplares, para hacer circular entre los amigos sus averiguaciones y al que los editores le agregaron tres notas einsteinianas rescatadas de las *Obras completas*.

Así que no nos hemos movido mucho: de Vasconcelos a Reyes, que hacen esquina en la colonia Condesa, motivo del célebre “Diálogo de los muertos” (1979) de JEP, que acabo de releer. En fin, del *Einstein*, de Reyes, saco lecciones inmediatas, no sobre el físico alemán, sino sobre Reyes (de su *Einstein* algo se me habrá pegado), me descubro otra vez ante la claridad y el cariño con que decide —solamente— hacer legibles sus notas de lectura sobre un

asunto —Einstein— que con el paso de tiempo corto habría concitado el ejército de tantos divulgadores, excelentes, malos y regulares que le hubieran ahorrado el empeño a don Alfonso, quien aprovechó el lapso que le dejó una misión diplomática en el Brasil para ocuparse de Einstein, en el año de 1938. No estaba obligado por nada ni nadie para hacer su librito y, sin embargo, lo hizo.

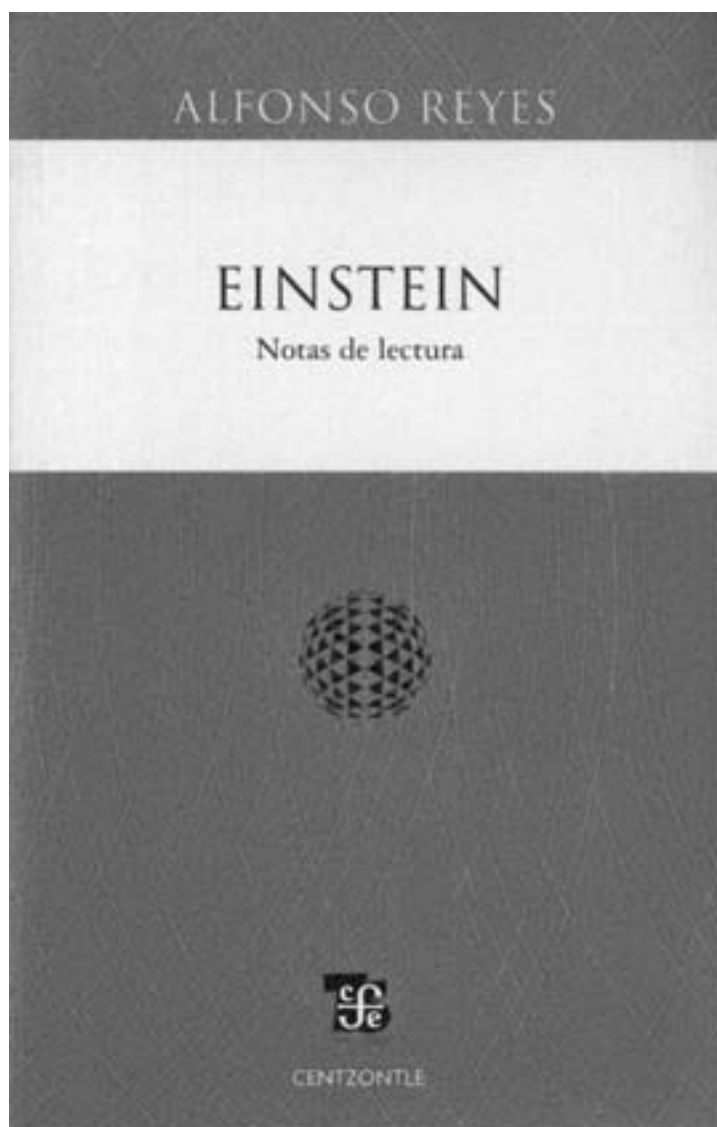
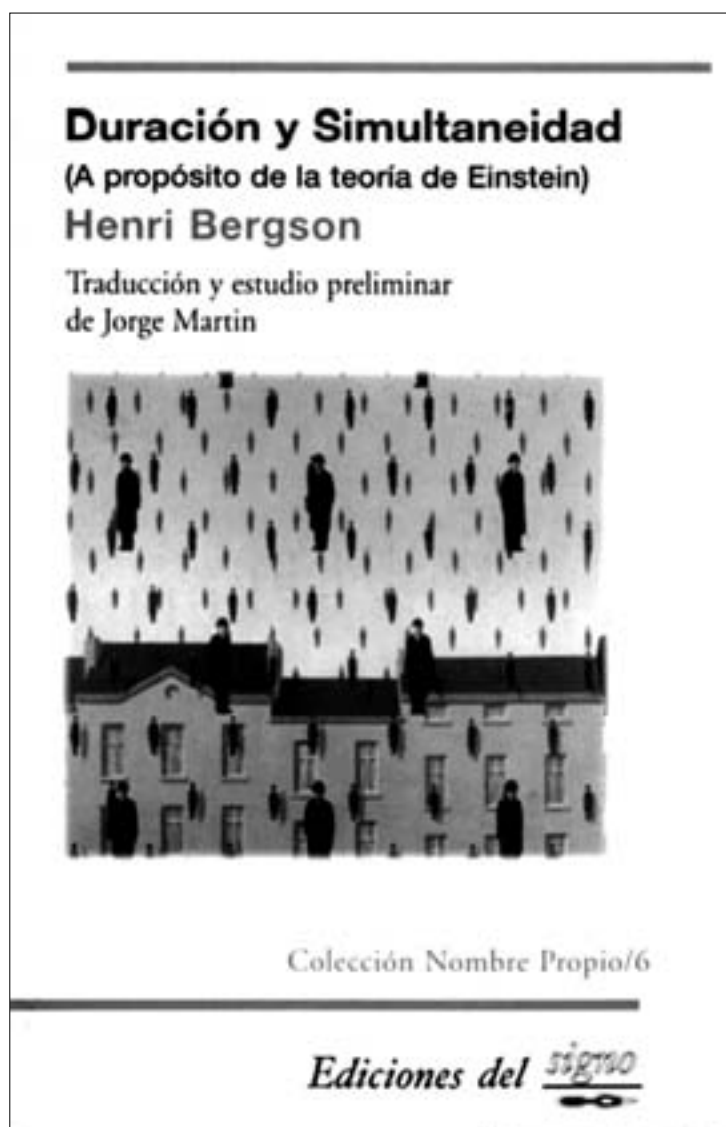
Mientras disfruto a Reyes y admiro su religiosidad (¿de qué otra forma llamar a su oficio?) voy y consulto, para otra cosa, *Imposturas intelectuales* (1998), el libro de Alain Sokal y Jean Bricmont que arremetió contra los filósofos llamados posmodernistas y su uso embaucador y farsante de la ciencia. Descubro, con pena, que dedican un capítulo al pobre Bergson, a quien acusan de haber dado comienzo con ese mal cientificismo en filosofía. Parece que no hu-

bo manera de hacerle entender al filósofo francés la teoría de la relatividad, empresa pedagógica en la que participó el mismo Einstein. Crucifican a Bergson con una cita de Bertrand Russell donde dice que éste prefiriera los malos razonamientos a los buenos, declara irresolubles las dificultades momentáneas y considera cualquier fracaso del intelecto un error tonto. Luego Sokal y Bricmont le perdonan la vida a Bergson: cuando supo su causa perdida, retiró del mercado *Duración y simultaneidad*, pues escribía (a diferencia de los Deleuze, los Lacan, las Kristeva) para ilustrar al público y no para abrumarlo. Pero el golpe está dado: Bergson no estuvo, dicen, a la altura de la ciencia de su tiempo.

Vuelvo a Reyes y destaco la absoluta falta de ínfulas en su *Einstein*. Sonríe y me quiero ir a la cama beatífico cuando se aparece mi otro yo (que es similar al Vasconcelos que

regaña a Reyes en el inventario de JEP) y mi otro yo se pone flamígero: “Por hacer esas cosas, como publicar un folleto con sus notas de lectura sobre Einstein, Reyes se ganó el apodo de ‘el tontito’ que le pusieron Bioy Casares y Borges. Bergson y todos los filósofos, quizá despreciables y deshonestos a quienes ponen en su lugar Sokal y Bricmont, tuvieron el arrojo de pensar el mundo y si se equivocaron en grande es porque lo apostaron todo. Al pensamiento lo crean los ambiciosos como Bergson y no los escoliastas como Reyes. ¡Para qué sirve ese *Einstein*! ¡No sirve para nada, es inocuo! Es otra cortesía, de las muchas inútiles y zonas cortesías que ofreció don Alfonso!”.

En vano trato de argumentarle a mi otro yo que Reyes nunca se pretendió filósofo y hago la alabanza de los divulgadores y de su papel civilizatorio. Pero mi otro yo está muy enojado y yo también acabo por estarlo. **U**



Eduardo Mata sobre el podio

Pablo Espinosa

La perilla de la batuta descansa sobre la línea de la palma de su mano y se extiende hasta el pulgar. La rodilla derecha flexionada mientras el pie se sostiene con la punta de los dedos sobre el podio. Además de director de orquesta, su efigie deviene bailarín, una versión masculina de las estatuas en bronce de Degas.

Su traje es tan blanco como el sonido: gong, instrumentos de aliento: lento y triste, lento y grave, lento y doloroso: la *Gimnopedie Uno* de Erik Satie en versión orquestada por su amigo Debussy.

Todo en la Sala Nezahualcóyotl es magia y encanto, una ceremonia sensual de intimidad y ascenso, encabezada por Eduardo Mata desde el podio al frente de la Sinfónica de Dallas, de la que es titular luego de una carrera fulgurante cuyo punto de despegue fue el encabezar los destinos definitivos de la Orquesta Filarmónica de la UNAM.

El traje blanco del director de orquesta se convierte en una nube que emite centellas, saetas, líneas curvas y rectas que se convierten en sonidos en cuanto llegan a sus destinatarios: la batuta apunta hacia los alientos maderas y se enciende entonces la respiración vegetal del mundo.

Ahora la mano izquierda pide calma a los violines segundos mientras la derecha, cuya terminal es la batuta, acelera el pulso cordial de la sección de violonchelos.

Cuando Eduardo Mata está en el podio la armonía del mundo se instala en mentes y corazones: los integrantes de la orquesta se sienten seguros, cómodos, hábilmente conducidos a buen puerto mientras el público exulta de felicidad.

Todo eso comenzó en 1966, cuando Mata fue nombrado titular de la Filarmónica de la UNAM.

La orquesta, literalmente, sobrevivía. No llegaba a diez el número de sus integrantes con sueldo normal y el número de conciertos al año se reducía a cinco o seis en promedio.

Con la llegada del joven director mexicano, de entonces veinticuatro años, todo cambió.

El apoyo institucional fue definitivo: Javier Barros Sierra, entonces rector, habilitó con Gastón García Cantú, titular de Difusión Cultural, un proyecto destinado a rescatar a la orquesta universitaria e inclusive dotarla de una sede.

El plan de trabajo del joven Mata incluyó un balance entre partituras de repertorio y las nuevas composiciones que en Europa producían en ese momento Karlheinz Stockhausen, György Ligeti, Pierre Boulez, Luciano Berio, entre otros maestros.

Era como un gran cuerno de la abundancia: los planes de Mata contemplaban, por vez primera en la historia de México, el ciclo completo de las sinfonías de un compositor austriaco apenas conocido por unos cuantos.

La reticencia de los integrantes de la orquesta y otros factores obligaron a postergar cuatro años tal proyecto, que habría de cumplirse con otra orquesta: la Sinfónica Nacional, en el Palacio de Bellas Artes, cuando cobraron vida las nueve sinfonías de Gustav Mahler y con el tiempo ese autor se convertiría en uno de los predilectos del público, las orquestas y los directores mexicanos.

Este 5 de septiembre de 2012 se cumplieron setenta años del natalicio de Eduardo Mata, compositor, el mejor director de orquesta en la historia de México y uno de los más importantes impulsores culturales del país. Al igual que Gustav Mahler, Mata completó la figura ideal de compo-

tor/director: un músico completo que conoce las entrañas de la redacción sonora y lleva a la realidad lo que otros autores pusieron en papel.

Para conmemorar el septuagésimo aniversario del nacimiento de Eduardo Mata (1942-1995), un programa amplio de actividades se desarrollan como parte de un Homenaje Nacional en su memoria.

Su desaparición física, ocurrida el 4 de enero de 1995, queda como una de las mayores tragedias de la cultura nacional.

Apasionado de la aeronáutica, bailar, danzón, leer, escribir música, disfrutar la vida, la mañana del cuarto día de 1995 piloteaba su avioneta particular cuando una falla mecánica lo obligó, con su copiloto: su mujer, Marina Anaya, a buscar un aterrizaje forzoso pero todo fue en vano. El estruendo del aparato sobre tierra aún resuena en la memoria colectiva como una herida incurable.

La cultura mexicana registra pérdidas trágicas: Rosario Castellanos electrocutada con un secador de pelo en su bañera; Jorge Ibargüengoitia en un accidente de avión en el aeropuerto madrileño de Barajas; el poeta José Carlos Becerra en un accidente automovilístico en la carretera cercana a la ciudad italiana de Brindisi.

De entre esas muertes la pérdida de Eduardo Mata no solamente cimbró a la comunidad cultural nacional, sino que sus consecuencias aún son palpables: un estado generalizado de orfandad en el sentido de que no hay una figura líder, un ejemplo, un motor que anime la alicaída cultura musical de México de hoy en día.

Ciertamente la actividad de Eduardo Mata antes de fallecer lo mantenía alejado de los podios como director de orquesta, salvo unas esporádicas presentaciones al

frente del grupo Solistas de México. Su proyecto consistía en retornar a su amado trabajo como compositor.

Pero su sola presencia física infundía un estado de normalidad, una perspectiva de crecimiento, una seguridad en los pasos a seguir.

Sus herederos artísticos siguen pugnando por los ideales que en vida enarboló Eduardo Mata: Ignacio Toscano, Sergio Vela, el Cuarteto Latinoamericano, Roberto Kolb y una lista por fortuna extensa.

Al maestro Eduardo Mata debemos el cambio más importante en la historia cultural de México: por vez primera la música dejó de ser de unos cuantos, para convertirse en un ritual de alegría, convivencia, camaradería, solidaridad y todas las nobles acciones que despierta la música.

La creación de públicos para la música sinfónica es quizás el trabajo más importante de entre las muchas tareas que completó Eduardo Mata.

Para lograrlo remontó todo pronóstico, empezó de cero, construyó cimientos.

A sus veinticuatro años asumió el camino doble: componer y dirigir, y con el tiempo la batuta le ganó a la pluma: tener un modo de subsistencia económica resultó imperativo y por lo tanto el podio ganó al escritorio.

Como compositor, fue el primero en escribir una obra con técnica serialista: su *Sonata para piano*. Destaca también, por su belleza, su *Tercera sinfonía*, donde denota influencia de Pierre Boulez, así como en su *Segunda sinfonía* remite al estilo de Johannes Brahms. El uso de la notación gráfica, las audacias propias de Stockhausen y Berio, autores que estudiaba y estrenaba en México mientras componía, son algunas de las aportaciones de Mata a la composición mexicana de música.

Se situó, de acuerdo con la calificación del crítico de música José Antonio Alcaraz, “dentro de un voraz pluripartidismo musical. Una tensión infatigable y una violenta captación de los universos sonoros actuales” pueden apreciarse en las partituras de Eduardo Mata.

El pensamiento musical de Eduardo Mata se asienta en el humanismo. Así como su escritura musical recoge y evoluciona los lenguajes de su actualidad, su manera de dirigir orquestas contempla asimismo el contexto social, cultural, histórico y político que envuelven tanto el origen y la creación de la partitura en turno, como sobre todo su público.

El público, alertaba siempre Mata, ha sido secuestrado por los medios de comunicación masiva, constituidos en industrias.

Y tal secuestro ahondó la brecha entre música “cult” y música popular. Una división tan afrentosa, consideraba Mata, como cuando en el siglo XVIII en Europa se separaba la música religiosa de la profana.

El consumo cultural, convertido en negocio, depauperó el gusto musical. La gente no se acerca a las salas de concierto convencida —por el fenómeno de consumo comercial, fácil y cómodo, sin compromiso alguno— de que la música de concierto es para cultos y enterados.

“Los medios, erigidos en industrias —apuntó en su discurso Mata cuando ingresó en 1984 a El Colegio Nacional—, han ido acondicionando al público. La música clásica, y en particular la de autores contemporáneos, se ha ido arrinconando en nuestra sociedad para convertirse en una subcultura de iniciados”.

Con ese estado de cosas rompió Eduardo Mata y edificó en su lugar verdaderas fiestas culturales cuando, al frente de la Sinfónica de la Universidad, que reconstruyó como Filarmónica de la UNAM, atiborraba el Auditorio Justo Sierra, de la Facultad de Filosofía y Letras, de un público pletórico, febril, entusiasmado: los jóvenes universitarios. No había siquiera publicidad, ni “difusión”; fue la autoridad moral de Eduardo Mata, su honestidad y entrega al bien común, la buena nueva comunicada de boca en boca, lo que convocó a miles de jóvenes.

Ahí, en ese auditorio, Eduardo Mata nos cambió la vida a miles de mexicanos.

Las sinfonías de Beethoven, las partituras de Stockhausen, Boulez, Berio, Brahms, los conciertos, las oberturas, el amplio universo de la música se abrió para quienes disfrutamos de aquellos conciertos donde algunas veces el único lugar disponible era junto al podio del director, entre tanta algarabía.

Desde ese momento y a lo largo de toda su carrera, Eduardo Mata formó a varias generaciones de melómanos, formó públicos variopintos: quienes no faltábamos a sus conciertos, los que elegían los programas a asistir, los que se lanzaron a las tiendas de discos a hacerse de sus propias bibliotecas y los que al menos un par de veces presenciaron y formaron parte de esas ceremonias y su vida ya no volvió a ser la misma, para convertirse en una vida mejor.



Eduardo Mata

Hacer mejores personas era el propósito de Eduardo Mata. La musicóloga Gloria Carmona lo puso así: “el propósito primordial de la estancia de Mata en la Universidad no fue el robustecimiento artístico y profesional del grupo sinfónico solamente, sino la tarea específica de ejercer la música como un valor trascendental para la formación y educación de la juventud”.

Amar la música, entenderla, pero no en el sentido de quienes creen que la música hay que entenderla, es decir, mediante juicios y valores intelectualoides, sino entenderla, profesaba Mata sin decir palabra alguna, simplemente haciendo delirar a su joven público, como una forma de conocimiento, una manera de hallar nuestro lugar en el mundo, una forma de ser mejores personas.

Palacio de Bellas Artes, un domingo al mediodía: Eduardo Mata dirige *La canción de la tierra*, de Gustav Mahler, en el mismo recinto donde, en 1976, dirigió todas las obras del autor austriaco.

Todo transcurre entre la bruma de los sentimientos humanos volcados en acciones sublimes por el compositor. Al final, la palabra *ewig*: eternamente, eternidad, por siempre, sin cesar, perpetuamente, para siempre, queda guindada en el aire nacida de los labios de la cantante solista.

Desde ese instante mi visión se nubla, se vuelve líquida: a través de las lágrimas veo a Eduardo Mata flotar con su traje blanco, su batuta blanca, su sonrisa blanca, agrediendo los aplausos.

Qué digo aplausos, vítores, gritos, aclamaciones, como si la acción se desarrollara en un estadio y no en una sala de conciertos.

Atrás de mí escucho entre las brumas: ¡Maaataaaa! ¡Maaataaaa! ¡Maaataaaa!, gritos emitidos por Luis Pérez y Emilio Fuego, irredentos mahlerianos y también alumnos, porque Mata se hizo de esa forma maestro de miles, y fervientes seguidores.

La música no cesa. Las lágrimas tampoco. La salida en tropel del público que había llenado el teatro de Bellas Artes se sucede en un gotear el piso de lágrimas. Afuera, el sol de mediodía incesante. Busco refugio, qué barbaridad, esto de llorar en público. Ya sé, la Alameda, camino a buscar refugio, pero ese lugar en domingo al mediodía es más que una Meca popular.



Con los Solistas de México, 1992

Recuerdo los versos de Ezra Pound: “rostros entre la multitud / hojas de una humeda, oscura rama”.

Al día siguiente, no hay casualidades, me topo en la calle con Eduardo Mata y me acerco con la irreverencia, el arrojo y el atrevimiento que otorga ser un mozalbete enaltecido por la música que practicaba Eduardo Mata: “Maestro Mata, muchas gracias por ese Mahler de ayer. En cuanto usted dio la entrada al par de arpas, cruzó usted el umbral y abrió un portal dimensional, una ventana al cielo”, lancé, irreflexivo y, con generosidad sin límite, el maestro respondió al mozalbete, ante su asombro: “Efectivamente, Pablo, Mahler utiliza las arpas para marcar umbral, el inicio de un ascenso colectivo”.

Sus enseñanzas se multiplicaron por el mundo: reconstruyó a la orquesta universitaria y le construyó una sede: la hermosa Sala Nezahualcóyotl, cuyo modelo completó Mata tomando como referentes la Philharmonie, que es la sede de la Filarmonía de Berlín, y el Concertgebouw de Amsterdam.

El escenario isabelino tiene un significado trascendente: que el público envuelva a la orquesta, que los músicos estén junto a su público, como una memoración y acción perdurable de cuando los jóvenes envolvíamos a la orquesta en el Auditorio Justo Sierra.

Antes de que se inaugurara la Sala Nezahualcóyotl, Eduardo Mata voló a Dallas,

Texas, para hacerse cargo de la sinfónica de esa ciudad, y también la hizo renacer de entre sus cenizas y también no solamente reconstruyó una orquesta sino que le construyó una sede: la Sala Morton H. Meyerson.

En ambos casos, tanto en la UNAM como en Dallas, el nombramiento de Eduardo Mata conllevaba el proyecto de construir una sala de conciertos para la orquesta cuya reconstrucción se le había encomendado.

Conjuntar voluntades, propiciar el acopio de fondos, acompañar el minucioso proceso de complimentación de detalles, en especial la acústica, y llenar esas salas no solamente de excelencia musical, sino de un público nuevo son hazañas que pocos hombres logran en una vida entera.

A Eduardo Mata le debemos eso y mucho más. Velar porque se cumplan sus ideales, vigilar que su legado esté vigente, pugnar porque su preocupación ante el desastre de la educación en México, en general, y de la educación musical, en particular, son tareas nobles y dignas del mejor homenaje a Eduardo Mata.

Su traje blanco, su batuta de marfil: flexiona la rodilla izquierda, levanta el dedo meñique con la elegancia de un *dandy* que se lleva a la boca con delicia unos buenos tacos de cachete, buche y nenepil, danza también con la otra pierna y de su mano libre surge un relámpago que se convierte en sonido y nos revienta en la crisma para hacernos levitar mientras Eduardo, desde el podio, dulcemente sonríe. **U**

La página viva Lamb ensaya la vida

José de la Colina

No bastan las metáforas para endulzar el amargo trago de la muerte. Me niego a ser llevado por la marea que conduce la vida humana a la inmortalidad y no me gusta la idea de un inevitable curso del destino. Estoy enamorado de esta verde tierra, del rostro de la ciudad, del rostro de los campos, de los solitarios paisajes rurales y el de las acogedoras calles de la ciudad. Aquí levantaría mi tabernáculo. Me gustaría quedar en mi edad actual y compartirla con mis amigos aun si no somos muy jóvenes, ni apuestos, ni ricos, pues no quiero caer en la tumba como un fruto que pasó de maduro. Me confunde y perturba cualquier alteración de mi pequeño mundo real. Fuertemente arraigados están mis dioses lares y no se les arrancaría sin que brotara sangre. Toda situación nueva me inquieta. El cielo, la brisa, las caminatas en soledad, las vacaciones veraniegas, el verdor de los campos, los exquisitos filetes de carne y de pescado, los amigos y las copas en reuniones cordiales a la suave luz de las velas, y las charlas desenfadadas y las pequeñas vanidades y las

bromas, y aun la ironía, ¿todo ello ha de irse con la vida? Y, vosotros, mis placeres de la medianoche cuando escribo o leo infolio, ¿habré de renunciar al vivo gozo que me dais? Si acaso me llega el conocimiento, ¿será por un difícil ejercicio de intuición y no por la costumbre de la lectura?

Charles Lamb, *Essays of Elia*

Traductor anónimo

* * *

Nacido el 10 de febrero de 1775 en Londres, el muy londinense Charles Lamb tuvo a la vez una exterior vida difícil y, según nos parece a sus lectores, una íntima vida plácida. Gastó gran parte de su existencia en oscuros empleos oficinescos y hasta su muerte, el 27 de diciembre de 1834, convivió hogareñamente con su querida hermana (y colaboradora literaria) Mary Ann, que en un arrebato de demencia había ma-

tado a la madre inválida con un cuchillo de cocina y que por las autoridades psiquiátricas le fue encomendada para que, como amoroso guardián, cuidara de ella en la casa de ambos, lo cual cumplió con humilde y tierno heroísmo.

Autor de hoy olvidados poemas, de alguna hoy olvidada obra de teatro y de no tan olvidados artículos periodísticos y de crítica literaria, lo es principalmente de sus excelentes y no olvidables, pero también algo olvidados, *Ensayos de Elia* (Elia no era ella sino él seudonimizado), escritos para el *London Magazine*. Con Mary Ann, muchacha inteligente y dulce que no asesinó a nadie más y lo sobrevivió por muchos años, fue coautor del libro por el que más se le conoce: los sinópticos y muy gratamente legibles *Cuentos tomados del teatro de Shakespeare*, publicados en 1807. Su genio literario se desplegó más, y admirablemente, en su muy libre y deslumbrante obra de ensayista, que le mereció ser considerado como “el Montaigne inglés”.

Si la existencia de Lamb (¿y no te impresiona, lector, que ese apellido signifique cordero?) fue triste en la infancia, y oscuramente oficinesca y marcada y determinada por el crimen de Mary Ann en la juventud y la madurez, nada pareció disuadirlo de su cotidiana, su serena, su inextinguible vocación de alegría de vivir, ejercida a través de su gozo de las largas y distraídas caminatas por cercanías y lejanías de su amado Londres, de las semanales comensalidades de *pub* con los amigos y de una intensa vocación (es decir pasión) de escritor. De esto nos habla en la página aquí transcrita: de un invicto gozo de la vida cotidiana celebrada o ironizada... y siempre *ensayable*. **U**



Charles Lamb

Río subterráneo

Verdades a medias

Claudia Guillén

“Me gustaría imaginarme a la novela como una ciencia de la no argumentación, una ciencia cuya verdad se corresponde con una realidad inédita que en su vagar por las sombras de la imaginación nos anuncia siempre un rostro distinto a los acostumbrados. Una ciencia de los juicios morales que se adivinan, no que se comprueban; que se ponen en marcha y que no se veneran” (p.117).

Esto nos dice Guillermo Fadanelli en su última entrega *Insolencia. Literatura y mundo* editada bajo el sello Almadía. Como sabemos, el autor tiene un profundo respeto por la filosofía y por los filósofos más emblemáticos, por ello no extraña que en este nuevo libro de ensayos encontremos una conversación, fluida e inteligente, que integra tanto la voz de Fadanelli como la de grandes pensadores de todos los tiempos: Heidegger, Cioran, Pessoa, Rousseau, entre otros. De esta forma, el también autor de *Malacara* indaga sobre los recovecos de la literatura actual que se vale de la tradición gestada por nuestros antepasados literarios. Además expone cómo la literatura contemporánea se sustenta, en la mayoría de los casos, en la tecnología y el mercado, lo que da como resultado un cúmulo de libros, que apenas tienen un tiempo de vida en las librerías y que no cuentan con una estética que permita su permanencia entre los lectores.

De igual forma, nos lleva de la mano para advertir que la locura podría estar insertada en el romanticismo y que los escritores que no echan mano de las nuevas herramientas pueden ser poco leídos por “su locura” al no integrarse al contexto contemporáneo, en el entendido de que cada individuo puede tener un estado de conciencia distinto y los escritores se muestran “como niños mal portados”. Sin embargo,

también nos dice que quienes conocen el valor de las palabras saben que éstas cuentan con un origen mítico que nos permite habitar este mundo y que se podrán enunciar de tal forma que lograrán tramas o relatos contundentes.

Acompañado, siempre, por la presencia de Heidegger, sustenta su idea de que el mundo es una suerte de “templo” que contiene nuestras conductas y éstas también animan el oficio literario.

Si bien *Insolencia. Literatura y mundo* toma como eje para el diálogo textos de varios pensadores y los desmenuza hasta llegar a algunas conclusiones, también es cierto que hay una idea que se desarrolla a lo largo de estos veintisiete ensayos: desde qué punto podemos insertarnos en la ética humana dado que ésta va variando según las épocas. Así, al avanzar con la lectura nos preguntamos, junto con el autor: ¿acaso existe una ética que pueda llevar al individuo por un mismo camino, tomando en cuenta los diálogos morales que se dan continuamente alrededor de ella? Y nos encontramos con una respuesta hambrienta de desilusión ante la imposibilidad de obtenerla, pues la moral no es parte de la naturaleza humana y por ende no es universal.

Otra de las grandes virtudes de este volumen se da a partir del retrato que lleva a cabo Guillermo Fadanelli de la realidad nacional para exponerla en función del individuo y sus reacciones ante ella. Esa misma realidad que se gesta como el contexto de los escritores y que de forma abierta o soterrada se inserta en su imaginario para, después, trasladarla en ejercicios de ficción.

Volviendo a los pensadores, el autor toma al polémico Rousseau para llegar al punto de que él era más bien un hombre con una vena artística y literaria y por ello el



origen sobre sus planteamientos pueden, leerse de distintas maneras. Así pues, nos explica que la pureza no existe, es decir, aquella concebida por el pensador francés, ya que ésta se muestra como una imposibilidad reflejada en la propia vida privada de Rousseau, dada la actitud ambigua que toma con respecto a su matrimonio.

Son diversos los temas que integran este libro y diversas las lecturas que se darán, pues en *Insolencia. Literatura y mundo* se muestran, impecablemente, las diatribas de un pensador contemporáneo que plantea, entre otros muchos temas, que la libertad creativa no regida por una moral nos puede llevar a ejercicios de ficción que permitan crear mundos alternos para alejarnos del desencanto de una sociedad en donde los valores se dan a partir del poder económico que aplasta los intereses de lo humano.

Sin duda, en este libro Guillermo Fadanelli se muestra como un ensayista probado que lleva a cabo un ejercicio serio tanto por los autores con los que conversa como por la honestidad que se da durante su discurso, honestidad a la que no podía faltar el sentido de humor, ácido, con el que Fadanelli ha hecho escuela. **U**

Guillermo Fadanelli, *Insolencia. Literatura y mundo*, Almadía, Oaxaca, 2012, 218 pp.

Teatro

Muñecas fuera de casa

Guillermo Vega Zaragoza

Para Sandra Heiras

En 1878, poco antes de terminar *Casa de muñecas*, Henrik Ibsen escribió: “Existen dos códigos de moral, dos conciencias diferentes, una del hombre y otra de la mujer. Y a la mujer se la juzga según el código de los hombres... Una mujer no puede ser ella misma en la sociedad actual, una sociedad exclusivamente masculina, con leyes exclusivamente masculinas, con jueces y fiscales que la juzgan desde el punto de vista masculino”. ¿Qué tanto sigue siendo válida la aseveración del gran dramaturgo noruego a casi un siglo y medio de haber escrito la obra que es considerada como “la primera verdadera obra teatral feminista”?

En efecto, han sucedido muchas cosas desde entonces: dos guerras mundiales, desaparición de imperios, grandes avances tecnológicos y científicos..., pero la situación de la mujer sigue prácticamente igual a la época de Ibsen, a pesar de los grandes avances, en sociedades como la mexicana, todavía hay un largo trecho por recorrer, tal como se desprende de la lectura de la comedia *Van pasando mujeres* de César Antonio Sotelo, dramaturgo chihuahuense, en la que nos ofrece una visión de la mujer mexicana de clase media, de los dilemas que enfrenta la conciencia femenina en la sociedad de principios del siglo XXI.

Con economía de medios escenográficos, apenas insinuando los lugares donde suceden los hechos, en dos actos y diecisiete escenas, Sotelo nos presenta las relaciones de amistad, amorosas y laborales de Mónica, soltera en sus treinta, ejecutiva, atractiva y trabajadora, y a pesar de ello, indecisa aún de lo que quiere hacer con su vida. Coincide en un restaurante con sus amigas Lucía y Vanessa; la primera, divorciada, liberada, segura de sí misma, que toma la iniciativa en lo sexual, sin tapujos para

decir lo que piensa; y la segunda, casada, con hijos, de moral tradicionalista, fácilmente escandalizable, en suma: persignada. Aunque las une la amistad, sus visiones acerca del mundo y de las relaciones de pareja son notablemente divergentes. La presentación de los personajes en las escenas iniciales puede parecer prototípica, se cae incluso en el cliché, pero conforme avanza la obra el autor va desplegando la complejidad de cada uno de ellos con unos cuantos trazos dramáticos.

Mónica aspira a ocupar una dirección en la empresa donde trabaja. Pero se lleva la sorpresa de que en lugar de nombrarla a ella, se ha decidido traer a alguien externo (hombre, desde luego) para ocupar el cargo y ella sólo será subdirectora. Mónica monta en cólera y exige una explicación satisfactoria a su amigo, el director de personal, quien, desesperado ante sus reclamos, le dispara la verdad sin ningún tipo de anestesia. “¡Mónica, entiende! Éste es un mundo de hombres. Está hecho por los hombres para que los hombres lo gobernemos. Te guste o no, ésas son las reglas del juego y si no le entras no vas a ganar nunca. Así que mejor no juegues, ¿está claro?”. Esto lo dice un personaje creado en pleno siglo XXI, 134 años después de que Ibsen hiciera la declaración con que inicia esta nota. ¿Podemos llamarnos verdaderamente, sin ningún pudor, “modernos”, “democráticos”, “avanzados”, cuando en nuestra mexicana sociedad domina la idea de que “éste es un mundo de hombres y le entras o te amueblas”? Agudo observador, Sotelo ha trasladado a la escena una realidad que viven cotidianamente millones de mujeres que han dejado la casa de muñecas para enfrentar el despiadado mundo del capitalismo salvaje.



La obra explora también el infaltable tópico de las relaciones de pareja. Al mismo tiempo que se desencanta del mundo laboral, Mónica es reacia a incursionar en el campo sentimental, hasta que encuentra a Edgar, amigo de un amigo que conoce en una cita a ciegas, y, como es previsible, se enamoran sin proponérselo. Conforme avanza la relación, en la que de nuevo se topa con la pared del “mundo de los hombres”, Mónica tiene que lidiar con las críticas de sus amigas, sobre todo de Lucía, que le recrimina por haber “traicionado” los ideales libertarios y sucumbir ante lo que antes criticaba: “creer que el mundo giraba alrededor de los hombres y que el único objetivo de su vida era atrapar a uno”. Pero las decisiones de los personajes pondrán a cada uno en su lugar. Mónica terminará como empezó: hablando sola, dispuesta a partir, ahora a iniciar una nueva vida, pero con la conciencia de su doloroso aprendizaje.

Esta obra ha sido escenificada en Chihuahua, Zacatecas y Buenos Aires, Argentina. Valdría la pena que alguna compañía de la Ciudad de México se arriesgara a montarla. Su actualidad y calidad lo ameritan. **U**

César Antonio Sotelo, *Van pasando mujeres*, Universidad Autónoma de Chihuahua, Chihuahua, Colección Flor de Arena, número 85, 2012, 101 pp.

Taller Coreográfico

de la UNAM

Dirección Gloria Contreras

"Por mi raza hablará el espíritu"

88

Temporada

Septiembre a diciembre, 2012

Viernes 12:30 horas
del 7 de septiembre
al 14 de diciembre

Teatro Arq. Carlos Lazo de la Facultad
de Arquitectura, Ciudad Universitaria
Entrada libre

Domingos 12:30 horas
del 9 de septiembre
al 9 de diciembre

Sala Miguel Covarrubias
del Centro Cultural Universitario

Precios populares

50% de descuento personal con credencial vigente
a estudiantes y maestros en general, trabajadores
y ex alumnos UNAM, jubilados INSSyT, IMSS e INAPAM

Informes 5622 6839
www.tcnunam.org.mx • info@tcnunam.org.mx

Síguenos  @tcunam 





eumex – EUCOLÓGICA

*Aprovecha la promoción
que eumex tiene para ti,
si eres **EMPRESA VERDE***



**EMPRESA
SOCIALMENTE
RESPONSABLE**